

W

W

W

W



W

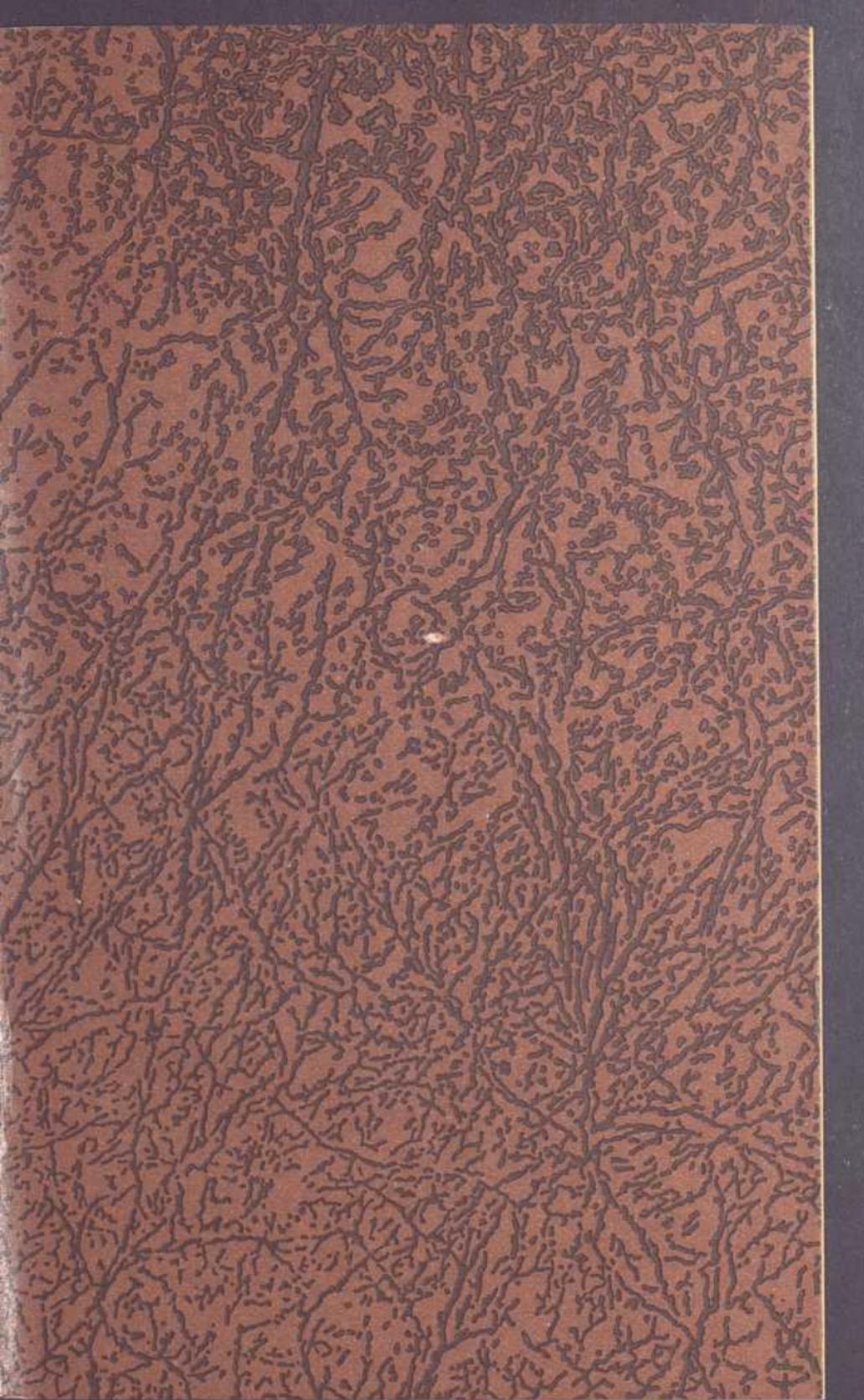
NA DE LEX

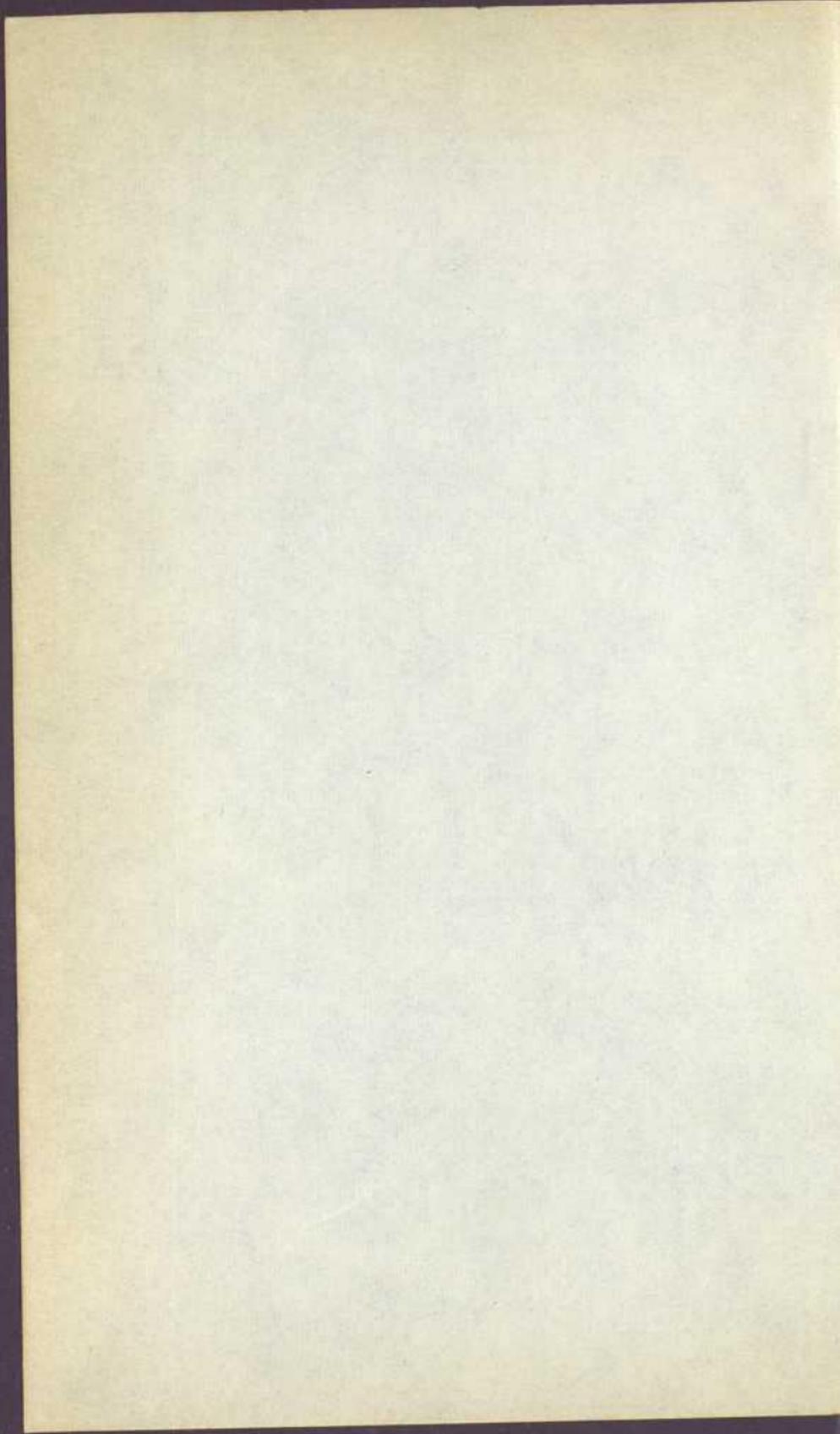
Biblioteca Pública de Teruel

Sala _____

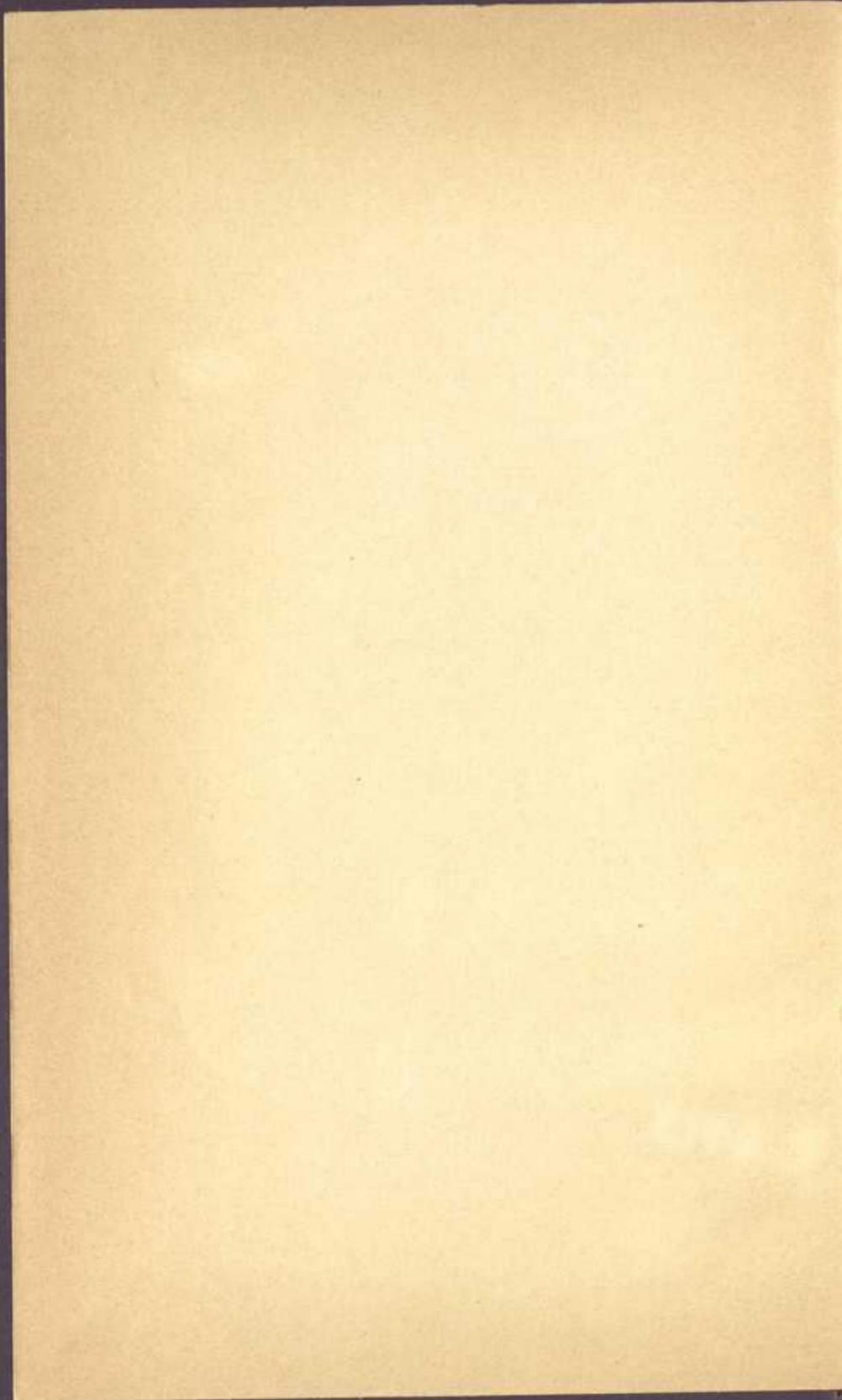
Estante _____

Signatura _____





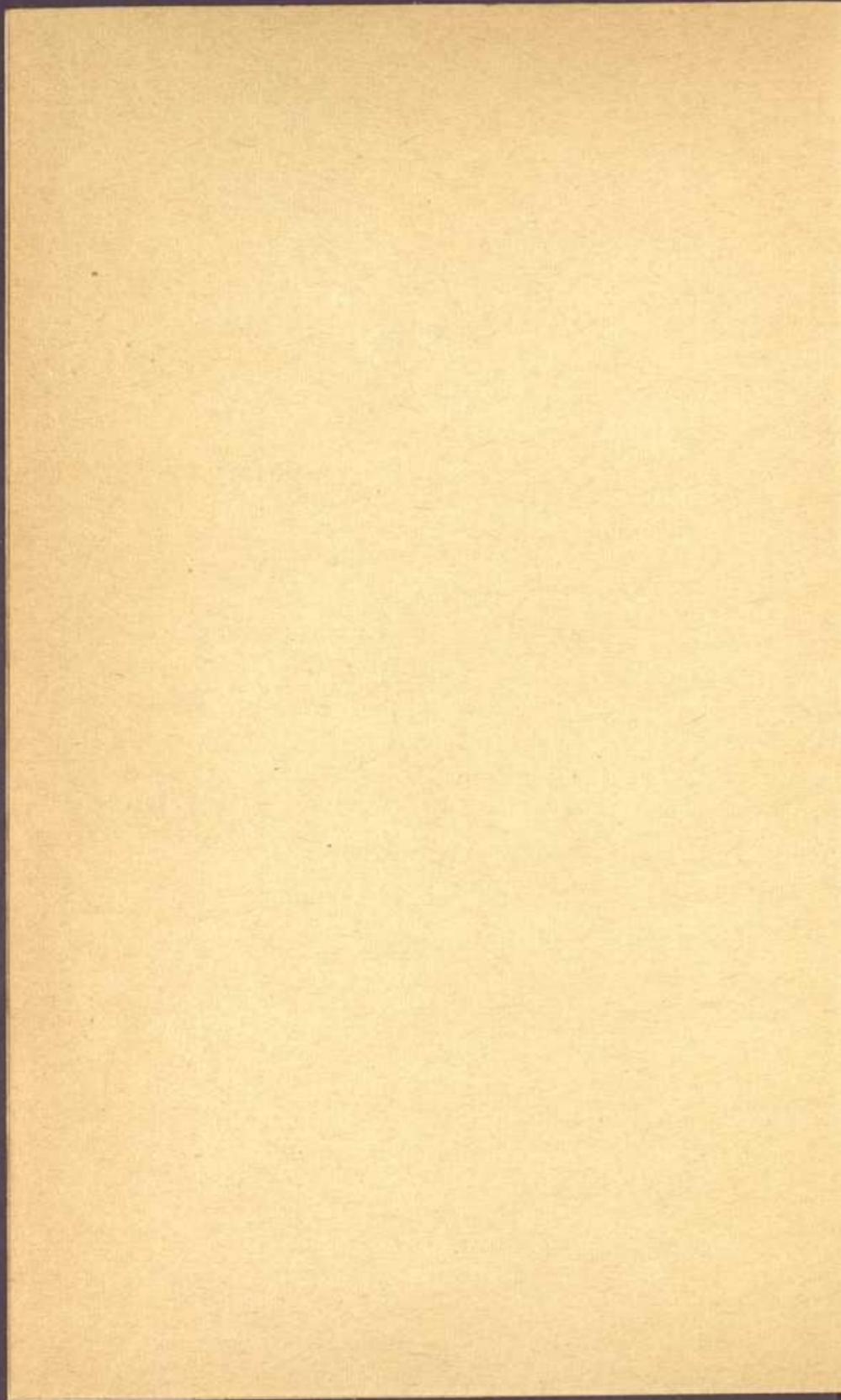
FA 3588





4

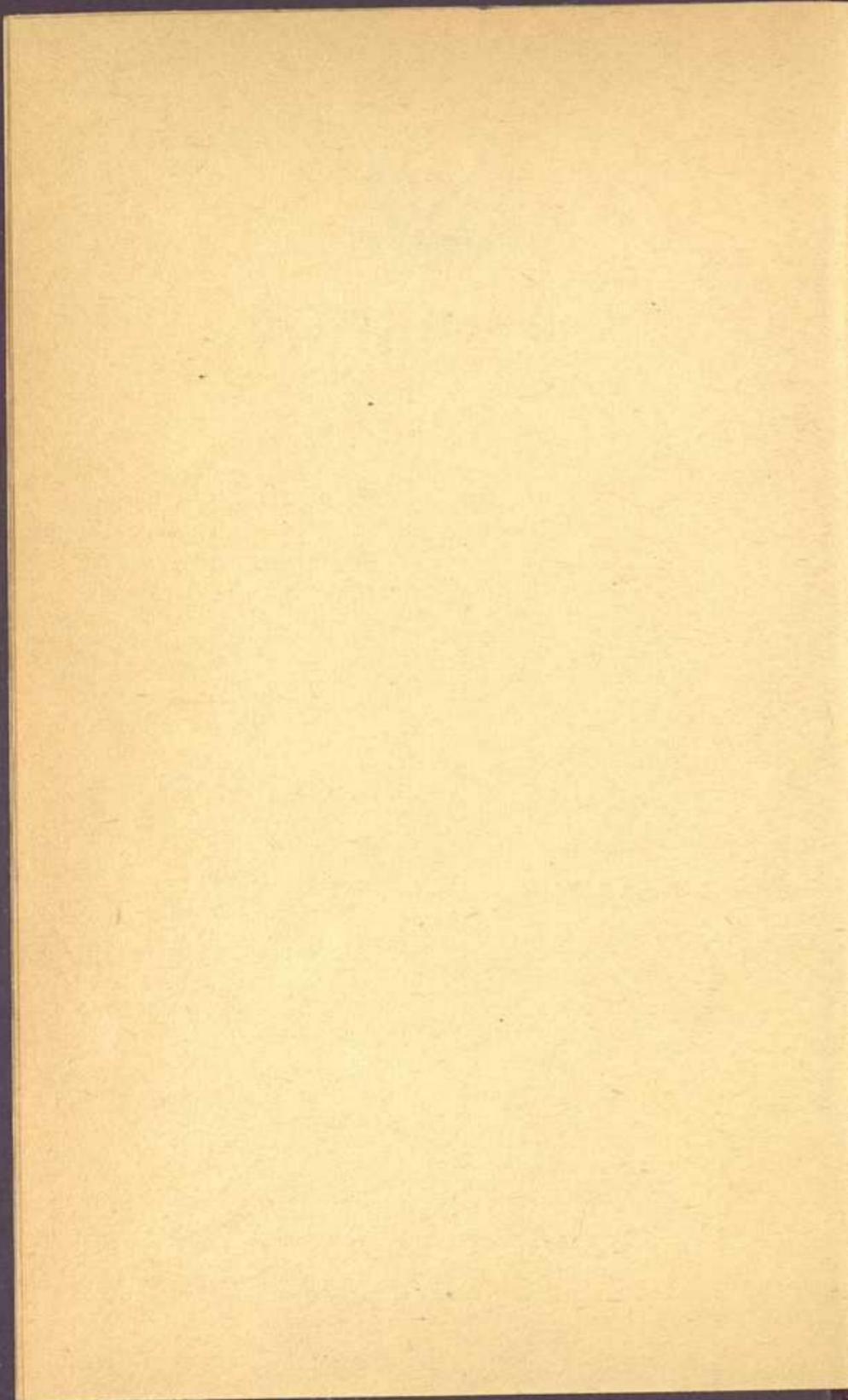
75



SANTA TERESA / CAMINO DE PERFECCIÓN



COLECCIÓN AUSTRAL



SANTA TERESA

FA-3588

CAMINO DE PERFECCIÓN

117

Segunda edición



12-12-137

~~R 8413~~

ESPASA - CALPE ARGENTINA, S. A.

BUENOS AIRES - MÉXICO

*Ediciones populares para la
COLECCIÓN AUSTRAL*

Primera edición: 10 - IX - 1946

Segunda edición: 31 - V - 1947

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N° 11723

*Todas las características gráficas de esta colección han
sido registradas en la oficina de Patentes y Marcas
de la Nación.*

*Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1947*

*IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE*

Acabado de imprimir el 31 de mayo de 1947

Cía. Gral. Fabril Financiera. S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires



ÍNDICE

	PÁG.
PRÓLOGO DE LA AUTORA.....	11
CAPÍTULO I.—De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monesterio.....	15
CAPÍTULO II.—Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales; y del bien que hay en la pobreza	18
CAPÍTULO III.—Prosigue lo que en el primero comencé a tratar y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios, favorezca a los que trabajan por la Iglesia. Acaba con una exclamación.....	22
CAPÍTULO IV.—En que persuade la guarda de la regla y de tres cosas importantes para la vida espiritual	27
CAPÍTULO V.—Declara lá primera de estas tres cosas que es amor de prójimo y lo que dañan amistades particulares..	29
CAPÍTULO VI.—Prosigue en los confesores; dice lo que importa que sean letrados	34
CAPÍTULO VII.—Torna a la materia que comenzó del amor perfeto	37
CAPÍTULO VIII.—En que trata de la mesma materia de amor espiritual y da algunos avisos para ganarlo	40
CAPÍTULO IX.—Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interior y exteriormente	45
CAPÍTULO X.—Que trata del gran bien que hay en huir los deudos los que han dejado el mundo y cuán verdaderos amigos hallan	47
CAPÍTULO XI.—Trata de cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mesmas, y cómo están juntas esta virtud y la humildad	49
CAPÍTULO XII.—Prosigue en la mortificación y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades	52

	PÁg.
CAPÍTULO XIII.—Trata de cómo ha de tener en poco la vida el verdadero amor de Dios y la honra	54
CAPÍTULO XIV.—Prosigue en la mortificación y cómo ha de huir de los puntos y razones del mundo para llegarse a la verdadera razón	58
CAPÍTULO XV.—En que trata lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas	62
CAPÍTULO XVI.—Que trata del gran bien que hay en no disculparse aunque se vean condenar sin culpa	64
CAPÍTULO XVII.—Que trata de cuán necesario ha sido lo que queda dicho para comenzar a tratar de oración	67
CAPÍTULO XVIII.—De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos a los que se contentan con oración mental y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfecta contemplación y la causa de éllo. Es mucho de notar este capítulo y el que viene cabe él	69
CAPÍTULO XIX.—De cómo no todas las almas son para contemplación y cómo algunas llegan a ella tarde y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor.....	73
CAPÍTULO XX.—Prosigue en la misma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los ativos. Es de mucha consolación para ellos	76
CAPÍTULO XXI.—Comienza a tratar de la oración. Habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento..	80
CAPÍTULO XXII.—Trata cómo por diferentes vías nunca falta consolación en el camino de oración y aconseja a las hermanas de esto sean sus pláticas siempre	86
CAPÍTULO XXIII.—Dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone	89
CAPÍTULO XXIV.—En que declara qué es oración mental ..	95
CAPÍTULO XXV.—Trata de lo que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con determinación	99

	PÁG.
CAPÍTULO XXVI.—Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección y cuán junta anda con élla la mental	102
CAPÍTULO XXVII.—En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales	105
CAPÍTULO XXVIII.—En que va declarando el modo para recoger el pensamiento. Pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración	107
CAPÍTULO XXIX.—En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del <i>Paternoster</i> y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios	111
CAPÍTULO XXX.—En que declara qué es oración de recogimiento y pónense algunos medios para acostumbrarse a ella	114
CAPÍTULO XXXI.—Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento. Dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los perlados	118
CAPÍTULO XXXII.—Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata de estas palabras del <i>paternoster</i> : <i>Sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum</i> . Aplicañas a oración de quietud y comienza a declarar ..	121
CAPÍTULO XXXIII.—Que prosigue en la misma materia. Declara qué es oración de quietud. Pone algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar	124
CAPÍTULO XXXIV.—Que trata de estas palabras del <i>paternoster</i> . <i>Fiat voluntas tuas sicut in celo et in terra</i> , y lo mucho que hace quien dice estas palabras con toda determinación, y cuán bien se lo paga el Señor	127
CAPÍTULO XXXV.—En que trata la gran necesidad que tenemos de que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del <i>paternoster</i> : <i>Panem nostrum quotidianum da nobis hodie</i>	132
CAPÍTULO XXXVI.—Prosigue en la misma materia. Es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento	135

	PÁG.
CAPÍTULO XXXVII.—Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno	141
CAPÍTULO XXXVIII.—Trata de estas palabras del paternoster: <i>Dimitte nobis debita nostra</i>	144
CAPÍTULO XXXIX.—Dice la ecelencia de esta oración del <i>paternoster</i> y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en élla	149
CAPÍTULO XL.—Que trata de la gran necesidad que tenemos de suplicar a el Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: <i>Et ne nos inducas in tentationem sed libera nos a malo</i> . Declara algunas tentaciones. Es de notar	152
CAPÍTULO XLI.—Prosigue la mesma materia y da avisos de tentaciones algunas de diferentes maneras y pone dos remedios para que se puedan librar de éllas	156
CAPÍTULO XLII.—Dice cómo procurando siempre andar en amor y temor de Dios iremos seguras entre tantas tentaciones	158
CAPÍTULO XLIII.—Que habla del temor de Dios y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales	162
CAPÍTULO XLIV.—En que trata de estas postreras palabras del paternoster: <i>Sed libera nos a malo, amen</i> , mas libranos de mal, amén	167
APÉNDICE	172

P R Ó L O G O

Sabiendo las hermanas de este monesterio de san Josef cómo tenía licencia del padre presentado fray Domingo Bañes, de la Orden de Santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oración en que parece, por haber tratado muchas personas espirituales y santas, podré atinar, me han tanto importunado lo haga por tenerme tanto amor, que aunque hay libros muchos que de esto tratan y quien sabe bien y ha sabido lo que escribe, parece la voluntad hace acetas algunas cosas imperfetas y faltas más que otras muy perfetas; y, como digo, ha sido tanto el deseo que las he visto y la importunación, que me he determinado a hacerlo, pareciéndome por sus oraciones y humildad querrá el Señor acierte algo a decir que les aproveche y me lo dará para que se lo dé.

Si no acertare, quien lo ha de ver primero, que es el padre presentado dicho, lo quemará, y yo no habré perdido nada en obedecer a estas siervas de Dios y verán lo que tengo de mí cuando Su Majestad no me ayuda.

Pienso poner algunos remedios para tentaciones de religiosas y el intento que tuve de procurar esta casa, digo que fuese con la perfección que se lleva —dejado el ser de nuestra mesma constitución— y lo que más el Señor me diere a entender como fuere entendiendo y acordándoseme. Que, como no sé lo que será, no puedo decirlo con con-

cierto. Y creo es lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo ésto.

El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos para que vaya conforme a su voluntad, pues son estos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas como quien yo soy.

Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiese a que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor, y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monesterios, podrá ser aproveche para atinar en cosas menudas más que los letrados que, por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de las cosas que en sí no parecen nada, y a cosa tan flaca como somos las mujeres, todo nos puede dañar; porque las sotilezas son muchas del demonio para las muy encerradas, que ven serles necesario aprovecharse de armas nuevas para dañar.

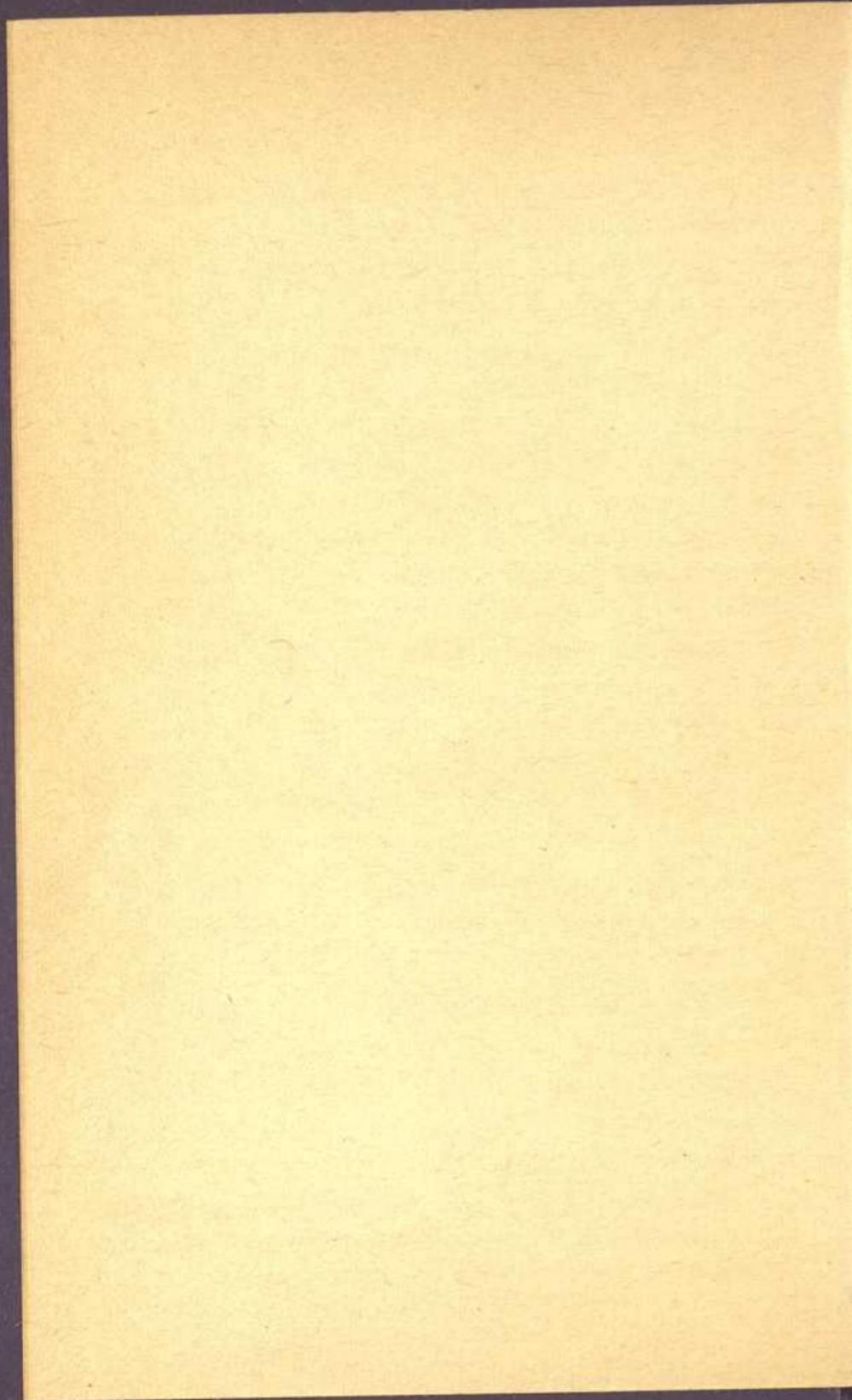
Yo, como ruin, heme sabido mal defender, y ansí querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosa que en mí u en otras no la tenga por experiencia, u dada en oración a entender por el Señor.

Pocos días ha escribí cierta relación de mi vida. Porque podrá ser no quiera mi confesor la leáis vosotras, porné algunas cosas de oración que conformarán con aquéllas que allí digo y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano como le he suplicado y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

PRIMERA PARTE

AVISOS DIVERSOS





CAPÍTULO PRIMERO

De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monesterio

Al principio que se comenzó este monesterio a fundar, por las causas que ya en el libro que dije tengo escritas con algunas de las grandezas de Dios en que dió a entender se había mucho de servir en esta casa, no era mi intenció[n] hubiese tanta aspereza en lo exterior ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada. En fin, como flaca y ruin; aunque más intentos buenos llevaba en ésto que mi regalo.

Venida a saber los daños de Francia de estos luteranos y cuánto iba en crecimiento esta desventurada seta, fatiguéme mucho, y como si yo pudiera algo u fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Paréceme que mil vidas pusiera yo para remedio de un alma de las muchas que vía perder. Y como me vi mujer y ruin y imposibilitada de aprovechar en nada en el servicio del Señor, que toda mi ansia era, y aún es, que pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que esos fuesen buenos; y así determiné a hacer eso poquito que yo puedo y es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar estas poquitas que están aquí hiciesen lo mesmo, confiada yo en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por él se determina a dejarlo todo. Y que siendo tales cuales yo las pintaba en mis deseos, entre sus virtudes no ternían fuerza mis faltas y podría yo contentar al Señor en algo, para que todas ocupadas en oración por los que son defendedores de la ilesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudié-

semos a este Señor mío, que tan apretado le train a los que ha hecho tanto bien que parece le querrían tornar ahora a la cruz estos traidores y que no hubiese adonde reclinar la cabeza.

¡Oh Redentor mío, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho! ¿Qué es ésto ahora de los cristianos? ¿Siempre ha de ser de ellos los que más os fatiguen?, ¿a los que mijores obras hacéis, los que más os deben, a los que escogéis para vuestros amigos, entre los que andáis y os comunicáis por los sacramentos? ¿No están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos?

Por cierto, Señor, no hace nada quien se aparta del mundo ahora. Pues a vos os tienen tan poca ley, ¿qué esperamos nosotros? ¿por ventura merecemos mejor nos tengan ley? ¿por ventura hémosles hecho mijores obras para que nos guarden amistad los cristianos? ¿qué es ésto? ¿qué esperamos ya los que por la bondad del Señor estamos sin aquella roña pestilencial? —que ya aquellos son del demonio.

Buen castigo han ganado por sus manos y bien han granjeado con sus deleites fuego eterno. Allá se lo hayan, aunque no se me deja de quebrar el corazón ver tantas almas como se pierden; mas del mal no tanto, querría no ver perder más cada día.

¡Oh hermanas mías en Cristo! ayudádmeme a suplicar ésto; para ésto os juntó aquí el Señor; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones —no, hermanas mías, por negocios acá del mundo; que yo me río y aún me congojo de las cosas que aquí nos vienen a encargar... hasta que roguemos a Dios por negocios y pleitos, por dineros, a los que querría yo suplicasen a Dios los repisasen todos. Ellos buena intención tiene[n], y allá lo encomiendo a Dios por decir verdad; mas tengo yo para mí que nunca me oye. Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su ilesia por el suelo, y ¿hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, terníamos un alma menos en el cielo? No, hermanas mías, no es tiempo de tratar

con Dios negocios de poca importancia. Por cierto, que si no es por corresponder a la flaqueza humana que se consuelan en que las ayuden en todo, que holgaría se entendiese que no son éstas las cosas que han de suplicar a Dios en san Josef.

CAPÍTULO II

Que trata cómo se han de descuidar de las necesidades corporales; y del bien que hay en la pobreza

Y no penséis, hermanas mías, que por éso os ha de faltar de comer, yo os asiguro. Jamás por artificios humanos pretendáis sustentaros; que moriréis de hambre, y con razón. Los ojos en vuestro esposo; él os ha de sustentar. Contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habéis visto por espiriencia. Si haciendo vosotras esto murierdes de hambre, bienaventuradas las monjas de san Josef.

Aquí os digo yo serán acetas vuestras oraciones, y haremos algo de lo que pretendemos. Esto no se os olvide, hijas mías, por amor del Señor; pues dejáis la renta, dejá el cuidado de la comida, sino todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan enhorabuena esos cuidados, que es mucha razón, que es su llamamiento; mas vosotras, hermanas, es disbarate. Cuidado de rentas ajenas me parece a mí que sería estar pensando en lo que los otros gozan. Sí, que por vuestro cuidado, no muda el otro su pensamiento ni se le pone deseo de dar limosna.

Dejá ese cuidado al que los puede mover a todos, al que es señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra; no le faltéis vosotras, y no hayáis miedo que falte.

Y si alguna vez faltare, será para mayor bien como faltaban las vidas a los santos y les cortaban las cabezas... y era para darlos más y hacerlos mártires.

Buen truco sería acabar presto con todo y gozar de la hártaura perdurable.

Mirá, hermanas, que va mucho en esto muerta yo (que para éso os lo dejo escrito); que, con el favor de Dios, mientras viviere yo, os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia: Cuando menos hay, más descuidada estoy; y sabe el Señor, que a todo mi parecer, que me da más pena cuando nos dan mucho que no cuando no hay nada. No sé si lo hace como ya tengo visto lo da luego el Señor.

Sería engañar el mundo otra cosa: hacernos pobres y no lo ser de espíritu, sino en lo exterior. Conciencia se me haría. Paréceme era hurtar lo que nos daban, a manera de decir; porque era pedir limosna los ricos. Y plega a Dios no sea así, que adonde hay estos cuidados demasiados —digo, hubiese— de que den, una vez u otra se van por la costumbre, u podrían ir, y pedir lo que no han menester por ventura a quien tiene más necesidad. Y aunque él no puede perder sino ganar, nosotras perderíamos. No plega a Dios, mis hijas. Cuando esto hubiera de ser, más quisiera tuviérades renta.

En ninguna manera se ocupe en esto el pensamiento. Esto os pido yo, por amor de Dios, en limosna. Y la más chiquita, cuando esto entendiese alguna vez en esta casa, clame a Su Majestad y acuérdelo a la mayor; con humildad le diga que va errada. Y valo tánto, que poco a poco se irá perdiendo la verdadera pobreza.

Yo espero en el Señor no será así, ni dejará a sus siervas; y para ésto, pues me han mandado ésto, aproveche este aviso de esta pecadorcilla de despertador. Y crean mis hijas que para su bien me ha dado el Señor un poquito a entender en los bienes que hay de la pobreza de espíritu. Y vosotras, si advertís en éllo, lo entenderéis; no tanto como yo, porque había sido loca de espíritu y no pobre, aunque había hecho la profesión de serlo. Ello es un bien que todos los bienes del mundo encierra en sí, y creo muchos de los de todas las virtudes. En ésto no me afirmo, porque no sé el valor que tiene cada una, y lo que no me parece entiendo bien no lo diré; mas tengo para mí que abraza a muchas. Es un señorío grande; digo que es señorío de todos los bienes del mundo quien no se le da nada de éllos; y si dijese que se enseñorea sobre todos los del mundo, no

mentiré: ¿Qué se me da a mí de los reyes ni señores si no quiero sus rentas ni de tenerlos contentos, si un tantito se atraviesa contentar más a Dios? Daremos con todos al traste: porque tengo para mí que honras y dineros casi siempre andan juntos y que quien quiere honra no aborrece dineros y que quien aborrece dineros que se le da poco de honra. Entiéndase bien, que me parece que ésto de honra siempre tray algún interesillo de tener rentas y dineros, porque por maravilla, u nunca, hay honrado en el mundo si es pobre; antes, aunque sea en sí honrado, le tienen en poco. La verdadera pobreza tray una honraza consigo que no hay quien la sufra; la que es por sólo Dios, digo, no ha menester contentar a nadie sino a él; y es cosa muy cierta, en no habiendo menester a nadie, tener muchos amigos. Yo lo tengo visto por experiencia.

Porque hay tanto escrito de esta virtud, que no lo sabré yo entender cuantimás decir, confieso que iba tan embebida que no me he entendido hasta ahora la necedad que hacía en hablar en éllo. Ahora que he advertido, callaré. Mas ya que está dicho, quédese por dicho si fuere bien; y, por amor del Señor, pues son nuestras armas la santa pobreza y lo que al principio de la orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos padres (que me han dicho, quien lo ha leído, que aún de un día para otro no guardaban nada) ya que en tanta perfección no lo guardamos en lo exterior, que en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida, grandísimo el premio; y cuando no hubiera ninguno sino cumplir lo que nos aconsejó Cristo, era grande la paga.

Estas armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras lo queramos guardar: en casa, en vestidos, en palabras, y mucho más en el pensamiento. Y mientras ésto hicieren, no hayan miedo caya la relijión de esta casa, con el favor de Dios; que —como decía santa Clara— grandes muros son los de la pobreza. De éstos, decía ella, quería cercar su monesterio. Y a buen siguro, si se guarda de verdad, que esté la honestidad y lo demás más fortalecido que con muy suntuosos edificios.

De esto se guarden, por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo. Y, si con conciencia puede decir que el día que tal quisiere se torne a caer que las mate a

todas, yendo con buena conciencia, lo digo y lo suplicaré a Dios.

Muy mal parece, hermanas mías, de la hacienda de los pobrecitos que a muchos les falta, se hagan grandes casas; no lo primita Dios, sino pobrecita en todo y chica. Parezcámonos en algo a nuestro rey que no tenía casa, sino en el portal de Belén fué su nacimiento. Los que las hacen, ellos lo sabrán, yo no lo condeno sin más, llevan otros intentos; mas trece pobrecitas, cualquier rincón les basta. Si por el mucho encerramiento tuvieren campo y ermitas para apartarse a orar, y porque esta miserable naturaleza nuestra ha menester algo, norabuena. Mas edificios ni casa grande ni curioso, nada; Dios nos libre. Siempre se acuerden se ha de caer todo el día del juicio; ¿qué sabemos si será presto? Pues hacer mucho ruido al caerse el de doce pobrecillas, no es bien; que los pobres nunca hacen ruido. Los verdaderos pobres gente sin ruido ha de ser para que los hayan lástima.

Y ¡cómo se holgarán si ven alguno por la limosna que les ha hecho librarse del infierno! —que todo es posible, porque están muy obligadas a rogar por sus almas muy continuamente, pues las dan de comer; que también quiere el señor, aunque él nos lo da, que le roguemos por los que nos lo dan por él. Y desto no haya descuido.

No sé lo que comencé a decir, que me he divertido; y creo lo ha querido Dios, porque nunca pensé escribir ésto. Su Majestad nos tenga siempre de su mano para que no se caya de éllo. Amén.

CAPÍTULO III

Prosigue lo que en el primero comencé a tratar y persuade a las hermanas a que se ocupen siempre en suplicar a Dios favorezca a los que trabajan por la Iglesia. Acaba con una exclamación

Tornando a lo principal para que el Señor nos juntó en esta casa, y por lo que yo más deseo seamos algo para que contentemos a Su Majestad, digo que, viendo yo ya tan grandes males que fuerzas humanas no bastan a atajar este fuego (aunque se ha pretendido hacer gente para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal y que va tan adelante), hame parecido que es menester como cuando los enemigos en tiempo de guerra han corrido toda la tierra y, viéndose el señor de élla perdido, se recoge a una ciudad que hace muy bien fortalecer y desde allí acaece algunas veces dar en los contrarios y ser tales los que están en el castillo, como es gente escogida, que puede[n] más ellos a solas que con muchos soldados, si eran cobardes, pudieron; y muchas veces se gana de esta manera vitoria —; al menos aunque no se gane, no los vencen; porque, como no hay traidores sino gente escogida, si no es por hambre, no los pueden ganar. Acá esta hambre no la puede haber que baste a que se rindan; a morir sí, mas no a quedar vencidos.

Mas ¿para qué he dicho ésto? Para que entendáis, hermanas mías, que lo que hemos de pedir a Dios, es que en este castillito que hay ya de buenos cristianos no se levante ningún traidor, sino que los tenga Dios de sus manos; y a los capitanes de este castillo u ciudad

los haga muy aventajados en el camino del Señor, que son los predicadores y teólogos. Y pues los más están en las religiones, que vayan muy adelante en su perfición y llamamiento, que es muy necesario; que ya ya, como tengo dicho, nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar. Y pues para lo uno ni lo otro no valemos nada para ayudar a nuestro rey, procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones para ayudar a estos siervos de Dios que con tanto trabajo se han fortalecido con letras y buena vida y trabajos para ayudar ahora a el Señor.

Podrá ser que os parezca que para qué encargo tanto ésto y digo hemos nosotras de ayudar a los que son mijores que nosotras. Yo us lo diré, porque aún no creo entendéis bien lo mucho que debéis a Dios en traeros a donde tan quitadas estáis de negocios y de ocasiones ni de tratos.

Es grandísima merced ésta. Lo que no están los que digo, ni es bien que lo estén, en estos tiempos menos que en otros: porque han de ser los que esfuerce[n] la gente y ponga[n] ánimo a los pequeños —¡buenos quedarían los soldados sin capitanes!—: Han de vivir entre los hombres y tratar con los hombres y estar en los palacios y aún hacerse algunas veces con los de los palacios en lo exterior: ¿pensáis, hijas mías, que es menester poco para tratar con el mundo y vivir en el mundo y tratar negocios del mundo y hacerse —como he dicho—, a la conversación del mundo, y ser en lo interior estraños del mundo, enemigos del mundo y estar como quien está en destierro y, en fin, ser no hombres sino ángeles?

Porque a no ser esto ansí, ni merecen nombre de capitanes ni primita Dios salgan de sus celdas; que más daño harán que provecho. Porque no es ahora tiempo de ver imperfecciones en los que han de enseñar; y si en lo interior no está[n] fortalecidos a entender lo que va en tenerlo todo debajo de los pies y estar desasidos de las cosas que se acaban y asidos a las eternas, por mucho que hagan, han de dar señal. Pues ¿con quién lo han sino con el mundo? No haya miedo que se lo perdone, ni que cosa imperfeta la dejen de entender. Buenas, muchas se le pasarán por alto y aún las juzgarán ser malas por ventura; más mala u imperfeta, no hayan miedo. Ahora yo me espanto quién amuestra

a éstos la perfección, no para guardarla, que de esto ninguna obligación les parece tienen más que sino estuviesen obligados a contentar a Dios (harto harán si guardan razonablemente los mandamientos) sino para condenar a los que por ventura es virtud lo que ellos piensan es regalo.

Ansí que no penséis, hijas, que es menester poco favor de Dios para esta gran batalla a donde se meten, sino grandísimo.

Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios: La una, que haya muchos, de los muy muchos letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester, como he dicho, para esto, y que si no están muy dispuestos y les falta alguna, los disponga el Señor; que más hará uno perfeto que muchos imperfetos. Y la otra, que después de puestos en esta pelea, que, como digo, no es pequeña batalla sino grandísima, los tenga de su mano para que sepan librarse de los peligros y atapar los oídos, en este peligroso mar, del canto de las sirenas. Y si en ésto podemos algo con Dios, estando encerradas peleamos por él, y daré yo por muy bien empleados los grandes trabajos que he pasado por hacer este rincón. Adonde también pretendí se guardase esta regla de Nuestra Señora como se principió.

No os parezca inútil siempre esta petición, porque hay algunas personas que les parece recia cosa no rezar mucho por su alma; y ¿qué mejor oración que ésta? Si os parece es menester para discontar la pena que por los pecados se ha de tener en Purgatorio, también se discuenta en oración tan justa; y lo que falta, falte. ¿Y qué va en que esté yo hasta el fin del juicio en el purgatorio, si por mi oración se salva sola un alma? ¡Cuantomás el provecho de muchas y la honra de Dios! Penas que se acaban, no hagáis caso de ellas cuando interviniere algún servicio mayor al que tantas pasó por nosotros.

Siempre os informá lo que es más perfeto, pues como os rogaré mucho y dado y daré las causas, siempre habéis de tratar con letrados. Lo que ahora os pido que pidáis a Dios, y yo aunque miserable lo pido a Su Majestad con vosotras, es que en lo que he dicho nos oiga,

pues es para gloria suya y bien de su ilesia que aquí van mis deseos.

Parece atrevimiento pensar yo he de ser alguna parte para alcanzar ésto. Confío yo, Señor mío, en estas siervas vuestras que aquí están, que veo y sé no quieren otra cosa ni la pretenden sino contentaros. Por vos han dejado lo poco que tenían, y quisieran tener más para serviros con éllo. Pues no sois vos, criador mío, desagradecido para que piense yo daréis menos de lo que os suplican, sino mucho más. Ni aborrecistes, señor de mi alma, cuando andábades por el mundo las mujeres, antes las favorecistes siempre con mucha piedad, y hallastes en éllas tanto amor y más fe que en los hombres, pues estaba vuestra sacratísima madre en cuyos méritos merecemos —y por tener su hábito— lo que desmerecíamos por nuestras culpas... el mundo honrabais... que no hagamos cosa que valga nada por vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto sino que no nos habíades de oír petición tan justa. No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces del mundo que —como son hijos de Adán y, en fin, todos varones— no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad y yo holgado que sea pública; sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres.

Cuando os pidiéremos honras, no nos oyáis, Señor mío, u. dineros, u. cosa que sepa a mundo; más para honra de vuestro hijo ¿por qué no habéis de oír, Padre Eterno, a quien perderían mil honras y mil vidas por vos? No por nosotras, Señor, que no merecemos nada, sino por la sangre de vuestro hijo y sus méritos.

¡Oh Padre Eterno, no son de olvidar tantos azotes y injurias y tan gravísimos tormentos! Pues, criador mío, ¿cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro hijo y por más contentaros a vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco como hoy día tienen esos herejes el santísimo sacramento, que le quitan sus posadas y le deshacen las

ilesias? ¡Si le faltara algo por hacer para contentaros! Mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, padre mío, que no tuvo casa ni a donde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantos trabajos, sino que ahora las que tenía para convidar a sus amigos (por vernos flacos y saber que es menester los que han de trabajar se sustenten de tal manjar) se las quiten? ¿ya no había pagado por el pecado de Adán bastantísimamente, Señor? ¿siempre que tornamos a pecar lo ha de pagar este mansísimo cordero? ¡No lo primitáis, emperador mío! ¡apláquese ya vuestra majestad! ¡No miréis a los pecados nuestros, sino a que nos redimió vuestro sacratísimo hijo, y a los méritos suyos y de vuestra madre y de tantos santos y mártires como han muerto por vos.

¡Ay dolor de mí, Señor! y ¿quién se ha atrevido a hacer esta petición en nombre de todas? ¡Qué mala tercera posistes, hijas mías, para ser oídas y para que echase la petición por vosotras... Si ha de indinar más a este soberano juez verla tan atrevida... y con mucha razón y justicia! Mas mirá, emperador mío, que ya sois Dios de misericordia! ¡Habela de esta peccadorcilla, gusanillo que ansí se os atreve! Mirá, mi señor, mis deseos y las lágrimas con que ésto os suplico, y olvidad mis obras, por quien vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra ilesia. No primitáis ya más daños en la cristiandad, señor; dad luz a estas tinieblas.

Pido yo, hermanas mías, a todas por amor de Dios, encomendéis a Su Majestad esta pobrecita atrevida que la dé humildad.

Y cuando vuestras oraciones y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen por ésto que he dicho, pensá que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí fuistes juntas, y no primita el Señor ésto se quite de vuestra memoria jamás, por quien Su Majestad es.

CAPÍTULO IV

En que persuade la guarda de la regla y de tres cosas importantes para la vida espiritual

Ya habéis visto la gran empresa que vais a ganar. (Por el perlado y obispo, que es vuestro perlado, y por la orden, ya va dicho en lo dicho, pues todo es bien de la ilesia, y éso cosa que es de obligación). Pues, como digo, quien tal empresa se ha atrevido a ganar, ¿qué tal habrá de ser para que en los ojos de Dios y del mundo no se tenga por muy atrevida? Está claro que ha de trabajar mucho, y ayuda harto tener altos pensamientos para que nos esforcemos a que lo sean las obras. Con que procuremos guardar cumplidamente nuestra regla y constitución con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos. Que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y somos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho.

Dice el principio de nuestra regla que oremos sin cesar. Con que se haga esto con todo el cuidado que pudiéremos, que es lo más importante, no se dejará de cumplir los ayunos y disciplinas y silencio que manda la Orden; porque ya sabéis que para ser la oración verdadera, se ha de ayudar con ésto; que oración y regalo no se compadece.

De ésto de oración es lo que me habéis rogado diga aquí alguna cosa; y lo dicho hasta hora, para en pago de lo que dijere, os pido yo cumpláis y leáis muchas veces de buena gana.

Antes que diga de lo interior, que es de la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden tener oración; y tan necesarias, que sin ser

muy contemplativas podrán estar muy adelante en el servicio del Señor. Y es imposible, si éstas no tienen, ser muy contemplativas; y cuando pensaren lo son, están muy engañadas.

El Señor dé el favor para éllo y me diga en todo lo que he de decir, porque sea para su gloria, amén.

No penséis, amigas y hermanas mías, que serán muchas las cosas que os encargaré; porque plega al Señor hagamos las que nuestros padres ordenaron en la regla y costituciones cumplidamente, que son con todo cumplimiento de virtud. Solas tres me estenderé en declararlas —que son de la mesma costitución—; porque importa mucho entendamos lo muy mucho que nos va en guardarlas para tener la paz que tanto el Señor nos encomendó, interior y exteriormente: la una es amor unas con otras; otra, desasimiento de todo lo criado; otra, verdadera humildad, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas.



CAPÍTULO V

Declara la primera de estas tres cosas que es amor de prójimo y lo que dañan amistades particulares

Cuanto a la primera, que es amarnos mucho, va muy mucho; porque no hay cosa enojosa que no se pase presto en los que se aman, y recia ha de ser cuando dé enojo. Y si este mandamiento se guardase en el mundo como se ha de guardar, creo a todos los otros sería gran ay[u]da de guardarse; mas, u más u menos, nunca acabamos de guardarle con perfección.

Parece que lo demasiado entre nosotras no puede ser malo; y trae tanto mal y tantas imperfecciones consigo, que no creo lo creará sino quie[n] ha sido testigo de vista. Aquí hace el demonio muchos enriedos, que en conciencias que tratan groseramente de contentar a Dios, se sienten poco y les parece virtud, y las que tratan de perfección, lo entienden mucho; porque poco a poco quita la fuerza a la voluntad para que del todo se emplee en amar a Dios.

Y en mujeres creo debe ser esto aun más que en hombres.

Y hace otros daños para la comunidad muy notorios: porque de aquí viene el no amar tanto a todas, el sentir el agravio que se hace aquélla, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla — y muchas veces más para decirle lo que la quiere que lo que ama a Dios.

Porque estas amistades grandes nunca las ordena el demonio para que más sirvan al Señor, sino para comenzar bandos en las relisicnes. Que cuando es para ayudarse a servirle, luego se parece; que no va la voluntad con pasión, sino con procurar ayuda para vencer otras pasiones.

Y de estas amistades querría yo muchas adonde hay gran convento. En san Josef (que no son más de trece, ni lo han de ser) ningunas. Todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar. Y guárdense, por amor de Dios, de estas particularidades, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña (sino, mírenlo por Josef) y ningún provecho en ello veo. Y si son deudos, muy peor; es pestilencia.

Y créanme, hermanas, aunque les parezca extremo, que en este extremo está gran perfección y gran paz, y se quitan muchas ocasiones a las que no están tan fuertes. Sino que si la voluntad se enclina más a una que a otra (que esto no podrá ser menos, que es natural; y muchas veces nos lleva éste a amar lo más ruín si tiene más gracias de naturaleza) que nos vamos mucho a la mano a no nos dejar enseñorear de aquella afición. (Amemos las virtudes y lo bueno interior, y siempre con estudio trayamos cuidado de apartarnos de hacer caso de esto exterior.) No consintamos sea esclava de nadie nuestra voluntad sino del que la compró por su sangre. Miren que, sin entenderse, se hallarán asidas que no se puedan valer.

Las niñerías que vienen de aquí, no creo tienen cuento. Y porque no se entiendan tantas flaquezas de mujeres y no deprendan las que no lo saben, no las quiero decir por menudo. Mas, cierto, a mí me espantaban algunas veces verlas (que yo, por la bondad de Dios, en este caso jamás me así mucho —y por ventura sería porque lo estaba en otras cosas peores—) mas, como digo, vilo muchas veces. Y en los más monesterios temo que pasa —porque en algunos lo he visto— y sé que para mucha relión y perfección es malísima cosa en todas. En la perlada sería pestilencia; esto ya se está dicho.

Mas en quitar estotras parcialidades, es menester tener cuidado desde el principio que lo entienda, y esto más con industria y amor que no con rigor.

Para remedio de ésto es gran cosa no estar juntas ni hablarse sino las horas señaladas, conforme a la costumbre que ahora llevamos, que es todas juntas, y a nuestra constitución que manda estar cada religioso

apartado en su celda. Líbrense en san Josef de tener casa de labor para estar juntas; porque, aunque es loable costumbre, con más facilidad se guarda el silencio cada una por sí. Y acostumbrándose a éllo es gran cosa la soledad, y grandísimo bien acostumbrarse a ella para personas de oración. Y pues éste ha de ser el cimiento de esta casa y a ésto nos juntamos, más que ninguna otra cosa hemos de traer estudio en aficionarnos a lo que a ésto nos aprovecha.

Tornando a el amarnos unas a otras, parece cosa impertinente encomendarlo. Porque ¿qué gente hay tan bruta que tratando siempre y estando en compañía y no habiendo de tener otras conversaciones ni otros tratos ni otras recreaciones con personas de fuera de casa y creyendo las ama Dios y éllas a él, pues por Su Majestad lo dejan todo, que no cobre amor? En especial, que la virtud siempre convida a ser amada; y ésta, con el favor de Dios, espero yo en Su Majestad que siempre la habrá en las de esta casa.

Ansí que en ésto no hay que encomendar mucho, a mi parecer.

En cómo ha de ser este amarse y qué cosa es amor virtuoso —el que yo deseo haya aquí— y en qué veremos tenemos esta grandísima virtud (que bien grande es, pues nuestro maestro y señor Cristo tanto nos la encomendó y encomendó tan encargadamente a sus apóstoles) ésto quería yo ahora decir un poquito conforme a mi rudeza. Si en otros libros tan menudamente lo hallades escrito, no toméis nada de mí, que por ventura no sé lo que me digo si el Señor no me da luz.

De dos maneras de amor quiero yo ahora tratar: uno es puro espiritual, porque ninguna cosa parece le toca la sensualidad ni la ternura de nuestra naturaleza; otro es espiritual y que junta con él nuestra sensualidad y flaqueza. Que esto es lo que hace al caso; estas dos maneras de amarnos sin que intrevenga pasión ninguna, porque en habiéndola, va todo desconcertado este concierto; y si con templanza y discreción tratamos el amor que tengo dicho, va todo meritorio, porque lo que nos parece sensualidad se torna en virtud. Sino que va tan entremetido, que a veces no hay quien lo entienda; en especial si es con algún confesor — que personas que

tratan oración, si le ven santo y las entiende la manera de proceder, tórnase mucho amor. Y aquí da el demonio gran batería de escrúpulos que desasosiega el alma har-to, que esto pretende él. En especial si el confesor la tray a más perfección, aprétala tanto que le viene a dejar. Y no la deja con otro ni con otro de atormentar aquella tentación.

Lo que en ésto pueden hacer, es procurar no ocupar el pensamiento en si quieren u no quieren; sino si quisieren, quieran. Porque, pues cobramos amor a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, quien siempre procura y trabaja de hacerlos al alma ¿por qué no le hemos de querer? Antes tengo por gran principio de aprovechar mucho, tener amor al confesor si es santo y espiritual y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosas muy grandes en servicio de Dios.

Si no es tal como he dicho, aquí está el peligro, y puede hacer grandísimo daño entender él que le tienen voluntad. Y en casas muy encerradas, mucho más que en otras.

Y porque con dificultad se entenderá cuál es tan bueno, es menester gran cuidado y aviso. Porque decir que no entienda él que hay la voluntad y que no se lo digan, esto sería lo mejor. Mas aprieta el demonio de arte, que no da ese lugar; porque todo cuanto tuviere que confesar le parecerá es aquéllo y que está obligada a confesarlo. Por esto querría yo que creyesen no es nada ni hiciesen caso de ello.

Lleven este aviso: si en el confesor entendieren que todas sus pláticas es para aprovechar su alma, y no le vieren ni entendieren otra vanidad (que luego se entiende a quien no se quiere hacer boba) y le entendieren temeroso de Dios, por ninguna tentación que éllas tengan de mucha afición se fatiguen; que de que el demonio se canse se le quitará. Mas si en el confesor entendieren va encaminado a alguna vanidad en lo que les dicen, todo lo tengan por sospechoso, y en ninguna manera — aunque sean pláticas de oración ni de Dios — las tengan con él, sino con brevedad confesarse y concluir. Y lo mejor sería decir a la madre no se halla su alma bien con él y mudarle. Esto es lo más acertado, si hay dispusición — y espero en Dios sí habrá — y poner

lo que pudiese en no tratar con él, aunque sienta la muerte.

Miren que va mucho en ésto; que es cosa peligrosa y un infierno y daño para todas. Y digo que no aguarde a entender mucho mal; sino que muy al principio lo ataje por todas las vías que entendiere con buena conciencia lo puede hacer.

Mas espero yo en el Señor que no permitirá personas que han de tratar tanta oración, puedan tener voluntad sino a quien mucha la tenga a Dios y sea muy virtuoso; que ésto es muy cierto, u lo es que no tienen éllas oración. Porque si la tienen, y ven que no las entienden su lenguaje y no le ven aficionado a hablar en Dios, no le podrán amar; porque no es su semejante. Si lo es, con las poquísimas ocasiones que aquí habrá, u es grandísimo simple u no querrá desasosegarse y desasosegar a las siervas de Dios adonde tan pocos contentos, u ninguno, podrán tener sus deseos.

Ya que he comenzado a hablar en esto, que, como digo, es todo el mayor daño que el demonio puede hacer a monesterios tan cerrados y más tardío en entenderse — y así se va estragando la perfección sin entender cómo ni por dónde. Porque si éste quiere dar lugar a sus vanidades por tenerle, lo hace todo poco aun para las otras. Dios nos libre por quien Su Majestad es de cosas semejantes. A todas las hermanas basta a turbar, porque su conciencia les dice al contrario de lo que el confesor; y si las aprietan que tengan uno solo, no saben qué hacer ni cómo se sosegar; porque, quien les había de dar el sosiego y remedio es quien hace el daño. He visto en monesterios gran aflicción de esta parte — aunque no en el mío — que me han movido a gran piadad.

CAPÍTULO VI

Prosigue en los confesores; dice lo que importa que sean letrados

No dé el Señor a probar a naide este trabajo en esta casa, por quien él es, de verse ánima y cuerpo apretadas. U que si la perlada está bien con el confesor, que ni a él de élla, ni a élla de él no osan decir nada. Aquí viene la tentación de dejar de confesar pecados muy graves por miedo las cuitadas de no estar siempre en desasosiego. ¡Oh, váleme Dios! qué de almas debe coger por aquí el demonio, y qué caro les cuesta el negro apretamiento y honra. Que porque no traten más de un confesor, piensan granjean gran cosa de relión y gran honra del monesterio; y ordena por esta vía el demonio coger sus almas, como no puede por otra. Si las tristes piden otro, luego va todo perdido el concierto de relión. U que si no es de su orden, aunque fuese un san Jerónimo, luego hacen afrenta a la orden toda.

Alabá mucho, hijas, a Dios por esta libertad que tenéis, que — aunque no ha de ser para con muchos — podréis tratar con algunos, aunque no sean los ordinarios confesores, que os den luz para todo. Y esto pido yo, por amor de Dios, a la que estuviere por mayor: procure siempre tratar con quien tenga letras; y que traten sus monjas. Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga y en hecho de verdad le tenga, regirse en todo por él, si no es letrado. Mientras más mercedes el señor las hiciere en la oración, más han menester ir bien fundadas sus devociones y oraciones y sus obras todas.

Ya saben que la primera piedra ha de ser buena conciencia, y librarse con todas sus fuerzas de pecados veniales y seguir lo más perfeto. Parecerles ha que esto cualquier confesor lo sabe. Pues engañase mucho; que

yo traté con uno que había oído todo el curso de teología, y me hizo harto daño en cosas que me hizo entender no eran malas. Y sé que no pretendió engañarme, que no tenía éste para qué, sino que no supo más.

Y este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios y la perfección, es todo nuestro bien. Sobre ésto asienta bien la oración. Sin este cimiento fuerte, todo el edificio va falso.

Ansí que gente de espíritu y de letras han menester tratar. Si el confesor no pudieren lo tenga todo, a tiempos procurar otros. Y si por ventura las ponen precepto no se confiesen con otros, sin confesión traten su alma con personas semejantes a lo que digo. Y atrévome más a decir, que, aunque lo tenga todo el confesor, algunas veces hagan lo que digo; porque ya puede ser él se engañe, y es bien no se engañen todas por él — procurando no sea cosa contra obediencia, que medios hay para todo. Y vale mucho un alma para que no procure por todas maneras su bien, cuantimás las de muchas.

Y esto todo que he dicho toca a la que fuere perlada, y que procure — por amor de Dios, pues aquí no se pretende otra consolación sino la del alma — procure en ésto no desconsolarlas; que hay diferentes caminos por donde lleva Dios, y no por fuerza los sabrá todos un confesor. Que en ésto siempre procure consolarlas con personas tales.

No hayan miedo les falten, si son las que han de ser, aunque sean pobres. Dios, como las mantiene y da de comer los cuerpos, que es menos necesario, les dará quien con mucha voluntad den luz a su alma. Y remédiese este mal (que es el que yo más temo) que queda dicho: que cuando el demonio tentase al confesor en alguna vanidad, como sepa que tratan con otros, iráse a la mano. Y quitada esta entrada del demonio, yo espero en Dios no habrá ninguna en esta casa. Y ansí pido, por amor del señor, al obispo que fuere, que deje a las hermanas esta libertad (y que esté siguro, con el favor de Dios, terná buenas súditas) que nunca las quite, cuando las personas fueren tales que tengan letras y bondad — que luego se entiende en lugar tan chico —, no las quite que algunas veces se confiesen con éllos y traten su oración, aunque haya confesores; que para muchas cosas sé que conviene, y que el daño que puede

haber es ninguno en comparación del grande y disimulado y casi sin remedio, a manera de decir, que hay en lo contrario. Que ésto tienen los monesterios: que el bien cayese presto, si con gran cuidado no se guarda; y el mal, si una vez comienza, es dificultosísimo de quitarse, que muy presto la costumbre se hace hábito y naturaleza de cosas imperfectas.

Y ésto que aquí pongo, téngolo visto y entendido de muchos monesterios y tratado con personas avisadas y espirituales, para ver cuál convenía más a esta casa para que la perfección de élla fuese adelante. Y entre los peligros, que en todo lo hay mientras vivimos, éste hallamos ser el menor: que nunca haya vicario que tenga mando de entrar y salir y mandar, ni confesor que mande; sino que éstos sean para celar la honestidad de la casa y recogimiento de élla — interior y exterior — para decir al perlado cuando no fuere tal, mas no que sea él superior. Porque, como digo, hallóse grandes causas para ser ésto lo mejor, miradas todas, y que un confesor confiese ordinario que sea el mismo capellán, siendo tal; y que para las veces que hubiere necesidad en un alma, puedan confesarse con personas tales como quedan dichas, nombrándolas al mismo perlado u, si la madre fuere tal que el obispo que fuere fíe ésto de élla, a su disposición; que, como son pocas, poco tiempo ocuparán a nadie. Esto se determinó después de harta oración de muchas personas y mía — aunque miserable — y entre personas de grandes letras y entendimiento y oración; y así, espero en el señor es lo más acertado.

Así le pareció al señor obispo, que es ahora, llamado don Alvaro de Mendoza, persona muy aficionado a favorecer el bien de esta casa, espiritual y aun temporal. Que lo miró mucho como quien desea el bien que hay en élla vaya muy adelante, y creo no le dejará Dios errar, pues estaba en su lugar, y no pretende sino su mayor gloria.

Paréceme que los perlados que vinieren después, no querrán, con el favor del Señor, ir contra cosa que tan mirada está y tanto importa para muchas cosas.

CAPÍTULO VII

Torna a la materia que comenzó del amor perfeto

Mucho me he divertido, mas muy mucho importa lo que queda dicho, si por decirlo yo no pierdo. Tornemos ahora al amor que es bien, hermanas mías, que nos tengamos, y es lícito.

Del que digo es todo espiritual, no sé si sé lo que me digo. Al menos paréceme no es menester mucho hablar en él, porque temo le ternán pocas, y quien le tuviere alabe a Dios y bien loado se está. Debe ser de grandísima perfección y quizá nos aprovecharemos algo de él digamos algo.

Mas estotro es el que más hemos de usar, y aunque digo que es algo sensual, no lo debe ser, sino que ni yo sé cuál es sensual, ni cuál espiritual, ni sé cómo me pongo a hablar en él. Es como quien oye hablar de lejos, que aunque oye que hablan, no entiende lo que hablan; así soy yo, que algunas veces no debo entender lo que digo, y quiere el Señor sea bien dicho; si otras fuere dislate, es lo más natural a mí no acertar en nada.

Paréceme ahora a mí que cuando una persona ha llegádola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo y de qué cosa es mundo y de que hay otro mundo — digamos — u otro reino y la diferencia que hay de lo uno a lo otro y que aquéllo es eterno y estotro es soñado y qué cosa es amar al criador u a la criatura y qué se gana con lo uno y qué se pierde con lo otro y qué cosa es criador y qué cosa es criatura y otras muchas cosas que el Señor enseña con verdad y claridad a quien su majestad quiere, que aman muy diferentemente de los que no hemos llegado aquí.

Podrá ser, hermanas mías, que os parezca ésto desatino mío y digáis que todas os sabéis ésto. Plega el Señor que sea así que lo sepáis de la manera que éllo se ha de saber, imprimido en las entrañas, y que nunca un momento se os aparte de éllas. Pues si esto sabéis, veréis que no miento en decir que a quien llega aquí tiene este amor.

Son estas personas que Dios las llega a este estado, a lo que a mí me parece, almas generosas, almas reales; no se contentan con amar cosa tan ruin como estos cuerpos, por hermosos que sean, por muchas gracias que tengan; bien que les place a la vista y alaban al que le crió. Mas para detenerse en éllos más de primer movimiento, de manera digo que por estas cosas los tengan amor, no. Parecérles hía que aman cosa sin tomo, y que se ponen a querer sombra. Correerse hían de sí mismos, y no ternían cara sin gran afrenta suya para decir a Dios que le aman.

Diréisme: *Esos tales no sabrán querer; pues ¿a qué se aficionan si no es a lo que ven?* Mucho más quieren en éstos, y con más pasión y más verdadero amor y más provechoso amor. En fin, es amor, y esotras aficiones bajas le tienen hurtado el nombre.

Verdad es que lo que ven aman, y a lo que oyen se aficionan; mas es a cosas que ven son estables. Luego éstos si aman un amigo, pasan por los cuerpos (que como digo, no se pueden detener en éllos), y pasan a las almas, y miran si hay qué amar. Si no lo hay, y ven algún principio u disposición para que, si cavan, hallarán oro en esta mina, si tienen amor, no les duele el trabajo; ninguna cosa se les pone delante que de buena gana no la harían para bien de aquel alma. Porque la desean amar, y saben muy bien, que si no tiene bienes y ama mucho a Dios, que es imposible. Y digo que es imposible; aunque se muera por éllos y les haga todas las buenas obras que pueda y tenga todas las gracias de naturaleza juntas, no terná fuerza la voluntad. Porque es voluntad ya sabia, y tiene experiencia de lo que es ya todo. No la echarán dado falso. Ve que no son para en uno, y que es imposible cosa que dure amarse el uno al otra y teme que se acabará el gozarse con la vida (si el otro no le parece que va guardando la ley de Dios) y que irán a diferentes partes.

Y este amor, que sólo acá dura, alma a quien Dios

ha infundido verdadera sabiduría, no le estima en más de lo que él vale, ni en tanto. Porque para los que gustan de gustar cosas del mundo y en gustos de deleites u de honras y de riquezas, algo valdrá si es rico y tiene partes para dar pasatiempos u contentos u recreaciones; mas quien ésto tiene ya debajo de los pies, poco se le da de ellos.

Ahora, pues, aquí si tiene amor, es la pasión del amor para hacer esta alma para ser amada; porque, como digo, si no lo es, sabe que la ha de dejar. Es amor muy a su costa; no deja de poner nada porque se aprovecha de cuanto es en sí; perdería mil vidas por un pequeño bien suyo.



CAPÍTULO VIII

En que trata de la mesma materia de amor espiritual y da algunos avisos para ganarle

Es cosa extraña qué apasionado amor es éste, qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias, qué de oración, qué encomendar a todos los que piensa ha de aprovechar. Un cuidado ordinario, un no traer contento. Pues si ve el alma de éste que ama va mejorando y torna algo atrás, no parece que ha de tener placer en su vida: ni come ni duerme, sino con este cuidado, siempre temerosa si alma que tanto quiere se ha de perder, si se han de apartar para siempre — que la muerte de acá no la tiene en dos maravedís, que no quiere asirse a cosa que en un soplo se va de entre las manos sin poder asirla. Es amor sin poco ni mucho de interese; todo su interese está en ver rica aquel alma de bienes del cielo.

En fin, es amor que va pareciendo al que nos tuvo Cristo. Merece nombre de amor; no estos amorcitos desastrados valadíes de por acá; aún no digo en los malos, que éstos Dios nos libre: en cosa que es infierno, no hay que nos cansar en decir mal, que no se puede encarecer el menor mal de él. Este no hay para que tomarle nosotras, hermanas, en la boca — cuanti más en el pensamiento — ni pensar le hay en el mundo, ni en burla ni en veras oír ni consentir que delante de vosotras se cuenten semejantes voluntades. Para ninguna cosa aprovecha, ni hay para qué, y podría dañar.

Sino de estotros lícitos que acá nos tenemos unas a otras, u se tienen los deudos u amigos. Todo se va a no se nos muera: si les duele la cabeza, parece les duele el alma; si los ven con trabajos, no les queda paciencia; todo de esta manera.

Estotro amor que digo no es ansí. Aunque con la flaqueza natural se sienta algo de presto — luego va la ra-

zón a ver si es bien para aquel alma, si se enriquece más en virtud, cómo lo lleva, el rogar a Dios le dé paciencia y merezca en aquéllo. Si ve que la tiene y es así, ninguna pena le da; antes se alegra y consuela. Bien que lo pasaría de mejor gana que vérselo pasar, si el mérito y bien que queda pudiesen todo dárselo — mas no para que se inquieten ni se maten.

Torno a decir que es amor sin interese como nos le tuvo Cristo, y así aprovechan tanto los que llegan a este estado, porque no querrían ellos sino abarcar todos los trabajos, y que estotros se aprovecharen holgando de ellos. Así aprovechan tanto a los que tienen su amistad, porque aunque no lo hagan, se ve que querrían más enseñar por obras que por palabras. Digo no lo hagan, si son cosas que no pueden; mas en lo que pueden, siempre querrían estar trabajando y ganando para los que aman. No les sufre el corazón tratarlos doblez ni verles falta si piensan les ha de aprovechar — y aún hartas veces no se les acuerda de ésto con el deseo que tienen de verlos muy ricos — que no se lo digan. ¡Qué rodeos traen para ésto! Con andar descuidados de todo el mundo y no teniendo cuenta si sirven a Dios u no — porque sólo consigo mesmo le train — con sus amigos no hay encubrírseles cosa: las motitas ven.

¡Oh, dichosas almas que son amadas de los tales! ¡dichoso el día en que los conocieron! ¡Oh Señor mío! ¿no me haríades merced que hubiese muchas que así me amasen? Por cierto, Señor, de mejor gana lo procuraría que ser amada de todos los reyes y señores del mundo, y con razón; pues éstos nos procuran por cuantas vías pueden hacer tales que señoreemos el mismo mundo y que nos estén sujetas todas las cosas de él.

Cuando alguna persona semejante conocierdes, hermanas, con todas las diligencias que pudiere la madre, procure trate con vosotras. Quered cuanto quisierdes a los tales. Pocos debe haber, mas no deja el Señor de querer se entienda cuando alguno hay que llegue a la perfección. Luego os dirán que no es menester, que basta tener a Dios. Buen medio es para tener a Dios tratar con sus amigos; siempre se saca gran ganancia. Yo lo sé por experiencia; que después de el Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes, que siempre fuí muy aficionada me encomendasen a Dios, y así lo procuraba.

Ahora tornemos a lo que íbamos. Esta manera de amarnos unas a otras, es la que yo querría nos tuviésemos. Mas a los principios no será posible. Tomemos en los medios este amor; que aunque lleve algo de ternura, no dañará, como sea en general. Todo es bueno, y necesario en parte mostrar ternura en la voluntad, y aún teneria, y sentir cualquier enfermedad u trabajo de la hermana. Porque a veces acaece dar unas nadería[s] pena a algunas personas que otras se reirían de ello. Y no se espanten; que el demonio por ventura puso allí todo su poder con más fuerza que para que vos sintiédes las penas y trabajos grandes.

Y holgarse con las hermanas en lo que éllas se huelgan, aunque no os holgueís, todo es caridad; porque yendo con consideración, todo se tornará en amor perfecto.

Y es así que quiriendo tratar del que no lo es tanto, que no hallo camino en esta casa para que me parezca entre nosotras será bien tenerle; porque si por bien es, como digo, todo se ha de volver a su principio, que es el amor que queda dicho.

Pensé decir mucho de estotro, y venido a adelgazar, no me parece se sufre aquí con el modo que llevamos. Y por éso lo quiero dejar en lo dicho; que espero en Dios, aunque no sea con toda perfección, no habrá en esta casa disposición para que haya otra manera de amarnos.

Es muy bien unas se apiaden de las necesidades de las otras, aunque no con falta de discreción. Digo con falta, en cosa que sea contra la obediencia, que es contra lo que manda la perlada. Aunque le parezca áspero y dentro en sí lo muestre, no lo dé a entender a nadie, sino a la misma perlada, y con humildad; que harán mucho daño. Y sepan entender cuáles cosas son las que han de sentir ver en sus hermanas, y siempre sientan mucho cualquier falta.

Y aquí es el amor sabérsela sufrir y no se espantar de élla — que así lo harán las otras las que yo tuviere y no las entiendo, y deben ser muchas más — y encomendarla mucho a Dios, y procurar élla hacer en gran perfección la virtud contraria de la falta que ve en la hermana, y esforzarse a ésto, para que, pues están juntas, no puede dejar de irse entendiendo mejor que con toda la reprehensión y castigo que se le hiciese.

¡Oh qué bueno y verdadero amor será el de la herma-

na, que, por aprovechar a todas, dejado su provecho procurare ir muy adelante en todas las virtudes y guardare con gran perfección su regla! Mijor amistad será ésta que todas las ternuras que se pueden decir, que éstas no se usan en esta casa, ni se han de usar, tal como «mi vida», «mi alma», ni otras cosas de éstas, que a las unas llaman uno y a otras otro. Estas palabra[s] regaladas déjenlas para con el Señor, pues tantas veces al día han de estar con él, y tan a solas algunas (que, de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre) y muy usadas acá no enternecen tanto con el Señor. Y sin éso, no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo mis hermanas pareciesen en nada, sino varones fuertes. Que si ellas hacen lo que en sí el Señor las hará tan varoniles que espanten a los hombres. ¡Y qué fácil es a su Majestad, pues nos hizo de nonada!

En procurar quitarlas de trabajo y tomarle cada una, también se muestra el amor, como queda dicho, y en holgarse de su acrecentamiento de virtud como del suyo mesmo. Y en otras muchas cosas entenderán si tienen esta virtud, que es mu[y] grande; porque en élla está toda la paz de unas con otras, que es tan necesaria para los monesterios.

Mas espero yo en el Señor la habrá siempre en éste; porque, a no la haber, sería cosa terrible sufrirse pocas y mal avenidas. No lo primita Dios. Mas, u se ha de perder todo el bien que va principiado por mano del Señor, u no habrá tan gran mal.

Y si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luego; y si no, y vieren que va adelante, hagan grande oración. Y en cualquier cosa de éstas que dure (u bando, u deseo de ser más, u puntillos — que parece se me yela la sangre como dicen cuando escrbo ésto, porque veo es el principal mal de los monesterios), dense por perdidas. Sepan que han echado al Señor de casa. Clamen a su Majestad. Procuren remedio. Porque si no le pone confesar y comulgar tan a menudo, teman que hay algún Judas.

Mire mucho la perlada, por amor de Dios, en atajar presto ésto; y cuando no bastare con amor, sean graves castigos. Si una lo alborota, procuren se vaya a otro monesterio, que Dios las remediará con que la doten. Echen de sí esta pestilencia; corten como pudieren las ramas, y si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando no

pudieren más, no salga de una cárcel quien de esto tratare. Mucho más vale que no pegar a todas tan incurable pestilencia. ¡Oh, que es gran mal! Dios nos libre de monesterio adonde entra. Cierto, yo más querría que entrase un fuego que las abrase todas.

Porque [en] otra parte trataré aún otra vez de ésto, no digo aquí más sino que quiero más que se quieran y amen tiernamente y con regalo (aunque no sea tan perfeto como el amor que queda dicho, como sea en general) que no haya un punto de discordia. No lo primita el Señor por quien su Majestad es. Amén.



CAPÍTULO IX

Trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado interior y esteriormente

Ahora vengamos a el desasimiento que hemos de tener, porque en ésto está el todo, si va con perfección. Aquí digo está el todo, porque abrazándonos con solo el Criador y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde de manera las virtudes, que trabajando nosotros poco a poco lo que fuere en nosotros, poco ternemos más que pelear; que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa.

¿Pensáis, hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas al todo sin hacernos partes? En él están todos los bienes, como digo, y por eso demos muchas gracias al Señor que nos juntó aquí adonde no se trata de otra cosa sino de ésto. Y ansí no sé para qué lo digo, pues, en parte, todas las que ahora aquí estáis me podéis en ésto enseñar a mí; que confieso, en este caso tan impórtante, soy la más imperfeta. Mas pues me lo mandáis, tocaré en algunas cosas que se me ofrecen. Quanto a lo esterior, ya se ve cuán apartadas: parece nos quiere el Señor apartar de todo a las que aquí nos trajo, para llegarnos más sin embarazo su Majestad aquí.

¡Oh Criador y Señor mío! ¿cuándo merecí yo tan gran dignidad, que parece habéis andado rodeando cómo os llegar más a nosotras? Plega vuestra bondad no lo perdamos por nuestra culpa. ¡Oh, hermanas mías! entendid, por amor de Dios, bien esta tan gran merced, y cada una lo piense bien en sí, que en solas doce quiso el Señor fuédes una. ¡Y qué de éllas, qué multitud de éllas, mijores que yo, sé que tomaran este lugar de buena

gana, y diómele el Señor a mí que tan mal le merezco! Bendito seáis vos, Señor, alaben os los ángeles y todo lo criado, que esta merced no se puede tampoco servir como otras muchas que me habéis hecho. Que darme estado de monja, fué grandísima. Como lo he sido tan ruin, no os fiásteis, Señor, de mí. Entre adonde había muchas buenas, por ventura no echaran de ver mi ruindad hasta que se me acabara la vida; yo la encubriera, como hice, muchos años. Y traéisme, Señor, a donde son tan pocas, que parece imposible poderse dejar de conocer, para que ande con más cuidado. Quitáisme todas las ocasiones, porque no tenga lugar el día del juicio de tener disculpa si no hiciere lo que debo.

Mirá, hermanas mías, que es mayor mucho nuestra culpa si no somos buenas. Y así encargo mucho a la que no se hallare con fuerza espiritual, habiéndolo probado, para llevar lo que aquí se lleva, lo diga. Otros monesterios hay a donde por ventura se sirve mejor el Señor mucho.

No turben a estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado para su servicio. Porque en otros cabos hay libertad para consolarse con deudos; aquí si algunos se admiten, para consuelo de los mesmos deudos es. Mas la hermana que para su consolación hubiere menester deudos y no se cansare a la sigunda vez (salvo si no es espiritual u ve hace algún provecho a su alma) téngase por imperfeta. Crea no está desasida, no está sana; no terná libertad de espíritu, no terná entera paz. Menester ha médico; y yo no sabría otra mejor cura, que es que nunca más los vea hasta que esté libre y haya ganado para sí. Entonces, mucho de enhorabuena, véalos alguna vez, cuando lo tome por cruz, para aprovecharlos en algo; que cierto los aprovechará. Mas si los tiene amor, si le duelen mucho sus penas y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que a sí se dañará, y a ellos no les hará ningún provecho.

CAPÍTULO X

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos los que han dejado el mundo y cuán más verdaderos amigos hallan

¡Oh, si entendiésemos las relisiosas el daño que nos viene de ésto, cómo huiríamos de ellos! Yo no entiendo qué consolación es ésta que dan los deudos (aún deajo en lo que toca a Dios el daño que nos hacen, sino para nuestro sosiego y descanso) que de sus recreaciones no podemos gozar, y de sus trabajos ninguno dejamos de llorar, y aún algunas veces más que los mesmos. A usadas que si algún regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu y la pobre del alma.

Déso estáis aquí quitadas, hermanas; que como todo es en común y nadie puede tener nada en particular, no habéis menester regalos de deudos.

Espantada estoy el daño que hace tratarlos (y no lo creyera si no tuviera espiriencia) y cuán olvidada está esta perfección en las religiones —al menos en las más— aunque no en todos los santos que escribieron, u muchos.

No sabría yo qué dejamos del mundo las que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no dejamos lo principal que so[n] a los parientes.

Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud no querer mucho los relisiosos a sus deudos, y como que lo dicen ellos y alegan sus razones.

En esta casa, hija mía, mucho cuidado de encomendarlos a Dios (después de lo dicho que toca a su ilesia) que es razón. En lo demás, apartarlos de la memoria lo más que podamos.

Yo he sido querida mucho de ellos, a lo que decían. Y tengo por espiriencia de mí y en otras, que —dejado padres que por maravilla dejan de hallarlos los hijos, y es razón con ellos cuando tuvieren necesidad de con-

suelo, si viéremos no nos daña el alma, no seamos extraños, que con desasimiento se puede hacer— en los demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido; y quien me ha ayudado en ellos, los siervos de Dios.

Creé, amigas, que sirviéndole vosotras como debéis, que no hallaréis mijores amigos que los que su Majestad os enviare. Y puestas en ésto —como aquí lo vais— viendo que en hacer otra cosa faltáis al verdadero amigo Cristo, muy en breve ganaréis esta libertad.

Quien os dijere que lo demás es virtud, no lo creáis; que si dijese todos los daños que train me me había de alargár mucho, aun con mi rudeza y imperfección: ¿qué hallarán los que tuvieren ésto al contrario? En muchas partes, como he dicho, lo hallaréis escrito. En todos los más libros no se trata otra cosa sino cuán bueno es huir del mundo. Pues créeme que los deudos es el mundo que más se apega y más malo de desapegar. Por eso hacen bien los que huyen de sus tierras... si les vale, digo; que no creo va en huir del cuerpo, sino en que determinadamente se abraze el alma con el buen Jesús, señor nuestro; que como allí lo halla todo, olvídalo todo. Aunque ayuda es apartarnos muy grande hasta que ya tengamos conocida esta verdad; que después podrá ser el Señor quiera, por darnos cruz, que tratemos con ellos.

CAPÍTULO XI

Trata de cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mismas, y cómo están juntas esta virtud y la humildad

Desasiéndonos de ésto y puniendo en ello mucho, como cosa que importa mucho —miren que importa— y encerradas aquí, sin poseer nada, ya parece que lo tenemos todo hecho, que no hay que pelear. ¡Oh hijas mías! no os aseguréis, ni os echéis a dormir, que será como el que queda muy sosegado de haber cerrado muy bien sus puertas por miedo de ladrones y se los deja en casa. ¿Y no habéis oído que es el peor ladrón el que está dentro de casa? Quedamos nosotras. Es más, que si no se anda con gran cuidado y cada una —como el mayor negocio que tiene que hacer— no se mira mucho, hay muy muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar a su Hacedor sin ir cargado de tierra y de plomo.

Gran remedio es para ésto traer muy contino cuidado de la vanidad que es todo y cuán presto se acaba, para quitar la afición de todo y ponerla en lo que ha para siempre de durar. Y aunque parece flaco medio, viene a fortalecer mucho el alma. Y en las muy pequeñas cosas, traer gran cuidado: En aficionándonos a alguna, no pensar más en élla, sino volver el pensamiento a Dios; y su Majestad ayuda. Y hanos hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho. Mas queda desasirnos de nosotros mismos. Este es recio apartar, porque estamos muy juntos y nos queremos mucho.

Aquí puede entrar la verdadera humildad, porque ésto y estotro paréceme que todo anda siempre juntas. Son dos hermanas que no hay para qué las apartar.

No son éstos los deudos de que yo digo se aparten,

sino que los abracen, y las amen y nunca se vean sin ellas.

¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enriedos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador que nunca un punto se vió sin ellas!

Quien las tuviere bien puede salir y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones, y contra la carne. No haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos. No tiene a quien temer, sino suplicar a Dios le sustente en ellas para que no las pierda por su culpa.

Mas ¡qué desatino ponerme yo a loar mortificación y humildad, u humildad y mortificación, estando tan loadas del rey de la gloria y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues, hermanas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que en hallándolas hallaréis el maná; todas las cosas os sabrán bien; por malas que a los ojos del mundo sean, se os harán dulces.

Ahora, pues, lo primero que hemos luego de procurar: quitar de nosotras el amor de este cuerpo. Que hay algunas tan regaladas de su natural, que no hay poco que hacer aquí; y otras tan amigas de su salud, [que] es cosa para alabar a Dios la guerra que dan, a las pobres monjas en especial —y creo a los que no lo son— estas dos cosas. Mas a las monjas no parece que venimos al monesterio sino a servir nuestros cuerpos y curar de ellos, cada una como puede. En ésto parece pone su felicidad.

Aquí, a la verdad, poco lugar hay de éso con la obra. Mas no querría yo le hubiese en el deseo. Determináos, mis hijas, que venís a morir por Cristo y no a regalaros por Cristo. Que ésto pone el demonio *que para llevar y guardar la orden*; y tanto enhorabuena, se quiere guardar para guardarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes ni quizá un día. Pues no sé yo a qué venimos.

No hayan miedo que falte discreción en monjas en este caso, por maravilla. No hayan miedo los confesores, que luego piensan nos han de matar las penitencias; y es tan aborrecido de nosotras esta falta de descripción, que así lo cumpliésemos todo.

Las que lo hicieren al revés, no se les dé nada de que lo diga. Ni a mí se me da de que digan que juzgo por

mí. Creo, y sélo cierto, que tengo más compañeras que terné injuriadas por hacer lo contrario. Tengo para mí, que así quiere el Señor seamos más enfermas. Al menos a mí hizome en serlo gran misericordia; porque como me había de regalar así como así, quiso fuese por algo.

Pues es cosa donosa: andan siempre con este tormento que aquéllas mismas se dan, y algunas veces dales un frenesí de hacer penitencias, sin camino ni concierto —que duran dos días, a manera de decir— para después la imaginación que les pone el demonio *que las hizo daño, que nunca más penitencia —ni la que manda la orden— que ya lo probaron*. No guardan unas cosas muy bajas de la regla —como el silencio, que no nos ha de hacer mal— y no nos ha venido la imaginación de que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro —que tampoco nos mata— un día porque nos dolió y otro porque nos ha dolido, y otros tres porque no nos duela.

Diréis, amigas, que no lo consienta la mayor. A saber lo interior, no haría. Mas ve un quejar por nonada que parece se os va el alma; vaisle a pedir licencia con gran necesidad para en nada guardar la orden; y no falta, cuando son cosas de tomo, un médico que ayuda por la relación que vos hacéis, y una amiga que os llore al lado u parienta; aunque la pobre priora alguna vez ve es demasiado, ¿qué ha de hacer? queda con escrúpulo si faltó en la caridad; quiere más faltéis vos que no élla, y no le parece justo juzgaros mal.

¡Oh, este quejar, válame Dios, entre monjas —que él me lo perdone— que temo es ya costumbre! A mí me acaeció una vez ver ésto, que ¡a tenía una de quejarse de la cabeza, y quejábame mucho de élla. Venido a averiguar, poco ni mucho le dolía, sino en otra parte tenía algún dolor.

CAPÍTULO XII

Prosigue en la mortificación y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades

Cosa imperfetísima me parece, hermanas mías, este aullar y quejar siempre y enflaquecer la habla haciéndola de enferma. Aunque lo estéis, si podéis, más no lo hagáis, por amor de Dios.

Cuando es grave el mal, él mesmo se queja; es otro quejido y luego se parece. Que sois pocas, y si una tiene esta costumbre, es para traer fatigadas a todas si os tenéis amor y hay caridad.

Sino que la que estuviere de mal que sea de veras mal, lo diga y tome lo necesario. Que si perdéis el amor propio, sentiréis tanto cualquier regalo, que no hais miedo le tengáis —digo os quejéis sin necesidad— ni le pidáis. Que cuando la hay, sería muy malo el no decirlo, y muy peor si no os apiadasen.

Mas de éso, a buen seguro, adonde hay oración y caridad y tan pocas que os veréis unas a otras la necesidad, que no falte el regalo. Mas unos malecillos y flaquezas de mujeres, olvidáos de éllas, que a las veces pone el demonio imaginación de esos dolores; quítanse y pónense. Perdé la costumbre de decirlo y quejarlo todo, si no fuere a Dios; que nunca acabaréis.

Pongo tanto en ésto, porque tengo para mí importa y que sé una cosa que tiene muy relajados los monesterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades se descubren. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado. Como tiene aquí algún buen color de engañar a la pobre alma y que no medre, no se descuida.

Acordaos qué de enfermos pobres habrá que no tengan aún a quien se quejar. Pues pobres y regaladas, no lleva camino.

Acordaos también de muchas casadas. Yo sé que las hay —y personas de suerte— que con graves males, por no dar enfado a sus maridos, no se osan quejar, y con graves trabajos. Pues, ¡pecadora de mí!, sí, que no venimos aquí a ser más regaladas que éllas.

¡Oh, que estáis libres de grandes trabajos del mundo! Sabé sufrir un poquito por amor de Dios sin que lo sepan todos. Es una mujer muy mal casada, y porque no sepa su marido lo dice u se queja, pasa mucha mala ventura y grandes trabajos sin descansar con naide. ¿No pasaremos algo entre Dios y nosotros de los males que nos da por nuestros pecados? Cuantimás que es nonada lo que se aplaca el mal.

Todo esto que he dicho no es para males recios, cuando hay gran calentura —aunque pido haya moderación y sufrimiento siempre— sino unos malecillos que se pueden pasar en pie sin que matemos a todos con éllos.

Mas ¿qué fuera si ésto hubiera de verse fuera de esta casa? ¿Cuál me pararán todos los monesterios? Y ¡qué de buena gana, si alguna se enmendara, lo sufriera yo!

En fin, viene la cosa a términos que pierden unas por otras. Y si alguna hay sufrida au[n] los mismos médicos no la creen, como han visto otras con poco mal quejarse tanto. Como es para solas mis hijas, todo puede pasar. Y acordaos de nuestros padres santos pasados y santos ermitaños, cuya vida pretendemos imitar: qué pasarían de dolores y qué a solas, qué de f[r]íos, qué de hambre, qué de soles, sin tener a quien se quejar sino a Dios. ¿Pensáis que eran de yerro? Pues tan de carne eran como nosotras.

Y en comenzando, hijas, a vencer este corpezuelo, no os cansará tanto. Hartas habrá que miren lo que habéis menester. Descuidaos de vosotras si no fuere a necesidad conocida. Si no os determináis a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haréis nada. Procurá de no temerla y dejaros toda en Dios, y venga lo que viniere. De cuantas veces os ha burlado este cuerpo, burlá vos de él algún día. Y creé que aunque parece ésto poco, para otras cosas que importa más de lo que podéis entender. Sino haceldo de manera que os quedéis en costu[m]bre, y veréis que no miento. Hágalo el Señor que nos ha de ayudar a todo y hacerlo su Majestad por quien es.

CAPÍTULO XIII

Trata de cómo ha de tener en poco la vida el verdadero amador de Dios y la honra

Vamos a otras cosillas que también importan harto, aunque son menudas. Trabajo grande parece todo, mas comenzándose a obrar, obra Dios tanto en el alma y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco cuanto se puede hacer en esta vida. Y pues las monjas hacemos lo más y damos a Dios lo principal, que es la voluntad, puniéndola en otro poder, ¿por qué nos detenemos en lo interior, en lo que no es nada? Pásanse tantos trabajos, ayunos, silencio, servir siempre el coro, que por mucho que se quieran regalar, es a veces y no son todas y por ventura soy sola yo entre muchos monesterios que he visto; pues, ¿porqué nos detenemos en mortificar estos cuerpos en naderías, que es no hacerlos placer en nada sino andar en cuidado llevándolos por donde no quieren hasta tenerlos rendidos a el espíritu?

Paréceme a mí que quien de veras comienza a servir a Dios, lo menos que le puede ofrecer —después de dada la voluntad, es la vida nonada. Claro está que si es verdadero religioso, u verdadero orador y pretende gozar regalos de Dios, que no ha de volver las espaldas a desear morir por él y pasar martirio; pues, ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del verdadero religioso, u del que quiere ser de los allegados amigos de Dios, es un largo martirio? Largo, porque comparado a si de presto le degollaran, puédese llamar largo. Mas toda es corta la vida, y algunas cortísimas. En fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de éllo, y de la vida mucho menos, pues no hay día siguro. Y pensando que cada día es el postrero, ¿quién no le trabajaría si pensase no ha de vivir más que aquél?

Pues mirá, hermana, creer éso es lo más siguro. Por

eso mostraos a contradecir en todo vuestra voluntad. Aunque no se haga de presto, poco a poco, y en poco tiempo, si traéis cuidado con oración, os hallaréis en la cumbre. Mas ¡qué gran rigor parece decir que no nos hagamos placer en nada! Como no se dice qué gusto y qué placer trae consigo esta contradicción y qué de deleites se ganan con élla aun en esta vida... qué seguridad... —Y aquí como todas lo usan, estáse lo más hecho. Unas a otras se recuerdan y se ayudan ésto a cada una de procurar ir adelante de las otras.

Y en los movimientos interiores se traya mucha cuenta, en especial si tocan en mayorías. Dios nos libre, por su pasión, en decir *si soy más antigua, si he más años, si he trabajado más, si tratan a la otra mejor*. Estos primeros movimientos es menester atajarlos con presteza; que si se detienen en éellos, u lo ponen en plática, es pestilencia y de donde nacen grandes males en los monesterios. Miren que lo sé mucho. Y en habiendo perlada que poco ni mucho consienta nada de ésto, crean por sus pecados ha primitido Dios dársela para comenzarse a perder; y clamen a él y toda su oración sea porque dé el remedio en religioso u persona de oración. Que quien de veras la tiene con determinación de gozar de las mercedes que hace Dios y regalos en ella, ésto de el desasimiento a todos conviene.

No me digan: *que regalos hace Dios a quien no está tan desasido*. Yo lo creo, que con su sabiduría infinita ve que conviene para traellos a que lo dejen por él todo.

No llamo el dejar, entrar en religión; que impedimentos puede haber, y en cada parte puede el alma perfeta estar desasida y humilde. Mas créanme una cosa, que si hay punto de honra, u deseo de hacienda (que también puede estar en el monesterio como fuera, aunque más quitadas están las ocasiones y mayor sería la culpa), que aunque tengan muchos años de oración (u, por mejor decir, consideración; que oración perfeta, en fin, quita estos resabios) que nunca medrarán mucho, ni llegarán a gozar el verdadero fruto de la oración.

Mirá si os va algo, hermanas, en estas que parecen naderías, pues no estáis aquí a otra cosa. Vosotras no quedáis más honradas y el provecho perdido, como dice; así que deshonra y pérdida cabe aquí junto. Cada una mire en sí lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Tengo por cierto que al verdadero humil-

de, aun en primer movimiento no osa el demonio tentarle en cosa de mayorías; porque como es tan sagaz, teme el golpe. Y es imposible, si uno es humilde, que no gane más fortaleza en esta virtud y grandísimos grados de aprovechamiento si el demonio le tienta por ahí; porque como forzado ha de sacar sus pecados y mirar lo que ha servido con lo que debe a Cristo y las grandezas que hizo de abajarse a sí para dejarnos ejemplo de humildad, sale el alma tan gananciosa que no osa tornar otro día por no ir quebrado la cabeza.

Este consejo tomá de mí —y no se os olvide— que no sólo en lo interior (que ya dicho se está que sería gran mal no quedar con ganancia) mas en lo exterior procurá que la saquen las hermanas de vuestra tentación. Si queréis vengaros del demonio y libraros de élla, que así como os venga, os descupráis a la perla y la roguéis y pidáis os dé oficio muy bajo; y como pudierdes andéis estudiando en qué doblar en esto vuestra voluntad, —que el Señor os descubrirá muchas cosa[s]— y con mortificaciones públicas, pues se usan en esta casa. Como de pestilencia huid de tales tentaciones del demonio, y procurá que esté poco con vos.

Dios nos libre, de persona que le quiere servir, acordarse de honra ni temer deshonra. Mirá que es mala ganancia y, como he dicho, la mesma honra se pierde con estos deseos; en especial en las religiones. Así no hay tóxico en el mundo que así mate como estas cosas la perfección.

Diréis *que son cosillas que no son nada, que no hay que hacer caso de ellas*. No os burléis con éso, que crece como espuma en los monesterios, y no hay cosa pequeña en tan notable peligro. ¿Sabéis por qué? Porque por ventura en vos comienza por poco, y no es casi nada; y luego mueve el demonio a que al otro le parezca mucho, y aun pensará es caridad deciros que *cómo consentís aquel agravio; que Dios os dé paciencia; que lo ofrezcáis a Dios; que no sufriera más un santo*. Pone un caramillo en la lengua de la otra que, ya que no podéis menos de sufrir, os hace aún tentar de vanagloria diciendo es mucho.

Y es esta nuestra naturaleza tan negro flaca, que aún quitándonos la ocasión con decir no es nada, lo sentimos, ¿cuantimás viendo lo sienten por nosotros? Hácenos crecer la pena pensar que tenemos razón, y

pierde el alma todas las ocasiones que había tenido para merecer, y queda más flaca para que otro día venga el demonio con otra cosa peor. Y aun acaece hartas veces, que aunque vos no queráis sentirlo, os dicen *que si sois bestia, que bien es que se sientan las cosas*. U que si hay alguna amiga!

¡Oh, por amor de Dios, hermanas, que miréis mucho en ésto! A ninguna le mueva indiscreta caridad para mostrar lástima de la otra en cosa que toque a estos fingidos agravios.



CAPÍTULO XIV

Prosigue en la mortificación; y cómo ha de huir de los puntos y razones del mundo, para llegarse a la verdadera razón

Muchas veces os lo digo, y ahora lo escribo aquí, que en esta casa, ni en toda persona perfecta, huya mil leguas, *razón tuve, hiciéronme sin razón, no tuvo razón la hermana...* De malas razones nos libre Dios. ¿Parece había razón para que sufriese Cristo nuestro bien tantas injurias y se las dijese, y tantas sinrazones? La que no quisiere llevar cruz, sino la que le dieran muy puesta en razón, no sé yo para qué está en el monesterio. Tórnese al mundo adonde aun no le guardarán esas razones. ¿Por ventura podéis pasar tanto que no debáis más? Qué razón es ésta, por cierto, yo no lo entiendo.

Cuando os hicieren alguna honra u regalo u buen tratamiento, sacá vos esas razones; que cierto es contra razón nos le hagan en esta vida. Mas cuando agravios —que así los nombran sin hacernos agravio— yo no sé que hay que hablar. U somos esposas de tan gran rey, u no. Si lo somos, ¿qué mujer honrada hay que no sienta en el alma la deshonra que hacen a su esposo? Y aunque no la quiera sentir, en fin, de honra u deshonor participan entramos. Pues querer participar del reino de nuestro esposo, y ser compañeras con él en el gozar, y en las deshonoras y trabajos quedar sin ninguna parte, es disbarate.

No nos lo deje Dios querer, sino que a la que le pareciere es tenida entre todas en menos, se tenga por más bienaventurada. Y verdaderamente así lo es, si lo lleva como lo ha de llevar; que acá, usadas, créame a mí que lo he experimentado, que no le falte honra en esta vida... ni en la otra.

¡Qué disparate he dicho, que me crean a mí diciéndolo la verdadera sabiduría —que es la misma verdad— y la reina de los ángeles! Parezcámonos, hijas mías, en alguna cosita a esta sacratísima Virgen, cuyo hábito traemos; que es confusión nombrarnos monjas suyas. Siquiera en algo, imitemos esta su humildad; digo algo, porque por mucho que nos bajemos y humillemos, no hace nada una como yo, que por sus pecados tiene merecido la hiciesen bajar y despreciar los demonios, ya que élla no quisiese.

Porque aunque no tengan tantos pecados, por maravilla habrá quien deje de tener alguno porque haya merecido el infierno.

Y torno a decir, que no os parezca poco estas cosas. Que si no las cortáis con diligencia, lo que hoy no era nada, mañana por ventura será pecado venial; y es de tan mala disición, que si os dejáis, no quedará solo —y cosa muy mala para congregación.

Ésto habíamos de mirar mucho las que estamos en éllas: en no dañar a las que trabajan por hacernos bien y darnos buen ejemplo. Y si entendiésemos cuán gran daño se hace en que se comience una mala costumbre de estos puntillos de honra, más querriamos más morir mil muertes que ser causa de ello. Porque es muerte corporal; y pérdida de el alma, es gran pérdida, y que parece nunca se acaba de perder, porque muertas unas vienen otras. Y a todas les cabe por ventura más parte de una mala costumbre que pusimos que de muchas virtudes; porque el demonio no la deja caer, y las virtudes la misma flaqueza natural las hace perder.

¡Oh qué grandísima caridad haría y qué gran servicio a Dios, la monja que se viese no puede llevar las perfecciones y costumbres que hay en esta casa, conocerse y irse, y dejar a las otras en paz!... Y aun en todos los monesterios (al menos si me creen a mí), no la ternán ni darán profesión hasta que de muchos años esté probado a ver si se enmiendan.

No llamo faltas en la penitencia y ayunos; porque, aunque lo es, no son cosas que hacen tanto daño. Mas unas condiciones que hay de suyo amigas de ser estimadas y tenidas y mirar las faltas ajenas y nunca conocer las suyas —y otras cosas semejantes, que verdaderamente nacen de poca humildad—, si Dios no fa-

vorece con darla gran espíritu, hasta de muchos años ver la enmienda, os libre Dios de que quede en vuestra compañía. Entended que ni élla sosegará ni os dejará sosegar a todas.

Como no tomáis dote, háceos Dios merced para esto, que es lo que me lastima de los monesterios: que muchas veces, por no tornar a dar el dinero, dejan el ladrón que les robe el tesoro —u por la honra de sus deudos. En esta casa tenéis ya aventurada y perdida la honra del mundo, porque los pobres no son honrados. No tan a vuestra costa queráis que lo sean los otros. Nuestra honra, hermanas, ha de ser servir a Dios. Quien pensare que de esto os ha de estorbar, quédese con su honra en su casa; que para esto ordenaron nuestros padres la probación de un año —y en nuestra orden que no se dé en cuatro, que para esto hay libertad. Aquí querría yo no se diese en diez. La monja humilde poco se le darán en no ser profesa. Ya sabe que si es buena no la echarán. Sino, ¿para qué quiere hacer daño a este colesio de Cristo?

Y no llamo no ser buena, cosa de vanidad; que, con el favor de Dios, creo estará lejos de esta casa. Llamo no ser buena, no estar mortificada, sino con asimiento de cosas del mundo u de sí en estas cosas que he dicho. Y la que mucho en sí no le viere, créame ella mesma y no haga profesión sino quiere tener un infierno acá y plega a Dios no sea otro allá, porque hay muchas causas en élla para éllo. Y por ventura las mesmas de la casa no las entenderá, ni la mesma, como yo las tengo entendidas. Créanme, y sino el tiempo les doy por testigo.

Porque todo el estilo que pretendemos llevar es de no sólo ser monjas, sino ermitañas. Y ansí se desasen de todo lo criado; y a quien él quiere para aquí, particularmente veo hace esta merced. Aunque ahora no sea en toda perfección, vese que va ya a élla por el gran contento y alegría que les da ver que no ha de tornar a tratar con cosa de la vida.

Torno a decir que si se enclina a tratarlo, que si no se ve ir aprovechando, que procure irse despidiendo de irse a otro monesterio; y sino, verá cómo le sucede. Y no se queje de mí, que le comencé, porque no la aviso.

Esta casa es un cielo —si le puede haber en la tierra—, para quien se contenta sólo de contentar a Dios

y no hace caso de contento suyo; y tiénese muy buena vida. En queriendo algo más, se perderá todo; porque no lo puede tener en nada. Y el alma descontenta es como quien tiene gran hastío, que por bueno que sea el manjar, le da en rostro; y cuando los sanos toman gran gusto en comer, le hace mayor asco en el estómago del que tiene hastío.

En otro cava u monesterio no tan estrecho, se salvarán mejor; y por ventura poco a poco llegarán a la perfección que aquí no pudieron sufrir por llevarse junta. Que aunque en lo interior se les aguardará tiempo para del todo desasirse y mortificarse, en lo exterior ha de ser con brevedad; por el daño que puede hacer a las otras. Y a quien con ver que todas lo hacen, y andar siempre en tan buena compañía, no le aprovecha en un año u medio, temo que no aprovechará más en muchos, sino menos. No digo que sea tan cumplido como las otras, mas que se entienda va cobrando salud; que luego se ve cuando el mal es mortal.

CAPÍTULO XV

En que trata lo mucho que importa no dar profesión a ninguna que vaya contrario su espíritu de las cosas que quedan dichas

Bien creo favorece el Señor a quien bien se determina. Y por éso va mucho en mirar qué talento tiene la que entra, y que no sea sólo por remediarse (como acaecerá a muchas), puesto que Dios puede perficionar este intento si es persona de buen entendimiento; que sino, e[n] ninguna manera se tome; porque ni élla se entenderá cómo entra, ni después a las que la quisieren poner en lo mejor. Porque, por la mayor parte, quien esta falta tiene, siempre les parece entiende más lo que le conviene que los más sabios; y es mal que le tengo por incurable, porque por maravilla deja de traer consigo malicia. Y adonde hay mucho número de monjas, podráse tolerar; y en tan pocas, no se podrá sufrir.

Un buen entendimiento, si comienza a aficionarse al bien, ácese a él con fortaleza, porque ve es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo y para hartas cosas, sin cansar a nadie, antes es recreación. Cuando falta, yo no sé para qué en comunidad puede aprovechar, y dañar podría mucho.

Esta falta —y las demás— no se ve muy en breve; porque algunas personas hablan bien y entienden mal, y otras hablan corto —y no muy cortado— y tienen entendimiento para mucho bien: que hay unas simplicidades santas que saben muy poco para negocios y estilo del mundo, y mucho para tratar con Dios. Por éso, es menester gran información para tomarlas y larga probación para darlas profesión.

Entienda una vez el mundo, que tienen libertad para tornar a echarlas (que en monesterio donde hay aspe-

rezas, muchas ocasiones hay; y como se use, no se terná por agravio); digo entienda, porque son tan desventurados estos tiempos y tanta la flaqueza de las religiosas (esto por mí lo digo que me ha acaecido) que no basta tenerlo por mandamiento de nuestros pasados; sino que, por no hacer un agravio pequeño, u por quitar un dicho que no es nada, dejamos olvida[da]s las virtuosas costumbres. Y plega Dios no se pague en la otra vida las que admitimos. Nunca falta un color con que hacernos entender se sufre hacerlo. Y en caso tan importante ninguno es bueno; porque cuando el perlado, sin afición ni pasión, mira lo que está bien a la casa, nunca creo Dios le dejará errar. Y en mirar estas piadades y puntos necios, tengo para mí que no deja de haber yerro.

Y éste es un negocio que cada una por sí le había de mirar y encomendar a Dios y animar a la perlada cuando le falte ánimo; porque es cosa en que va muy mucho a todas. Y ansí suplico a Dios que siempre os dé en ésto luz.

CAPÍTULO XVI

Que trata del gran bien que hay en no disculparse aunque se vean condenar sin culpa

Mas ¡qué desconcertado escribo! bien como quien no sabe qué hace. Vosotras tenéis la culpa, hermanas, pues me lo mandáis. Leeldo como pudierdes, que así lo escribo yo como puedo. Y sino, quemaldo por mal que va. Quiérese asiento; y yo tengo tan poco lugar, como véis, que se pasan ocho días que no escribo; y así se me elvida lo que he dicho, y aún lo que voy a decir.

Que ahora será mal de mí, y rogaros que no le hagáis vosotras en esto que acabo de hacer, que es disculparme. Que veo ser una costumbre perfetísima y de gran edificación y mérito; y aunque os la enseñe muchas veces, y por la bondad de Dios lo hacéis, nunca Su Majestad me la ha dado. Plega él antes que me muera me la dé. Jamás me falta una causa para parecerme mayor virtud dar disculpa. Como algunas veces es lícito y sería mal no lo hacer, no tengo discreción —u, por mejor decir, humildad— para hacerlo cuando conviene.

Porque verdaderamente, es de gran humildad verse condenar no teniendo culpa; y es gran imitación, del Señor que nos quitó todas las culpas. Os querría mucho persuadir pongáis en esto gran estudio; porque tray consigo grandes ganancias. Y en procurar nosotros mesmos librarnos de culpa, ninguna ninguna veo si no es, como digo, en algunos casos que podía ser enojo u escándalo no decir la verdad. Esto quien tuviere más discreción que yo lo entenderá.

Y creo que va mucho en acostumbrarse a esta virtud; u en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad —que de aquí debe venir—; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco y ser perseguido y condenado sin culpa, aun en cosas graves. Porque si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor que en

ésto puede? Que aquí no son menester fuerzas corporales ni ayuda de naide sino de Dios.

Estas virtudes grandes, hermanas mías, querría yo fuese nuestro estudio y penitencia (que en otras asperezas, aunque son buenas, ya sabéis os voy a la mano cuando son demasiadas...) Unas virtudes grandes interiores nunca puede haber demasia: no enflaquecen ni quitan las fuerzas al cuerpo para servir la relión, sino fortalecen el alma. Y de cosas muy pequeñas se puede acostumbrar de manera, que vengan a salir con vitoria de las muy grandes.

Mas ¡que bien se escribe ésto y que mal lo hago yo!

A la verdad, en cosas grandes nunca he podido hacer esta prueba; porque nunca oí decir cosa mala de mí que no viese claro quedaban cortos. Porque aunque no era algunas veces —y muchas—, en las mismas cosas tenía ofendido a Dios en otras muchas y parecíame que habían hecho harto en dejar aquéllas. Y siempre me holgué yo más dijesen de mí lo que no era; que las verdades más las sentía. Estotras cosas por graves que fuesen, no. Más en cosas pequeñas seguía mi naturaleza —y sigo— sin advertir qué es lo más perfeto. Por eso querría yo lo comenzádes temprano a entender, y cada una a traer consideración de lo mucho que gana por todas vías y por ninguna pierde, a mi parecer.

Gana lo principal, en seguir en algo al Señor.

Digo en algo, porque —como he dicho— nunca nos culpan sin culpas; que siempre andamos llenos de éllas, pues cay siete veces al día el justo y sería mentira decir que no tenemos pecado. Así que, aunque no sea en lo mesmo que nos culpa, nunca estamos sin culpa del todo, como lo estaba el buen Jesús.

¡Oh Señor mío! que cuando pienso por qué de manera padecistes y como por ninguna manera lo merecistes, no se qué me diga de mí, ni adónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni adónde estoy cuando de alguna cosa me disculpo. Ya sabéis vos, bien mío, que si tengo algún bien, que no es dado por otras manos sino por las vuestras. Pues ¿que os va Señor más en dar poco que mucho? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecía las mercedes que me habéis hecho. ¿Es posible que he yo de querer que sienta naide bien de cosa tan mala? ¿cómo? ¿habiendo dicho tantos males de vos que sóis bien sobre todos los bienes! No se sufre, no se sufre,

Dios mío. Ni querría yo lo sufriédeses vos que haya en vuestra sierva cosa que no contente a vuestros ojos. Pues, mirá que los míos están ciegos, Señor, y se contentan de muy poco. Dadme vos luz, y haced que desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es ésto, Dios mío? ¿Qué pensamos sacar de contentar a las criaturas? ¿Qué nos va en ser muy culpados de todas ellas, si delante de mi criador estoy sin culpa?

¡Oh hermanas mías, que nunca acabamos de entender esta verdad, y así nunca acabaremos de estar en la cumbre de la perfección, si mucho no la andamos considerando y pensando qué es lo que es y qué es lo que no es!

Pues cuando no hubiese otra ganancia, sino la confusión que le quedará a la hermana que ha hecho la culpa de ver que vos sin ella os dejáis condenar, es grandísimo. Más levanta una cosa de éstas, a las veces, que diez sermones. Pues todas habéis de procurar de ser predicadoras de obras, pues el apóstol y nuestra inhabilidad nos quita que lo seamos en las palabras. Nunca penséis que ha de estar secreto —ya creo os lo he dicho otra vez y lo querría decir muchas— el mal u el bien que hicierdes por encerradas que estéis.

Y ¿pensáis, hijas, que aunque vos no os desculpéis, ha de faltar quien torne por vos? Mirá como tornó Cristo por la Madalena cuando la culpaba santa Marta. Cuando sea menester, su Majestad moverá a quien torne por vosotras —de esto tengo grandísima experiencia— aunque más querría yo que no se os acordase, sino que os holgádeses de quedar por culpadas.

Y el provecho que veréis en vuestra alma, el tiempo os doy por testigo, porque hace mucho. El uno es comenzar a ganar libertad, y no se le dar más que digan mal que bien de vos; antes parece que es negocio ajeno. Como si estuviesen hablando otras personas delante de vos, como no es con vos, estáis descuidada en la respuesta, así es acá; con la costumbre que está ya hecha de que no habéis de responder, no parece hablan con vos.

Parecerá esto imposible a los que somos muy sentidos y poco mortificados. Y a los principios dificultoso es; mas yo sé que se puede alcanzar esta libertad y negación y desasimiento de nosotros mismos —con el favor del Señor— poco a poco.

CAPÍTULO XVII

Que trata de cuán necesario ha sido lo que queda dicho para comenzar a tratar de oración

Y no os parezca mucho todo esto; que voy entablando el juego, como dicen.

Pedístesme os dijese el principio de oración. Yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio (porque aun no le debo tener de estas virtudes), no sé otro. Pues creé que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar; y si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate.

Así me habéis de reprender porque hablo en cosa de juego no le habiendo en esta casa ni habiéndole de haber. Aquí veréis la madre que os dió Dios, que hasta esta vanidad sabía. Mas dicen que es lícito algunas veces.

Y cuán lícito será para nosotras esta manera de jugar, y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate a este rey divino, que no se nos podrá ir de las manos ni querrá. La dama es la que más guerra le puede hacer en este juego, y todas las otras piezas ayudan.

No hay dama que así le haga rendir como la humildad. Ésta le trajo del cielo en las entrañas de la virgen, y con ella le traeremos nosotras de un cabello a nuestras almas. Y creé que quien más tuviere más le terná, y quien menos menos. Porque no puedo yo entender cómo haya ni pueda haber humildad sin amor, ni amor sin humildad; ni es posible estar estas dos virtudes sin gran desasimiento de todo lo criado.

Diréis, mis hijas, *que para qué os hablo en virtudes; que hartos libros tenéis que os las enseñan; que no queréis sino contemplación.* Digo yo que, aún si pidié-

rades meditación, pudiera hablar de élla, y aconsejar a todos la tuvieran aunque no tengan virtudes.

Porque es principio para alcanzar todas las virtudes y cosa que nos va la vida en comenzarla todos los cristianos. Y ninguno, por perdido que sea, si Dios le despierta a tan gran bien, lo había de dejar —como ya tengo escrito en otra parte— (y otros muchos que saben lo que escriben, que yo por cierto que no lo sé; Dios lo sabe).

Mas contemplación es otra cosa, hijas. Que éste es el engaño que todos traemos, que en llegándose uno un rato cada día a pensar sus pecados (que está obligado a éllo si es cristiano de más que nombre), luego dicen es muy contemplativo y luego le quieren con tan grandes virtudes como está obligado a tener el muy contemplativo; y aun él se quiere, mas yerra. En los principios, no supo entablar el juego; pensó bastaba conocer las piezas para dar mate y es imposible; que no se da este rey sino a quien se le da del todo.



CAPÍTULO XVIII

De la diferencia que ha de haber en la perfección de la vida de los contemplativos a los que se contentan con oración mental y cómo es posible algunas veces subir Dios un alma distraída a perfecta contemplación y la causa de éllo. Es mucho de notar este capítulo y el que viene cabe él

Ansí que, hijas, si queréis os diga el camino para llegar a la contemplación, sufrí que sea, en cosas que no os parecerán tan importantes, un poco larga. Porque todas las que aquí he dicho lo son, y si no las queréis oír ni obrar, quedaos con vuestra oración mental toda vuestra vida; que yo os asiguro a vosotras y a todo el mundo, a mi parecer (quizá yo me engaño, y juzgo por mí que lo procuré veinte años), que no lleguéis a verdadera contemplación.

Quiéroos ahora declarar —porque algunas no lo entenderéis— qué es oración mental, y plega a Dios que ésta tengamos como la hemos de tener. Mas he miedo que se tiene con harto trabajo si no se procuran las virtudes, aunque no en tan alto grado como para estotro.

Porque no se me olvide que dije que no hayáis miedo que venga el Rey, quiérome declarar, porque si en una mentira me tomáis, no me creeréis nada. Y terníades razón si la dijese a sabiendas; mas no me dé Dios tal lugar; será no saber más ni entender más.

Acaece muchas veces que el Señor pone un alma muy ruín, entiéndese no estando en pecado mortal entonces, a mi parecer. Porque una visión, aunque sea muy buena, primitirá el Señor que la vea uno estando en mal estado para tornarle a sí; mas ponerle en contemplación, no lo puedo creer; porque en aquella unión divina, adonde

el señor se regala con el alma y el alma con él, no lleva camino. ¡Alma sucia deleitarse con élla la limpieza de los cielos... y el regalo de los ángeles regalarse con cosa que no sea suya! Pues ya sabemos que, en pecando uno mortalmente, es de el demonio. Con él se puede regalar, pues le ha contentado (que ya sabemos son sus regalos contino tormento aún en esta vida) que no le faltará a mi Señor hijos suyos con quien se huelgue sin que ande a tomar los ajenos.

Hará su Majestad lo que hace muchas veces, que es sacárselos de las manos.

¡Oh señor mío, y qué de veces os hacemos andar a brazos con el demonio! ¡No bastara que os dejastes tomar en los suyos cuando os llevó al pináculo para enseñarnos a vencerle?

Mas, qué sería, hijas, ver junto aquel sol con las tinieblas, y qué temor llevaría aquel desventurado, sin saber de qué. (Que no primitió Dios lo entendiese.) Bendita sea tanta piedad y misericordia.

Que vergüenza habíamos ya de haber los cristianos de hacerle andar cada día a brazos, como he dicho, con tan sucia bestia. Bien fué menester, mi Señor, que los tuviédes tan fuertes.

Mas ¿cómo no os quedaron flacos de tantos tormentos como pasastes en la cruz? ¡Oh, que todo lo que se pasa con amor torna a soldarse! y así creo, si quedárades con la vida, el mesmo amor que nos tenéis, tornara a soldar vuestras llagas, que no fuera menester otra medicina.

Parece que desatino; pues no hago; que mayores cosas que éstas hace el amor divino, y por no parecer curiosa, ya que lo soy, y daros mal ejemplo, no trayo aquí algunas.

Así que, cuando el Señor quiere torna[r] el alma a sí, pónela, estando aún sin tener estas virtudes, en contemplación algunas veces. Pocas y dura poco. Y esto, como digo, acaece porque las prueba si con aquel favor se querrán disponer a gozarle muchas veces. Mas si no se disponen, perdonen, u perdonános vos, Señor, por mi-jor decir; que harto mal es que os lleguéis vos a un alma de esta suerte, y se llegue élla después a cosa de la vida para atarse a élla.

Tengo para mí, que hay muchos con quien Dios nuestro Señor hace esta prueba, y pocos los que se disponen

para gozar siempre de esta merced; que cuando el Señor la hace —y no queda por nosotros— tengo por cierto que nunca cesa de dar hasta llegar a muy alto grado. Cuando no nos damos a su Majestad con la determinación que se da a nosotros, harto hace de dejarnos en oración mental y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en su viña. Mas nosotros son hijos regalados; no los querría quitar de cabe sí, ni los quita, porque ya ellos no se quieren quitar; siéntalos a su mesa, dales de lo que come, hasta quitar el bocado de la boca para dárselo.

¡Oh dichoso cuidado, hijas mías! ¡Oh bienaventurada dejación de cosas tan pocas y tan vanas, que llega a tan gran estado! Mirá qué se os dará, estando en los brazos de Dios, que os culpe todo el mundo, siquiera se quiebren la cabeza a voces. Que de una vez que mandó el Señor —u pensó— en hacer el mundo, fué hecho el mundo.— Su querer es obra.—Pues no hayáis miedo, que si no es para más bien vuestro, los consienta hablar. No quiere tan poco a quien le quiere. De cuantas maneras puede mostrar el amor, le muestra.

Pues ¿por qué, hijas mías, no se le mostraremos nosotros en cuanto podemos? Mirá qué hermoso trueco: ¡su amor con el nuestro!... Mirá que lo puede todo, y acá no podemos nada sino lo que él nos hace poder. Pues ¿qué es ésto que hacemos por vos, Señor, hacedor nuestro? Es tanto como nada: una determinacioncilla. Pues si lo que no es nada, quiere su Majestad merezcamos por ello el todo, no seamos desatinadas.

¡Oh Señor! que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en vos; que si no mirásemos a otra cosa sino al camino, presto llegaríamos. Mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner en el verdadero camino los ojos.

Parece que nunca se anduvo este camino según se nos hace nuevo. Cosa es para lastimar, por cierto. Digo que no parecemos cristianos, ni que leímos la pasión en nuestra vida.

¡Válame Dios; tocar en un puntito de honra! Luego, quien os dice que no hagáis caso de ello, parece no es cristiano. Yo me reía —u me afligía— alguna vez de lo que oía en el mundo —y aún por mis pecados, en las religiones—... tocar en un puntito de ser menos, no se sufre. Luego dicen *que no son santos* —u lo decía yo—.

Dios nos libre, hermanas, cuando algo hiciéremos no perfeto, decir: *no somos ángeles, no somos santas*. Mirá que, aunque no lo somos, es gran bien pensar, si nos esforzamos, Dios nos dará la mano para serlo. No hayáis miedo que quede por él si no queda por nosotras.

Pues no venimos aquí a otra cosa, manos a labor, como dicen. No entendamos en cosa que se sirve más al Señor, que no presumamos salir con élla, con su favor. Esta presunción querría yo en esta casa; que hace crecer la humildad. Siempre estar con ánimo; que Dios le da a los fuertes —y no es acetador de personas— y os le dará a vosotras y a mí.

Mucho me he divertido. Quiero tornar a lo que decía, que creo era decir qué es oración mental y contemplación. Impertinente parece, mas para vosotras todo pasa. Quizá lo entenderéis mejor por mi grosero estilo que por otros elegantes.

CAPÍTULO XIX

De cómo no todas las almas son para contemplación y cómo algunas llegan a ella tarde y que el verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor

Parece que me voy entrando en la oración, y fáltame un poco por decir que hace mucho al caso, porque es de la humildad. Y es necesario en esta casa, porque todas habéis de tratar de oración y tratáis; y, como he dicho, cumple mucho tratéis de entender ejercitaros de todas maneras en humildad.

Y éste es un gran punto de élla y muy necesario para todas las personas que se dan a oración: *¿Cómo podrá el verdadero humilde pensar que es él tan bueno como los que llegan a este estado?* Que Dios le puede hacer tal que lo merezca, sí; por los méritos de Cristo. Mas, de mi consejo, siempre se siente en el más bajo lugar. Dispóngase para si Dios le quisie[re] llevar por ese camino. Cuando no, para eso es la verdadera humildad, para tenerse por dichosa en ser sierva de las siervas del Señor, y alabarle porque mereciendo el infierno la trajo entre éllas.

No digo esto sin gran causa; porque —como he dicho— es cosa que importa mucho entender que no a todos lleva Dios por un camino. Y por ventura el que le pareciere va por muy más bajo, está más alto en los ojos del Señor.

No porque en esta casa haya costumbre y ejercicio de oración, es por fuerza que han de ser todas contemplativas. Es imposible. Y será gran desconsolación para la que no lo es, no entender esta verdad: *que esto es cosa que lo da Dios.* Y pues no es necesario para la salvación ni nos lo pide Dios de premio, no piense se lo

pedirá nadie ni que no por éso dejará de ser muy perfeta, si hace lo que aquí va escrito; antes por ventura terná mucho más mérito, porque es a más trabajo suyo y la lleva el Señor como a fuerte y la tiene guardado junto todo lo que aquí no goza. No por éso desmaye, ni deje la oración y de hacer lo que todas; que a las veces viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por junto tarde, como en muchos años ha ido dando a otros.

Yo estuve catorce que nunca podía tener meditación, sino junto con lección.

Habrá muchas personas de este arte. Y otras que, aunque sea con la lección, no pueden tener meditación; sino rezar vocalmente —y aquí se detienen más y hallan algún gusto.

Hay pensamientos tan ligeros que no pueden estar en una cosa, sino siempre desasosegados; y en tanto extremo, que si quieren detenerle a pensar en Dios, se les va a mil vanidades y escrúpulos y dudas en la fe.

Yo conozco una monja bien vieja —que pluguiera a Dios fuera mi vida como la suya— muy santa y penitente y en todo gran monja y de mucha oración vocal y muy ordinaria. Y en mental no ha tenido remedio. Cuando más puede, poco a poco, en las avemarías y paternostres, se va detiniendo. Y es muy santa obra.

Y otras hartas personas hay de la mesma manera. Y si hay humildad, no creo yo saldrán peor libradas al cabo del año, sino muy en igual que los que llevan muchos gustos en la oración... y con más certenidad, en parte; porque ¿qué sabemos si son gustos de Dios u si los pone el demonio? Y si no son de Dios, es más peligro porque en lo que trabaja es poner soberbia; que si son de Dios, no hay que temer, como escribí en el otro libro.

Estotros andan con humildad siempre, sospechosos que es por su culpa, siempre con cuidado de ir adelante. No ven a otros llorar una lágrima, que si élla no las tiene, no le parece está muy atrás en el servicio de Dios. Y debe estar muy más adelante; porque no son las lágrimas —aunque son buenas— todas perfetas; y la humildad y mortificación y desasimiento y en estotras virtudes, siempre son siguras.

No hay que temer ni hayáis miedo que dejéis de llegar a la perfección como los muy contemplativos. Santa era

santa Marta, aunque no la ponen era contemplativa. Pues ¿qué más pretendéis que llegar a ser como esta bienaventurada que mereció tener a Cristo nuestro Señor tantas veces en su casa y darle de comer y servirle y por ventura comer a su mesa y aún en su plato? Si entramas se estuvieran como la Madalena, embebidas, no hubiera quien diera de comer al huésped celestial. Pues pensad que es esta congregacioncita la casa de santa Marta; y que ha de haber de todo.

Y las que fueren llevadas por la vida ativa, no murmuren a las que mucho se embebieren en la oración —porque, por la mayor parte, hace descuidar de sí y de todo—. Acuérdense que si éllas callan, ha de responder por éllas el Señor, y ténganse por dichosas de irle a aderezar la comida. Miren que la verdadera humildad creo cierto está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de éllos y siempre hallarse indinos de llamarse sus siervos. Pues si contemplan y tener oración mental y vocal y curar enfermos y servir en cosas de la casa y trabajar en desear sea en lo más bajo, todo es servir al huésped que se viene con nosotras a estar y a comer y recrearse, ¿qué más se nos da en lo uno que en lo otro?

No digo yo que quede por vosotras, sino que lo probéis todo; porque no está ésto en vuestro escoger sino en el del Señor. Mas si después de muchos años quiere a cada una para su oficio, gentil humildad será andar vosotras a escoger. Dejad hacer al Señor de la casa: Sabio es, poderoso es, entiende lo que os conviene y lo que le conviene a él también.

Estad siguras que haciendo lo que es en vosotras y aparejándoos para subida contemplación con la perfección que queda dicha, que si él no os la da aquí (lo que creo no dejará de dar, si es de veras el desasimiento), que os tiene guardado ese regalo y que —como os he dicho otra vez— os quiere llevar como a fuertes y daros acá cruz como siempre su Majestad la tuvo. ¿Y qué mejor amistad que querer lo que quiso para sí para vos? Y por ventura no tuviérades tanto premio en la contemplación. Juicios son suyos, no hay que meternos en éllos. Harto bien es que no quede a nuestro escoger, que luego, como nos parece más descanso, fuéramos todos grandes contemplativos.

CAPÍTULO XX

Que prosigue en la misma materia y dice cuánto mayores son los trabajos de los contemplativos que de los ativos. Es de mucha consolación para ellos

Pues yo os digo, hijas, a las que no lleva Dios por este camino, que los que van por él no llevan la cruz más liviana, y que os espantariades por las vías y maneras que las da Dios. Yo sé de unos y de otros, y sé claro que son intolerables los trabajos que Dios da a los contemplativos. Y son de tal arte, que si no les diese aquel manjar de gusto, no se podrían sufrir. Y está claro que —pues lo es que a los que Dios mucho quiere lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores—, no hay por qué creer que tiene aborrecidos los contemplativos, pues por su boca los alaba y que también son amigos. Pues creer que admite Dios a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos, es disbarate. Tengo por muy cierto se los da Dios mucho mayores. Y así como los lleva por camino barrancoso y áspero, y, a las veces, que les parece se pierden y han de comenzar de nuevo dende lo que han andado, que así ha menester el Señor darles mantenimiento, y no agua sino vino, para que, emborrachados, no entiendan lo que pasan y lo que puedan sufrir.

Y así, pocos veo verdaderos contemplativos que no los vea animosos. Y lo primero que hace el Señor, si son flacos, es ponerles ánimo y hacerlos que no teman trabajo que les pueda venir.

Creo que piensan los de la vida ativa, por un poquito que los vean regalados, que no hay más que aquéllo. Pues yo os digo que por ventura un día de los que pasan, no los pudiédeses sufrir. Así que el Señor, como

conoce a todos para lo que son, da a cada uno su oficio (el que más ve le conviene a su alma y al mismo Señor y al bien de los prójimos); y como no quede por no os haber dispuesto, no hayáis miedo que se pierda vuestro trabajo.

Mirá que digo que todas lo procuren, pues no estamos aquí a otra cosa. Y no un año, ni diez solos, porque no parezca lo dejáis de cobardes, y es bien que el Señor entienda no queda por vosotras. Es como los soldados que han mucho servido; para que el capitán los mande, siempre han de estar a punto, pues en cualquier oficio que sirvan les han de dar su sueldo muy bien pagado. ¡Y cuán mejor pagado es que los que sirven al rey! Andan los tristes muriendo, y después sabe Dios cómo se paga. Como no estén ausentes y los ve el capitán con deseo de servir, ya tiene entendido (aunque no tan bien como nuestro celestial capitán), para lo que es cada uno, reparte los oficios como ve sus fuerzas; y si no estuviesen allí, no les daría nada ni les mandaría en qué sirviesen.

Ansí que, hermanas, oración mental (y, quien ésta no pudiere, vocal y lección y coloquios con Dios — como después diré) nunca lo deje las horas que todas. No sabe cuándo las llamará el capitán y la querrá dar más trabajo disfrazado con gusto.

Si no las llamaren, entiendan no son para él y que les convino aquéllo. Y aquí entra la verdadera humildad, creer con verdad que aún no era para lo que hace. Andar alegre sirviendo en lo que le mandan. Y si es de veras la humildad, bienaventurada tal sierva de vida ativa, que no mormurará sino de sí. Harto más querría yo ser élla que algunas contemplativas.

Déjelas a las otras con su guerra, que no es pequeña. ¡Ya no saben que en las batallas los alférez y capitanes son obligados a más pelear? Un pobre soldado yase su paso a paso, y si se asconde alguna vez para no entrar adonde ve el mayor tropel, no le echan de ver ni pierde honra ni vida. El alférez, aunque no pelea, lleva la bandera, y aunque le hagan pedazos no la ha de dejar de las manos. Tienen todos los ojos en él. ¡Pensáis que da poco trabajo al que el rey da estos oficios? Por un poquito de más honra, se obligan a padecer mucho más; y si tantito les sienten flaqueza, todo va perdido.

Así que, amigas, no nos entendemos ni sabemos lo que pedimos. Dejemos hacer al Señor, que nos conoce mejor que nosotras mismas. Y la verdadera humildad es andar contentas con lo que nos dan. Que personas hay que por justicia parece quieren pedir a Dios regalos — donosa manera de humildad —. Por éso hace bien el concededor de todos, que por maravilla lo da a éstos. Ve claro que no son para beber el cáliz.

Vuestro entender si estáis aprovechadas, hijas, será en si entendiere cada una que es la más ruín de todas (y ésto que se entienda en sus obras que lo conoce así, para aprovechamiento y bien de las otras), y no en la que tiene más gustos en la oración y arrobamientos, visiones u cosas de esta suerte, que hemos de aguardar al otro mundo para ver su valor. Estotro es moneda que se corre; es renta que no falta; son juro perpetuos, y no censos de alquitar (que estotro quítase y pónese): una virtud grande de humildad, de mortificación, de grandísima obediencia en no ir una tilde contra lo que os manda el perlado, que sabéis verdaderamente que os lo manda Dios pues está en su lugar.

En ésto es lo más en que había de poner, y por parecerme que si no hay ésto es no ser monjas, no digo nada de éllo; porque hablo con monjas y, a mi parecer, buenas religiosas (al menos que lo desean ser), en cosa tan importante no más de una palabra, porque no se olvide.

Digo que quien estuviere por voto debajo de obediencia y faltare no trayendo todo cuidado en cómo cumplir con mayor perfección este voto, que no sé para qué está en el monesterio. Al menos yo le aseguro, que mientras aquí faltare, que nunca llegue a ser contemplativo, ni aún buen ativo. Y ésto tengo por muy cierto.

Y aunque no sea persona que tiene obligación, si quiere u pretende llegar a contemplación, ha menester, para ir muy acertadamente, dejar su voluntad con toda determinación en un confesor que sea tal que le entienda. Porque ésto se sabe ya muy sabido y lo han escrito muchos y para vosotras no es menester, no hay que hablar de éllo.

Concluyo que estas virtudes son las que yo deseo tengáis, hijas mías, y las que procuréis y las que santamente envidiéis. Esotras devociones, en ninguna manera. Es cosa incierta. Por ventura en la otra será

Dios; y en vos primitirá su Majestad sea ilusión del demonio y que os engañe como ha hecho a muchas. Que en mujeres es cosa peligrosa. Si podéis servir tanto al Señor con cosas — como he dicho — siguras, ¿quién os mete en esos peligros?

Heme alargado en ésto, porque sé conviene, que esta nuestra naturaleza es flaca; y a quien Dios quisiere dar la contemplación, su Majestad le hará fuerte. A los que no, heme holgado de dar estos avisos por donde también se humillarán las contemplativas. Si decís, hijas, que vosotras no los habéis menester, alguna verná que por ventura se huelgue con ellos. El Señor, por quien es, dé luz para en todo seguir su voluntad y no habrá de qué temer.



CAPÍTULO XXI

Que comienza a tratar de la oración. Habla con almas que no pueden discurrir con el entendimiento

Ha tantos días que escribí lo pasado sin haber tenido lugar para tornar a éllo que, si no lo tornase a leer, no sé lo que decía. Por no ocupar tiempo habrá de ir como saliere, sin concierto.

Para entendimientos concertados y almas que están ejercitadas y pueden estar consigo mesmas, hay tantos libros escritos y tan buenos y de personas tales, que sería yerro hiciésedes caso de mi dicho en cosa de oración (pues, como digo, tenéis libros tales adonde van por los días de la semana enrepartidos los pasos de la sagrada pasión y otras meditaciones de juicio y infierno y nuestra nonada y mercedes de Dios, con ecelente dotrina, y concierto para principio y fin de la oración). Quien pudiere y tuviere ya costumbre de llevarle, no hay que decir que por tan buen camino el Señor le sacará a puerto de luz y con tales principios el fin será bueno. Y todos los que pudieren ir por ellos llevarán descanso y siguridad; porque, atado el entendimiento, vase con descanso.

Mas de lo que yo querría tratar y dar algún remedio (si Dios quisiese acertase; y sino, al menos que entendáis hay muchas almas que pasan este trabajo, para que no os fatiguéis las que al principio le tuviéredes, y daros algún consuelo en él), es de unas almas que hay y entendimientos tan desbaratados, que no parecen sino unos caballos desbocados que no hay quien los haga parar: Ya van aquí, ya van allí; siempre con desasosiego; y aunque, si es diestro el que va en él, no peligra todas veces, algunas sí. Y cuando va siguro

de la vida, no lo está del hacer cosa en él que no sea desdón; y va con gran trabajo siempre.

A ánimas que su mesma naturaleza — u Dios que lo primate — proceden así, he yo mucha lástima; porque me parece son como unas personas que han mucha sed y ven el agua de muy lejos y cuando quieren ir allá hallan quien les defienda el paso al principio y medio y fin. Acaece que cuando ya con su trabajo — y con harto trabajo — han vencido los primeros enemigos, a los sigundos se dejan vencer y quieren más morir de sed que beber agua que tanto ha de costar. Acabóseles el esfuerzo, faltóles ánimo. Y ya que algunos le tienen para vencer también los sigundos enemigos, a los terceros se les acaba la fuerza. Y por ventura no estaban dos pasos de la fuente de agua viva que dice el Señor a la samaritana que quien la bebiere no terná sed. Y con cuánta razón, y qué gran verdad, como dicha de la boca de la mesma verdad, que no la terná de cosa de esta vida aunque crece, muy mayor de lo que acá podemos imaginar por esta sed natural, de las cosas de la otra. Mas aunque es sed que se desea tener esta sed (porque entiende el alma su gran valor), y es sed penosísima y que fatiga, trae consigo la mesma satisfacción con que se amata aquella sed. De manera que es una sed que no ahoga, sino es a las cosas terrenas, antes antes da hartura de manera, que cuando Dios la satisface, la mayor merced que puede hacer al alma, es dejarla con la mesma necesidad. Y mayor queda siempre de tornar a pedir de este agua.

El agua tiene tres propiedades, que ahora se me acuerda que me hacen al caso — que muchas más terná —: La una es que enfría. Por calor que haya uno, si entra en un río, se le quita; y si hay gran fuego, con élla se mata.

Salvo si no es de alquitrán, que dicen se enciende más. ¡Oh, váleme Dios! y ¡qué de maravillas hay en este encenderse más el fuego con el agua cuando es fuego fuerte, poderoso, no sujeto a los elementos, pues éste — con ser su contrario —, no le empece, antes le hace crecer! ¡Qué valiera aquí ser filósofo para saber las propiedades de las cosas y saberme declarar! (que me voy regalando en éllo, y no sé decir lo que entiendo, y por ventura no lo sé entender). De que Dios, hermanas, os traya a beber de este agua — y las que ahora

lo bebéis — gustaréis de ésto, y entenderéis cómo el verdadero amor de Dios, si está en su fuerza (ya libre de cosas de tierra del todo y que vuela sobre éllas), como es señor de todos los elementos y del mundo, y como el agua procede de la tierra, no hayáis miedo que mate este fuego. No es de su jurisdicción, aunque son contrarios, es ya señor absoluto, no le está sujeto.

No os espantaréis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta libertad. ¿No es linda cosa una pobre monjita de San José que pueda llegar a señorear toda la tierra y elementos? Y ¿qué mucho que los santos hiciesen de éellos lo que querían, con el favor de Dios? San Martín el fuego y las aguas le obedecían; san Francisco hasta los peces; pues con ayuda de Dios, y haciendo lo que han podido, casi se lo pueden pedir de derecho.

Que pensáis, porque dice el salmista que todas las cosas están sujetas y puestas debajo de los pies de los hombres, ¿pensáis que de todos? No hayáis miedo, antes los veo yo sujetos a éellos debajo de los pies de éllas. (Y conocí un caballero que, en porfiando sobre medio real, le mataron: mirá si se sujetó a miserable precio.) Y hay muy muchas cosas que veréis cada día por donde conoceréis que digo verdad. Pues sí, que el salmista no pudo mentir, que es dicho por el Espíritu Santo, sino que me parece a mí (ya puede ser yo no lo entienda y sea disbarate — que no lo he leído), que es dicho por los perfetos, que todas las cosas de la tierra señoreen.

Pues si es agua del cielo, no hayáis miedo que mate este fuego. Más que estotra le aviva. No son contrarios, sino de una tierra; no hayáis miedo le haga mal el uno al otro. Antes ayuda el uno al otro a su efeto; porque el agua le enciende más y ayuda a sustentar, y el fuego ayuda a el agua a enfriar. ¡Válame Dios, que cosa tan hermosa y de tanta maravilla, que el fuego enfria! Sí, y aun yela todas las afecciones del mundo. Cuando con él se junta el agua viva del cielo, no hayáis miedo que le dé pizca de calor para ninguna.

Es la otra propiedad limpiar cosas no limpias. (Si no hubiese agua para lavar, ¿qué sería del mundo?) ¿Sabéis qué tanto limpia este agua viva, este agua celestial, este agua clara, cuando no está turbia, cuando no tiene lodo, sino que se coge de la misma fuente?

Que una vez que se beba, tengo por cierto deja el alma clara y limpia de todas las culpas. Porque — como tengo escrito — no da Dios lugar a que beban de esta agua (que no está en nuestro querer) de perfecta contemplación, de verdadera unión, si no es para limpiarla y dejarla limpia y libre del lodo en que por las culpas estaba metida. Porque otros gustos — que vienen por medianería del entendimiento — por mucho que hagan, train el agua corriendo por la tierra. No lo beben junto a la fuente; nunca falta en este camino cosas lodosas en que se detenga, y no va tan puro, ta[n] limpio. No llamo yo a ésto agua viva — conforme a mi entender, digo.

La otra propiedad del agua, es que harta y quita la sed. Porque sed me parece a mí quiere decir deseo de una cosa que nos hace tan gran falta que si nos falta nos mata. Estraña cosa es que si nos falta nos mata y si nos sobra nos acaba la vida, como se ve morir muchos ahogados.

¡Oh señor mío, y quién se ahogase engolfada en esta agua viva! Mas no puede ser. Deseo de élla, sí; que tanto puede crecer el amor y deseo de Dios que no lo pueda sufrir el sujeto natural. Y ansí ha habido personas que han muerto; y yo sé de una que (sino la socorriera Dios presto con este agua viva en grandísima abundancia con arrobamientos), tenía tan grande esta sed, iba en tanto crecimiento su deseo, que entendía claro era muy posible — si no la remediaran — morir de sed. ¡Bendito sea el que nos convida que vamos a beber en su evangelio!

Y ansí como en nuestro bien y señor no puede haber cosa que no sea cabal, como es de sólo él darnos esta agua, da la que hemos menester. Y por mucha que sea no puede haber demasía en cosa suya; porque si da mucho, hace hábil el alma para que sea capaz de beber mucho: como un vedriero que hace la vasija del tamaño que ve es menester para que quepa lo que ha de echar en élla.

El deseo, como es de nosotros, nunca va sin falta. Si alguna cosa buena lleva, es lo que en él ayuda el Señor. Mas somos tan indiscretos que, como es pena suave y gustosa, nunca nos pensamos hartar de esta pena. Comemos sin tasa, ayudamos como acá podemos a este deseo, y ansí algunas veces mata. ¡Dichosa tal muerte!

Mas, por ventura, con la vida ayudara a otros para morir por deseo de esta muerte. Y ésto creo hace el demonio, porque entiende el daño que ha de hacer con la vida; y ansí tienta aquí de indiscretas penitencias para quitar la salud. Y no le va poco en éllo.

Digo que quien llega a tener esta sed tan impetuosa, que se mire mucho (porque crea que terná esta tentación; y aunque no muera de sed, acabará la salud), y que en este crecimiento de deseo, que — cuando es tan grande — procure no añadir en él, sino con suavidad cortar el hilo al ímpetu con otra consideración. Que nuestra misma naturaleza podrá ser obre tanto como el amor; que hay personas de esta arte: que cualquier cosa — aunque sea mala — desean con gran vehemencia. Parece desatino que cosa tal se ataje. Pues no lo es; que yo no digo se quite el deseo, sino que se ataje. Y por ventura será con otro que se merezca tanto.

Quiero decir algo por donde me entiendan. Da un gran deseo de verse ya con Dios y desatado de esta cárcel — como le tenía san Pablo —, y personas impetuosas vernán, sin sentirse, a dar muestras exteriores que todo lo que se pudiere se ha de excusar. Mud el deseo con parecerle, si vive, servirá más a Dios y podrá ser algún alma que se había de perder la dé luz — y es buen consuelo para tan gran trabajo y aplacará su pena y gana en tener tan gran caridad que, por servir al mismo Señor, se quiere acá sufrir un día. Es como si uno tuviese un gran trabajo u grave dolor, consolarle y decir que tenga paciencia.

Y si el demonio ayudó en alguna manera a tan gran deseo (como debía hacer a otro, que le hizo entender se echase en un pozo por ir a ver a Dios), señal es que no estaba lejos de hacer crecer aquel deseo; porque si fuera del Señor, no le hiciera mal (es imposible, que tray consigo la luz y la discreción y la medida) sino que este adversario, por donde quiera que puede, procura dañar. Y pues él no anda descuidado, no lo andemos nosotros. Este es punto importante para muchas cosas, que algunas veces hay gran necesidad de no nos olvidar de él.

¿Para qué pensáis, hijas, que he pretendido declarar, como dicen, el fin y mostrar el premio antes de la batalla con deciros el bien que tray consigo llegar a

beber de esta fuente celestial y de esta agua viva? Para que no os congojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino y vais con ánimo y no os canséis (porque — como he dicho — podrá ser que ya que no os falta sino bajaros a beber, lo dejéis todo) y no perdáis este bien, pensando no ternéis fuerza para llegar a él y que no sois para éllo.

Mirá que convida el Señor a todos; pues es la verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite, no los llamara Dios a todos. Y aunque los llamara, no dijera: *Yo os daré de beber*. Pudiera decir: *vení todos; que, en fin, no perderéis nada; y los que a mí pareciere, yo los daré a beber*. Mas como dijo, sin esta condición a todos, tengo por cierto que todos los que no se quedaren en el camino, no les faltará este agua viva.

CAPÍTULO XXII

*Trata cómo por diferentes vías nunca falta
consolación en el camino de la oración y aconseja
a las hermanas de ésto sea su plática
siempre*

Parece que me contradigo; porque, cuando consolaba a las que no llegaban aquí, dije que tenía Dios, nuestro bien, diferentes caminos, que iban a él por diferentes caminos y que así había muchas moradas. Así lo torno a decir; porque, como entendió su Majestad nuestra flaqueza, proveyó como quien es.

Mas no dijo: *por este camino vengan unos, y por éste otros*; antes fué tan grande su misericordia, que a nadie quitó procurase venir a esta fuente de vida a beber. ¡Bendito sea él! Y ¡con cuánta razón me lo hubiera quitado a mí! Pues no me mandó lo dejase y, cuando lo comencé, no me echó en el profundo, a buen seguro que no lo quite a nadie; antes públicamente nos llama a voces.

Mas como es tan bueno, no nos fuerza; antes da de muchas maneras a beber de los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado ni muera de sed. Desta fuente caudalosa salen arroyos, unos grandes, otros pequeños, y aun algunas veces charquitos para niños — que parece que aquéllo les basta —, los que están muy en principio de la virtud. Así que, hermanas, no hayáis miedo muráis de sed en el camino; nunca falta agua de consolación tan falto que no se pueda sufrir.

Y pues ésto es, tomá mi consejo y no os quedéis en el camino, sino peleá como fuertes hasta morir en la demanda; pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear. Y con ir siempre con esta determinación de antes morir

que dejar de llegar a esta fuente, si os lleva el Señor sin llegar a élla en esta vida, en la otra os la dará. Con toda abundancia beberéis, sin temor que por vuestra culpa os ha de faltar. Plega el Señor que no nos falte su misericordia. Amén.

Ahora, para comenzar este camino que queda dicho de manera que no se yerre desde el principio, tratemos un poco de cómo se ha de principiar esta jornada, porque es lo que más importa todo para todo. No digo que quien no tuviere la determinación que aquí diré, le deje de comenzar; porque Dios le irá perfeccionando. Y cuando no hiciese más de dar un paso en él, el mismo camino tiene en sí tanta virtud, que no haya miedo lo pierda ni le deje de ser muy bien galardonado. Tiene en sí grandes perdones, y hay más u menos. Digamos como quien tiene una cuenta de perdones, que si la reza una vez, gana, y mientras más, más; mas si nunca llega a ella, sino que se la tiene en el arca, mejor fuera no la tener.

Ansí que, aunque no vaya después por el mismo camino, lo poco que hubiere andado de él, le dará luz para que vaya bien por los otros; y si más andare, más. En fin, tenga cierto que no le hará daño el haberle comenzado para cosa ninguna, aunque le deje; porque el bien nunca hace mal.

Por eso a todas las personas que os trataren, hermanas, —habiendo dispusición y alguna amistad— procurará quitarlas el miedo de comenza[r] tan gran bien. Y por amor de Dios os pido yo que vuestro trato sea siempre ordenado a algún bien de quien hablardes. Pues vuestra oración ha de ser para provecho de las almas y ésto habéis siempre de pedir al Señor, mal parecería, hermanas, no lo procurar de todas maneras.

Si queréis ser buen deudo, ésta es la verdadera amistad; si buen amiga, entendé que no lo podéis ser sino por este camino. Ande la verdad en vuestros corazones como ha de andar por la meditación, y veréis claro el amor que somos obligados a tener a los prójimos.

No es ya tiempo, hermanas, de juego de niños, que no parece otra cosa estas amistades del mundo, aunque sean buenas —digo «si me queréis, no me queréis»—, ni entre vosotras haya tal plática, ni con hermano ni con nadie, si no fuere yendo fundadas en un gran fin y provecho de aquel ánima.

Que puede acaecer, para que os escuche vuestro deudo u hermano u persona semejante una verdad y la admita, haber de disponerle con estas pláticas y muestras de amor, que a la sensualidad siempre contentan; y acaecerá tener en más una buena palabra — que así la llaman — y disponerle más que muchas de Dios, para que después éstas quepan. Y así, yendo con advertencia de aprovechar, no las quito.

Mas, a no ser ésto, ningún provecho pueden traer; y podrán hacer daño sin entenderlo vosotras. Ya saben que sois religiosas y que vuestro trato es de oración. No se os ponga delante: *no quiero que me tengan por buena*, porque es provecho u daño común el que en vos vieren y es gran mal que a las que tanta obligación tienen de no hablar sino en Dios, les parezca es bien disimulación en este caso, si no fuere para más bien. Este es vuestro trato y lenguaje; quien os quisiere tratar, depréndale; y si no, guardaos de deprender vosotras el suyo. Será infierno.

Si os tuvieren por groseras, poco va en éllo; si por hipróquitas, menos. Ganaréis de aquí que no os vea sino quien se entendiere por esta lengua (porque no lleva camino, uno que no sabe algarabía, gustar de tratar mucho con quien no sabe otro lenguaje) y así, no os cansarán ni dañarán. Que no sería poco daño comenzar a hablar y a deprender nueva lengua. Todo el tiempo se os iría en saberla. Y no podéis saber, como yo que lo he experimentado, el gran trabajo que da al alma; porque por saber la una se le olvida la otra y es un perpetuo desasosiego del que en todas maneras habéis de huir. Porque lo que mucho conviene para este camino que comenzamos a tratar, es paz y sosiego en el alma.

Si los que vinieren quisieren deprender vuestra lengua, ya que no es vuestro de enseñar, serlo ha de decir las riquezas que se ganan aquí en procurar deprenderla. Y de ésto no os canséis; sino con piedad y amor y oración — porque le aproveche — para que entendiendo la gran ganancia que tray consigo, vaya a buscar maestro que se la enseñe. Que no sería poca merced que os hiciese el Señor despertar algún alma para ésto.

Mas ¡qué de cosas se ofrecen en comenzando a tratar de este camino! ¡Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos, para que unas por otras no se olvidaran!

CAPÍTULO XXIII

Que dice lo mucho que importa comenzar con gran determinación a tener oración y no hacer caso de los inconvenientes que el demonio pone

No os espantéis, hijas, que es camino real para el cielo. Gánase por él gran tesoro, no es mucho que cueste mucho, a nuestro parecer. Tiempo verná que se entienda cuán nonada es todo para tan gran precio.

Ahora, pues, tornando a los que quieren beber de este agua de vida, y quieren caminar hasta llegar a la misma fuente cómo han de comenzar, digo que importa mucho y el todo — y (aunque en algún libro he leído lo bien que es llevar este principio, y aun en algunos) me parece no se pierde nada en decirlo aquí — una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella — venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, mormure quien mormurare, siquiera llegue allá siquiera me muera en el camino y no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces acaece con decir: *hay peligros, ulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro que rezaba cayó, dañan la virtud, no es para mujeres que les vienen ilusiones, mejor será que hilen, no han menester esas delicadeces, basta el pater noster y avemaría.*

Esto así lo digo yo, hermanas: y ¡cómo si basta! Siempre es gran bien fundar vuestra oración sobre oraciones dichas de tales bocas. En esto tienen razón; que si no estuviese ya nuestra flaqueza tan flaca, y nuestra devoción tan tibia, no eran menester otros conciertos de oración ni eran menester otros libros, ni era necesario otras oraciones.

Y así me ha parecido (pues como digo, hablo con almas que no pueden así recogerse en otros misterios,

que les parece son artificios, y algunos ingenios tan ingeniosos que nada les contenta), ir fundando por aquí unos principios, y medios y fines de oración (aunque en cosas subidas no haré sino tocar, porque, como digo, las tengo ya escritas); y no os podrán quitar libro, que no os quede tan buen libro; que si sois estudiosas con humildad, no habéis menester otra cosa.

Siempre yo he sido aficionada, y me han recogido más las palabras de los evangelios — que se salieron por aquella sacratísima boca así como las decía — que libros muy bien concertados. En especial, si no era el autor muy muy aprobado, no los había gana de leer. Allegada a este maestro de toda la sabiduría, quizá me enseñará alguna consideracioncita que os contente.

No digo que diré declaración de estas oraciones divinas (que no me atrevería, y hartas hay escritas, y sería disbarate), sino consideración sobre algunas palabras de ellas. Porque algunas veces, con tantos libros, parece se nos pierde la devoción en lo que tanto nos va tenerla. Que es claro que el mismo maestro que enseña una cosa, toma amor con el discípulo y gusta de que le contente lo que le enseña, y le ayuda mucho a que lo deprenda. Y así hará este maestro celestial con nosotras.

Tornando a lo que decía, ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren ni de los peligros que os pintaren. Donosa cosa es que quiera yo ir por un camino adonde hay tantos ladrones, sin peligros, y a ganar un gran tesoro. Pues donoso anda el mundo para que os le dejen tomar en paz. Sino que por un maravedí de interese, se pornán a no dormir muchas noches por ventura y a desasosegaros cuerpo y alma.

Pues cuando yéndole a ganar por el camino (u a robar, como dice el Señor que le ganan los esforzados) y por camino real y por camino seguro por el que fué Cristo, nuestro Emperador, por el que fueron todos sus escogidos y santos, os dicen hay tantos peligros y os ponen tantos temores, los que van a ganar este bien, a su parecer, sin camino, ¿qué son los peligros que llevarán? ¡Oh hijas mías!, ¡qué muchos más, sin comparación! Sino que no los entienden hasta dar de ojos en el verdadero peligro, cuando no hay quien les dé la mano por ventura, y pierden del todo el agua, sin beber poca ni mucha ni de charco ni de arroyo. Pues ya véis,

sin gota de esta agua, ¿cómo se pasará camino adonde hay tantos con quien pelear? Está claro que al mejor tiempo morirán de sed.

Porque, queramos que no, hijas mías, todos caminamos para esta fuente, aunque de diferentes maneras. Pues créeme vosotras, y no os engañe nadie en mostrarnos otro camino sino el de la oración. Yo no hablo ahora en que sea mental u vocal para todos. Digo para vosotras: lo uno y lo otro. Este es el oficio de los religiosos.

Quien os dijere que éste es peligro, tenedle a él por el mesmo peligro y huid dél. Y no se os olvide, porque por ventura habréis menester este consejo. Peligro será no tener humildad y otras virtudes; mas camino de oración camino de peligro, nunca Dios tal quiera.

El demonio parece ha inventado poner estos miedos; y así ha sido mañoso a hacer caer alguno que llevaba este camino. Y miren tan gran ceguedad: que no miran el mundo de millares — como dicen — que han caído en herejía y en grandes males, sin tener oración ni saber qué cosa era (désto es harto de temer); y entre muchos de éstos, si el demonio, por hacer mejor su negocio, ha hecho caer algunos — bien contados — que tenían oración, ha hecho poner tanto temor en las cosas de virtud a algunos. Estos que tienen estos remedios u toman para librarse, se guarden; porque huir el bien para librarse de el mal, nunca yo tal invención he visto. Bien parece del demonio. ¡Oh Señor mío! torná por vos; mirá que entienden al revés vuestras palabras; no primitáis semejantes flaquezas en vuestras siervas.

[Hacé bien, hijas, que no os quitarán el pater noster y el avemaría].

Siempre veréis muchos que os ayuden.

Porque éso tiene el verdadero siervo de Dios — a quien su Majestad ha dado luz del verdadero camino — que en estos temores le crece el deseo de no parar. Entiende claro por dónde va a dar el golpe el demonio y húrtales el cuerpo y quiébrales la cabeza. (Más siente él ésto que cuanto placer otros le pueden hacer). Cuando en un tiempo de alboroto, en una cizaña que ha puesto — que parece a todos lleva medio ciegos — van muchos debajo de gran cristiandad, levanta Dios uno que los abre los ojos y diga: *mirá que os ha puesto niebla para no ver el camino*. ¡Qué grandeza de Dios, que puede más a las veces un hombre sólo, u diez, que digan ver-

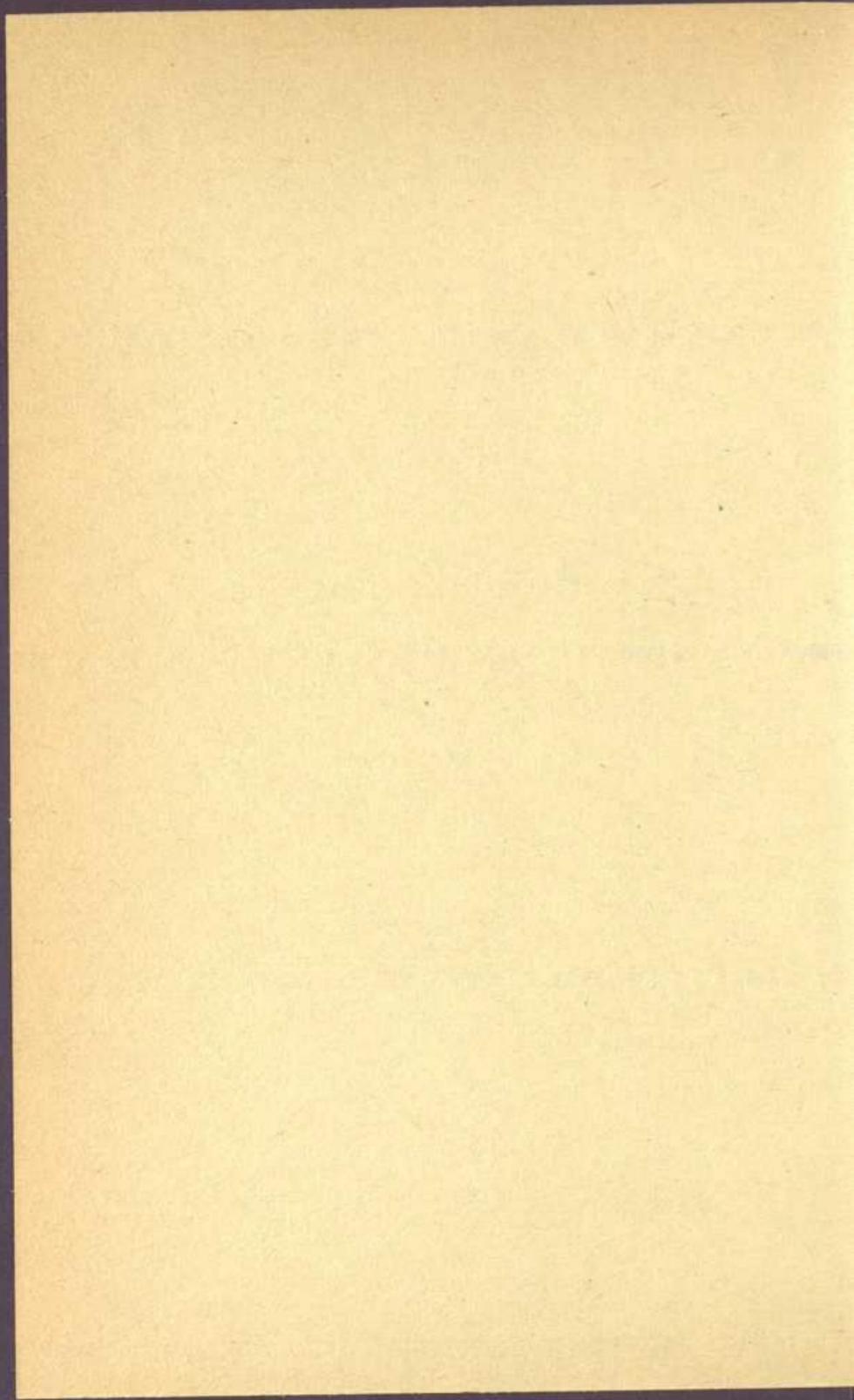
dad, que muchos juntos! Y torna poco a poco a descubrir el camino. Dale Dios ánimo. Si dicen: *no haya oración*, procurará se entienda es buena la oración; sino por palabras, por obras. Si dicen: *no es bien tanta comunión*, él más a menudo se llega al santísimo sacramento. Como hay uno con ánimo, luego se llega otro; torna el Señor a ganar lo perdido.

Ansí que, hijas, dejas de estos miedos; nunca hagáis caso en cosas semejantes de la opinión del vulgo; mirá que no son tiempos de creer a todos, sino a los que vierdes van conforme a la vida de Cristo. Procurá tener limpia conciencia, humildad, menosprecio de todas las cosas del mundo, creer firmemente lo que tiene la madre santa iglesia, y a buen siguro que váis buen camino.

Dejas de temores adonde no hay que temer. Si alguno os los pusiere, con humildad declaradle el camino; decí: *que regla tenéis que os manda orar sin cesar*— que así lo manda— *y que la habéis de guardar*. Si os dijere *que será vocalmente*, apurá si ha de estar el entendimiento y corazón en lo que decís; que si os dice que sí — que no podrá decir otra cosa — véis ahí donde os confiesa habéis por fuerza de tener oración mental... y contemplación, si os la diere Dios.

SEGUNDA PARTE

SOBRE LA ORACIÓN EVANGELICAL DEL
PATER NOSTER





CAPÍTULO XXIV

En que declara qué es oración mental

Sí, que no está la falta para no ser oración mental en tener cerrada la boca. Si hablando estoy enteramente viendo que hablo con Dios con más advertencia que en las palabras que digo, junto está oración mental y vocal. Salvo si no os dicen que estéis hablando con Dios y rezando el avemaría, y pensando en el mundo. Aquí callo. Mas si, como es razón hablando con tan gran Señor, habéis de estar mirando con quién habláis y quién sois vos, siquiera para hablar con crianza...

¿Cómo podréis llamar a el príncipe alteza, ni ver las ceremonias que se hacen para hablar un grande, si no entendéis bien qué estado tiene y también qué estado tenéis vos? Porque, conforme a ésto, se ha de hacer y conforme a el uso. Que aún es menester que sepáis el uso, y no váis descuidado; si no, enviaros han por simple, y no negociaréis cosa. Y más habréis menester, si no lo sabéis bien, de informaros y aun de deletrear lo que habéis de decir.

A mí me acaeció una vez. No tenía costumbre a hablar con señores, y iba por cierta necesidad a tratar con una que había de llamar señoría. Y es ansí que me lo mostraron deletreado. Yo como soy torpe y no lo había usado, en llegando allá, no lo acertaba bien. Acorde decirle lo que pasaba y echallo en risa, porque tuviese por bueno llamarla merced; y ansí lo hice.

Pues ¿qué es ésto, Señor mío? ¿Qué es ésto, mi emperador? ¿Cómo se puede sufrir ésto, príncipe de todo lo criado? Rey sois, Señor, sin fin, que no es reino prestado el que tenéis, sino vuestro propio. No se acaba. — ¡Bendito seáis vos! — Cuando se canta en el credo que vuestro reino no tiene fin, siempre casi me es particular regalo. Aláboos señor y bendígoos, y todas las

cosas os alaben por siempre; pues vuestro reino durará para siempre. Pues nunca, Señor, vos queráis sea bueno que quien os alabare y quien fuere a hablar con vos sea sólo con la boca.

¿Qué es ésto cristianos? ¿entendéisos? Que querría dar voces y disputar — con ser la que soy — con los que dicen que no es menester oración mental. Cierto que entiendo que no os entendéis ni sabéis cuál es oración mental ni cómo se ha de rezar la vocal ni qué es contemplación; porque si lo supiésedes, no condenaríades por un cabo lo que alabáis por otro.

Yo he de poner siempre junta oración mental con la vocal — cuando se me acordare — porque no os espanten, hijas; que yo sé en qué cain estas cos[as] y no querría que nadie os trajese al retortero — que es cosa dañosa ir con miedo este camino. Importa mucho entender que váis bien; porque en diciendo a uno que va errado y ha perdido el camino, le hacen andar de un cabo a otro; y todo lo que anda buscando por donde a dar, se cansa y gasta el tiempo y llega más tarde.

¿Quién dirá que es mal, si comienza a rezar las horas u el rosario, que comience a pensar con quién habla y quién es el que habla para ver cómo le ha de tratar? Pues yos digo, hermanas, que si lo mucho que hay que hacer en estos dos puntos se hiciese bien, que primero que comencéis la oración vocal — que es rezar las horas u el rosario — ocupéis hartas horas en la mental.

Sí, que no hemos de llegar a hablar con un príncipe como con un labradorcito u como con una pobre como nosotras, que no va más que nos llamen tú que vos. Razón es que, ya que por la humildad de este rey, si como grosera no sé hablar con él, y no por eso me tiene en menos ni deja de allegarme a sí ni me echan fuera sus guardas (que saben los ángeles que están allí la condición de su rey, que gusta más de estas groserías de un pastorcito humilde, que sabe si más supiera más le dijera, que de las teologías muy ordenadas sino van con tanta humildad). Ansí que, no porque él sea bueno, hemos de ser nosotros descomedidos. Siquiera para agradecerle el mal olor que sufre en sufrirnos, es bien que veamos quién es. Es verdad que se entiende luego en llegando, como los señores de acá, que con decir su p.e y tantos cuentos tiene de renta y este ditado, no hay más que saber.

Porque acá no se hace cuenta de las personas, por mucho que merezcan, sino de las haciendas. ¡Oh miserable mundo! Alabad mucho a Dios, hijas, que habéis dejado cosa tan ruín adonde no hacen caso de lo que ellos en sí tienen, sino de lo que tienen sus renteros y vasallos. Cosa donosa es ésta para que os holguéis en la hora de la recreación; que éste es buen pasatiempo: entender en qué ciegamente pasan su tiempo los del mundo.

¡Oh rey de la gloria, señor de los señores, emperador de los emperadores, santo de los santos, poder sobre todos los poderes, saber sobre todos los saberes! La misma sabiduría sois, señor; la misma verdad, la misma riqueza. No dejaréis para siempre de reinar.

Sí, llegaos a pensar, en llegando, con quién váis a hablar, o con quién estáis hablando. En mil vidas de las vuestras no acabaréis de entender cómo merece ser tratado este señor, que tiemblan los ángeles delante de él. Todo lo manda, su querer es obrar.

Pues razón será, hijas, que procuremos siquiera alcanzar alguna cosa de estas grandezas que tiene nuestro esposo, a ver con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener. ¡Válame Dios! pues acá, si uno se casa, primero sabe quién es y cómo y qué tiene. Nosotras estamos desposadas, y todas las almas por el bautismo. Antes de las bodas y que nos lleve a su casa el desposado — pues no quitan acá estos pensamientos con los hombres — ¿por qué nos han de quitar que entendamos nosotras quién [es] este hombre, quién es su padre, qué tiene, adónde me ha de llevar, qué condición tiene, cómo le podré mejor contentar, en qué le haré placer, estudiar cómo conformaré mi condición con la suya?

Pues si una mujer ha de ser bien casada, no le avisan otra cosa sino que estudie en ésto, aunque sea un hombre muy bajo su marido. Pues, esposo mío, ¿en todo han de hacer menos caso de vos que de los hombres? Si ellos no les parece bien ésto, déjenos vuestras esposas que han de hacer vida con vos. Es verdad que es buena vida si un esposo es tan celoso que quiere no salga su esposa de casa ni trate con otro, linda cosa es que no la dejen que piense en cómo contentarle y la razón que tiene de sufrirle y de no querer trate con otro pues en él tiene todo lo que puede querer.

Esta es oración mental, hijas mías; entender estas verdades.

Si queréis ir entendiendo ésto y rezando vocalmente, muy enhorabuena. No me estéis hablando con Dios y pensando en otras cosas. Que ésto es lo que hace no entender qué cosa es oración mental. Creo va dado a entender. No os espante nadie con esos temores.

Alabad a Dios, que es poderoso sobre todos y que no os lo pueden quitar. Antes la que no pudiere rezar vocalmente con esta atención, sepa que no hace lo que es obligada; y que lo está, si quiere rezar con perfección, de procurarlo con todas sus fuerzas so pena de no hacer lo que debe a esposa de tan gran rey.

Suplicalde, hijas, me dé gracia para que lo haga como os lo aconsejo, que me falta mucho.

Su Majestad lo prevea por quien es.

CAPÍTULO XXV

Trata de que importa no tornar atrás quien ha comenzado camino de oración, y torna a hablar de lo mucho que va en que sea con determinación

Qué divertirme hago.

Digo que va muy mucho en comenzar con esta gran determinación, por tantas causas, que sería alargar mucho decirlas — y en otros libros están dichas —. Algunas, solas dos, diré u tres.

La una es, que no es razón a quien tanto nos ha dado y contino da, una cosa a que nos queremos determinar servirle y que le queremos dar, que es este cuidado (no cierto sin interese, sino con tan grandes ganancias), no se lo dar con toda determinación sino como quien presta una cosa para tornarlo a tomar. Esto no me parece a mí dar. Antes siempre queda con algún desgusto, a quien han emprestado una cosa, cuando se la torna[n] a tomar. En especial si son amigos y a quien la emprestó debe muy muchas, dadas sin ningún interese suyo, con razón le parecerá poquedad y muy poca voluntad, que aun una cosita suya no quiere dejar en su poder, siquiera por señal de amor. ¿Qué esposa hay que recibiendo muchas joyas de valor de su esposo, no le dé siquiera una sortijica, no por lo que vale — que ya todo es suyo del esposo — sino por señal de amor, por prenda que será suya hasta la muerte? Pues ¿qué menos merece este Señor para que burlemos de él, dando y tomando una nonada que le damos? Sino que este poco de tiempo que nos determinamos de darle a él de cuanto gastamos en nosotros mesmos y en quien no nos lo agradecerá — ya que aquel rato le queremos dar libre

el pensamiento y desocuparle de otras cosas —, que sea con toda determinación de nunca jamás se le tornar a tomar por trabajos que por éllo nos vengan ni por contradicciones ni por sequedades; sino que ya, como cosa no mía tenga aquel tiempo y piense me le pueden pedir por justicia cuando del todo no se le quisiere dar.

Llamo del todo, porque no se entiende que dejarlo algún día — u algunos — por ocupaciones justas, es tomársele ya. La intención esté firme — que no es nada delicado mi Dios: no mira en menudencias —. Así terná qué os agradecer. Es dar algo.

Lo demás bueno es a quien no es franco, sino tan apretado que no tiene corazón para dar. Harto es que preste. En fin, haga algo; que todo lo toma en cuenta esté emperador, a todo hace como lo queremos. Para tomarnos cuenta no es nada menudo, sino generoso; por grande que sea el alcanzo, tiene él en poco perdonarle. Para pagarnos es tan mirado que no hayáis miedo que un alzar de ojos con acuerdo suyo, deje sin paga.

Otra causa es, porque el demonio no tiene tanta mano para tentaciones: ha gran miedo a ánimas determinadas; que tiene ya espiriencia le hacen gran daño y que cuanto él ordena para dañarlas viene en provecho suyo y de los otros y que sale él con pérdida (ya que no hemos nosotros de estar descuidados, ni confiar en ésto; porque lo habemos con gente traidora) y a los apercebidos no osa acometer, porque es muy cobarde.

Mas si viese descuidado, haría gran daño. Y si conoce a uno por mudable y que no está firme en el bien que hace ni con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol ni a sombra. Miedos le porná y inconvenientes que nunca acabe.

Yo lo sé ésto muy bien por espiriencia — y así lo he sabido decir — y digo que no sabe nadie lo mucho que importa.

La otra causa es — y que hace mucho al caso — que pelea con ánimo. Ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla: sabe que si le vencen, no le perdonarán la vida; y que ya que no muera en la batalla, ha de morir después — es averiguado, a mi parecer, que peleará con mucho más ánimo y no temerá tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa la vitoria.

Es muy necesario también que comencéis con gran siguridad en que si peleáis con ánimo, y no os dejando vencer, que saldréis con la empresa; ésto sin ninguna falta. Por poca ganancia que saquéis, saldréis muy rico: no hayáis miedo os deje morir de sed el Señor que os llama a que bebáis de esta fuente.

Esto queda ya dicho. Y querríalo decir muchas veces; porque acobarda mucho a personas que aun no conocen del todo la bondad del Señor por experiencia, aunque le conocen por fe. Mas es gran cosa saber por experiencia con el amistad y regalo que trata a los que van por este camino.

Los que no lo han probado, no me maravillo quieran siguridad de algún interese. Pues ya sabéis que es ciento por uno, aún en esta vida; y que dice el Señor que le pidamos y nos dará. Si no creéis a su Majestad en las partes de su evangelio que asigura ésto, poco aprovecha quebrarme yo la cabeza. Todavía digo, que aun si tenéis alguna duda, que lo probéis, ¿qué se pierde? Que aun ésto hay ecelente en este viaje: que muy muchas cosas se dan más de las que se piden ni de las que acertáremos nosotros a pedir. Esto es sin falta. Yo sé que es así. Si no hallaren ser verdad, no me crean cosa de cuantas os digo.

Ya vosotras, hermanas, lo sabéis por experiencia, y os puedo presentar por testigos, por la bondad de Dios. Por las que vinieren es bien ésto que está dicho.

CAPÍTULO XXVI

Trata cómo se ha de rezar oración vocal con perfección y cuán junta anda con élla la mental

Ya he dicho que trato con almas que no se pueden recoger ni atar los entendimientos en oración mental ni consideración. No haya aquí nombre de estas dos cosas, pues no son para éllas; que hay muchas almas en hecho de verdad que solo el nombre las atemoriza. Y porque si alguna viniere a esta casa — que también, como he dicho, no pueden ir todas por un camino — lo que quiero aconsejaros, y aun pudiera decir enseñaros — porque como madre tengo ahora este cargo — cómo habéis de rezar vocalmente, porque es razón entendáis lo que decís.

Y porque quien no es para pensar en Dios, puede ser oraciones largas también les canse, tampoco me quiero entremeter en éllas; sino en las que forzado habemos de rezar si somos cristianos, que es el pater-noster y avemaría.

Claro está que hemos de ver lo que decimos, como he dicho. No puedan decir por nosotras que hablamos y no nos entendemos. Salvo si no decís *que no es menester ésto, que ya os váis por la costumbre, que basta decir las palabras*. Si éso basta u no, no me entremeto. Eso es de letrados; éellos lo dirán a las personas que les diere Dios luz para que se lo quieran preguntar. Y en los que no tiene[n] nuestro estado no me entremeto.

Acá querría yo, hijas, no nos contentemos con éso. Porque cuando digo *credo*, razón me parece será, y aun obligación, que sepa lo que creo; cuando digo *pater*, amor me parece será entender quién es este padre. Pues también será que veamos quién es el maestro que nos enseña esta oración.

Si queremos decir que basta ya saber de una vez quién es el maestro, sin que más nos acordemos, también podéis decir que basta decir una vez en la vida la oración.

Sí, que mucho va, como dicen, de maestro a maestro. Pues aún de los que acá nos enseñan, parece gran desgracia no nos acordar de ellos, y si es maestro del alma —y somos buenos discípulos— es imposible, sino tenerle mucho amor y aún honrarnos de él y hablar en él muchas veces; pues de tal maestro como quien nos enseñó esta oración, y con tanto amor y deseo que nos aprovechase, nunca Dios quiera que sea bueno no nos acordemos muchas veces cuando decimos la oración, aunque por ser flacos no sean todas.

Pues cuanto a lo primero, ya sabéis que enseña este maestro celestial sea a solas; que así lo hacía él siempre que oraba, no por su necesidad, sino por nuestro enseñamiento.

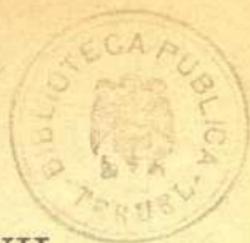
Esto ya dicho se está que no se sufre hablar con Dios y con el mundo; que no es otra cosa estar rezando y oír lo que están hablando, u pensar en lo que les parece sin más irse a la mano. Esto ya se sabe que no es bueno, y hemos de procurar estar a solas; y aún plega a Dios entendamos con quien estamos y lo que nos responde el Señor a nuestras peticiones. ¿Pensáis que se está callando aunque no la oímos? Bien habla al corazón cuando le pedimos de corazón.

Prosupuesto ésto, que ha de ser a solas, bien es consideremos somos cada una de nosotras a quien enseñó esta oración el Señor, y que nos la está mostrando; pues nunca el maestro está tan lejos del discípulo que sea menester dar voces, sino muy junto. Esto quiero yo veáis vosotras os conviene para rezar bien el pater-noster: no os apartar de cabe el maestro que os le mostró.

Luego diréis que *ya ésto es consideración, que no podéis ni lo queréis, sino rezar vocalmente*. Y tenéis alguna razón. Mas yo os digo cierto que no sé cómo lo aparte, si ha de ser rezar entendiendo con quién hablamos —como es razón y aún obligación—, que procuremos rezar con advertencia. ¡Ya! ¡y aun plega Dios

que con estos remedios vaya bien rezado el paternoster y no acabemos en otra cosa impertinente!

Yo lo he probado algunas veces, y ningún remedio otro hallo sino es procurar tener el pensamiento en quien enderezó las palabras. Por éso tené paciencia, que ésto es menester para ser monjas y aun para rezar como buenos cristianos, a mi parecer.



CAPÍTULO XXVII

En que dice lo mucho que gana un alma que reza con perfección vocalmente y cómo acaece levantarla Dios de allí a cosas sobrenaturales

Será posible que rezando el paternoster os ponga Dios en contemplación perfecta si le rezáis bien. Que por estas vías muestra que oye al que le habla, y le habla su Majestad: suspendiéndole el entendimiento y atajándole el pensamiento y tomándole —como dicen— la palabra de la boca; que aunque quiere no puede hablar sino es con mucha pena. Entiende que sin ruido de palabras obra en su alma su maestro; y que no obran las potencias de ella —que ella entienda—. Esto es contemplación perfecta.

Ahora entenderéis la diferencia que hay de ella a oración mental, que es lo que queda dicho: pensar y entender qué hablamos y con quién hablamos y quién somos los que osamos hablar con tan gran Señor. Pensar esto y otras cosas semejantes, de lo poco que le hemos servido y lo mucho que estamos obligados a servir, es oración mental. No penséis que es otra algarabía ni os espante el nombre.

Rezar el paternoster, u lo que quisierdes, es oración vocal.

Pues mirá qué mala música hará sin lo primero. Aún las palabras no llevarán concierto todas veces.

En estas dos cosas podemos algo nosotros, con el favor de Dios; en la contemplación, que ahora dije, ninguna cosa. Dios es el que todo lo hace, que es obra suya sobre nuestro natural —como está todo lo mejor

dado a entender en el libro que digo tengo escrito, y así no hay que tratar de éllo particularmente aquí; allí dije todo lo que supe.

Quien llegare a haberle Dios llegado a este estado de contemplación de vosotras —que como dije, algunas estáis en él—, procuralde —que os importa mucho— de que yo me muera. Las que no, no hay para qué; sino esforzarse a hacer lo que en este libro va dicho: de ganar por cuantas vías pudiere y tener diligencia que el Señor se lo dé con suplicárselo y ayudarse. Lo demás, el Señor mismo lo ha de dar y no lo niega a nadie, que llegue hasta la fin del camino peleando, como queda dicho.

CAPÍTULO XXVIII

En que va declarando el modo para recoger el pensamiento. Pone medios para ello. Es capítulo muy provechoso para los que comienzan oración

Ahora, pues, tornemos a nuestra oración vocal para que se rece de manera que, sin entendernos, nos lo dé Dios todo junto y para —como he dicho— rezar como es razón.

La esaminación de la conciencia y decir la confesión y santiguaros, ya ésto se sabe que ha de ser lo primero.

Procurá luego, hija, pues estáis sola, tener compañía. Pues ¿qué mejor que el mesmo maestro que enseñó la oración que váis a rezar? Representá al Señor junto con vos y mirá con qué amor y humildad os está enseñando y —créeme— cuanto pudierdes no andéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle cabe vos y él ve que lo hacéis con amor y que andáis procurando contentarle, no le podréis —como dicen— echar de vos; no os faltará para siempre. Ayudaros ha en todos vuestros trabajos; tenerle [he]is en todas partes: ¿pensáis que es poco un tal amigo al lado?

¡Oh, almas que no podéis tener mucho discurso de entendimiento, ni podéis tener el pensamiento, sin mucho divertiros, en Dios! acostumbraos, acostumbraos. Mirá que sé yo que podéis hacer ésto, porque pasé muchos años por ese trabajo de no poder sosegar el pensamiento en una cosa —y eslo muy grande— mas sé que no nos deja el Señor tan desiertos, que si llegamos con humildad, no nos acompañe. Y si en un año no pudiéremos salir con éllo, sea en más.

Digo que ésto, que lo puede: acostumbrarse a andar cabe este verdadero maestro. No os pido que penséis

en él ni saquéis muchos concetos ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones en vuestro entendimiento. No quiero más de que le miréis. Pues ¿quién os quita volver los ojos del ánima —aunque sea de presto, si no podéis más— a él? Pues podéis mirar cosas muy feas y asquerosas, ¿no podréis mirar la cosa más hermosa que se puede imaginar? Si no os pareciere bien, yo os doy licencia que no le miréis más.

Pues nunca quita vuestro esposo los ojos de vos, hija, y haos sufrido mil cosas feas y abominaciones contra él y no ha bastado para que os deje de mirar, y ¿es mucho que, quitados los ojos del alma de las cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirá que no está aguardando otra cosa —como dice a la esposa— sino que le miréis.

Como le quisierdes, le hallaréis; tiene en tanto que lo volváis a mirar, que no quedará por diligencia suya. Así como dicen ha de ser la mujer que quiere ser bien casada con su marido —que si está triste se ha de mostrar élla triste, y si alegre alegre, aunque nunca lo es[té] —ésto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con vos. Él se hace el sujeto y quiere seáis vos la señora y andar él a vuestra voluntad.

Si estáis alegre, miralde resucitado; que sólo imaginar cómo salió del sepulcro, os alegrará. Mas, ¡con qué claridad! ¡con qué hermosura! ¡con qué señorío! ¡qué vitorioso! ¡qué alegre! Como quien tan bien salió de la batalla adonde ha ganado un tan gran reino que todo le quiere para vos y a sí con él. Pues ¿es mucho que a quien tanto os da, volváis una vez los ojos a él?

Si estáis con trabajos, u triste, miralde en la coluna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos— por lo mucho que os ama—, perseguido de unos, escupido de otros, negado de otros... , sin amigos, sin nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que uno con otro os podéis consolar.

U miralde en el huerto, u en la cruz... u cargado con élla —que aún no le dejaban hartar de huelgo—; miraros a él con unos ojos tan hermosos y piadosos llenos de lágrimas y olvidará sus dolores por consolar los vuestros ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos llenos de la cabeza a mirarle. «¡Oh, Señor del mundo y verdadero esposo mío (le podéis vos decir, si se os ha enternecido

el corazón con verle tal, que no sólo queráis mirarle sino que holguéis de hablarle, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón que las tiene él en muy mucho), ¿tan necesitado estáis, Señor mío y bien mío, que queréis admitir una pobre compañía, y veo en vuestro semblante que habéis olvidado vuestras penas co[n]migo? Pues ¿cómo, Señor? ¿es posible que os dejan solo los ángeles y que no os consuela vuestro padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es ésto que yo paso? ¿de qué me quejo? Que ya he vergüenza, de que os he visto tal, que quiero pasar, mi bien, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por parecerme a vos en algo. Juntos andamos, Señor; por donde fuistes, tengo que ir; por donde pasardes, he de pasar».

Tomá, hija, de aquella cruz. No se os dé nada que os atropellen los judíos; no hagáis caso de lo que os dijeren; hacéos sorda a las mormuraciones. Tropezando, cayendo con vuestro esposo, no os apartéis de la †.

Mirad muchas veces el cansancio con que va y las ventajas que hace su trabajo a los vuestros. Por grandes que los queráis pintar y por mucho que lo queráis sentir, saldréis consolada de ellos; porque veréis que son cosa de burla comparados a los de Cristo.

Diréis hermanas, *que cómo se podrá hacer ésto; que si fuera con los ojos del cuerpo y en el tiempo que su Majestad andaba por acá, que lo hiciérades de buena gana y le mirárades siempre.* No lo creáis, que quien ahora no se quiere hacer un poquito de fuerza a recoger siquiera la vista para mirar dentro de sí este Señor (que lo puede hacer sin peligro, sino con tantito cuidado) muy menos se pusiera al pie de la † con la Madalena que vía la muerte al ojo, como dicen.

Mas ¡qué debía pasar la gloriosa virgen y esta bendita santa!, ¡qué de amenazas!, ¡qué de malas palabras y qué descomedidas! —Pues ¡con qué gente lo había tan cortesana!— Sí, lo era del infierno, que eran ministros suyos.

Por cierto, que debía ser terrible cosa lo que pasaron; sino que con otro dolor mayor, no sentirían el suyo.

Ansí que, hermana, no creáis érades para éllo sino sois para estotro. Y creé que digo verdad —porque he pasado por éllo—: que lo podréis hacer.

Para ayuda de ésto, procurá traer una imagen u retrato de este Señor, no para traerle en el seno y nunca le mirar, sino para muchas veces hablar con él, que él os dará qué. Como habláis acá con otras personas, ¿por qué os han más de faltar palabras para hablar con Dios? No lo creáis. Al menos yo no os creeré.

También es gran remedio tomar un buen libro de romance, aun para recogeros para rezar vocalmente, digo, como se ha de rezar.

Y poquito a poquito ir acostumbrando el alma con halagos y artificio para no la amedrentar.

Hacé cuenta que ha muchos años que se ha ido, huída de su esposo, y que hasta que quiera tornar a su casa es menester mucho saberlo negociar. Que ansí somos los pecadores: tenemos tan acostumbrada nuestra alma y pensamiento a andar tan a su placer —u pesar, por mijor decir (que la triste alma no se entiende)—, que para que torne a tomar amor con su marido y acostumbrarse a estar en su casa, es menester mucho artificio, y que sea con amor y poco a poco; sino, nunca haremos nada.

Y creé cierto, que si con cuidado os acostumbráis a considerar que traís con vos a este Señor, y a hablar con él muchas veces que sacaréis tan gran ganancia, que aunque yo ahora os lo quiera decir, por ventura no me creeréis.

Pues juntas cabe vuestro maestro, muy determinadas a deprender lo que os enseña, y su Majestad hará que no dejéis de salir buenas discípulas ni dejaros sino le dejáis. Mirad las palabras que os dice aquella boca divina, que en la primera entenderéis luego el amor que os tiene; que no es poco bien y regalo del discípulo ver que el maestro le ama.

CAPÍTULO XXIX

En que trata el gran amor que nos mostró el Señor en las primeras palabras del Paternoster y lo mucho que importa no hacer caso ninguno del linaje las que de veras quieren ser hijas de Dios

Padre nuestro que estás en los cielos.

¡Oh, Señor, cómo parecéis p.^o de tal hijo, y cómo parece vuestro hijo, de tal p.^o! ¡Benditos seáis por siempre jamás! ¿No fuera a el fin de la oración esta merced, Señor, tan grande? En comenzando, nos henchís las manos y hacéis tan gran merced, que sería harto bien hincharse el entendimiento para ocupar de manera la voluntad que no pudiese hablar palabra.

¡Oh, qué bien venía aquí, hijas, contemplación perfecta! ¡Oh, con cuánta razón se entraría el alma en sí, para poder mejor subir sobre sí mesma a que se le diese a entender qué cosa es el lugar adonde dice el hijo que está el p.^o que es en los cielos! Salgamos de la tierra, hijas mías; que tal merced como esta no es razón se tenga en tan poco, que después de entender cuán grande es, nos quedemos en la tierra.

¡Oh, hijo de Dios y Señor mío! ¿Cómo dáis tanto junto a la primera palabra? Ya que os humilláis a vos con extremo tan grande en juntaros con nosotros en lo que pedís y ser hermano de cosa tan baja y miserable, ¿cómo nos dáis en nombre de vuestro p.^o todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos? Que vuestra palabra no puede faltar; hase de cumplir. Obligáisle a que la cumpla, que no es poca carga. Pues en

siendo p.º nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas; si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hános de perdonar; hános de consolar en nuestros trabajos, como lo hace un tal p.º, que forzado ha de ser mejor que todos los padres del mundo, porque en él no puede haber sino todo el bien cumplido; hános de regalar; hános de sustentar, que tiene con qué; y después, hacernos participantes y que heredemos con vos.

Mirá, Señor mío, que ya que vos con el amor que nos tenéis y con vuestra humildad, no se os ponga nada delante (en fin, Señor, estáis en la tierra y vestido de élla, pues tenéis nuestra naturaleza, y la parte que tenéis con nosotros, no sé cómo, os deja tener tanta humildad) mas mirá que vuestro padre está en el cielo —vos lo decís—; es razón, Señor, que miréis por su honra. Ya que estáis vos ofrecido de ser deshonorado por nosotros, dejad a vuestro padre libre; no le obliguéis a tanto por gente tan ruín, como yo, que le ha de dar tan malas gracias. Y otros también hay que ño se las dan buenas.

¡Oh, buen Jesús! ¡Qué claro habéis mostrado ser una cosa con él y que vuestra voluntad es la suya y la suya vuestra! ¡Qué confesión tan clara, Señor mío! ¡Qué cosa es el amor que nos tenéis!

-Habéis andado rodeando y encubriendo al demonio que sois hijo de Dios y —con el gran deseo que tenéis de nuestro bien— no se os puso cosa delante por hacernos tan grandísima merced.

-¿Quién la pudie hacer sino vos, Señor?

-Yo no sé cómo en esta palabra no entendió el demonio quien érades, sin quedarle duda. Al menos bien veo, mi Jesús, que habéis hablado, como hijo regalado, por vos y por todos; y que sois poderoso para que se haga en el cielo lo que vos decís en la tierra. ¡Bendito seáis por siempre, Señor mío, que tan amigo sois de dar, que no se os pone cosa delante!

Pues ¿paréceos, hijas, que es buen maestro éste, pues para aficionarnos a que deprendamos lo que nos enseña, a la primera palabra nos hace merced tan grande?

¿Será razón que —aunque digamos con la boca esta palabra— dejemos de entender con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazón, tan gran merced?

No es posible que esto diga nadie que entendiere cuán grande es. Pues, ¿qué hijo hay en el mundo que no procure saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tal bondad y majestad y señorío?

Y aún si no lo fuera, no me espantara no os quisiéradés conocer por sus hijas; porque anda el mundo tal, que si el padre es más bajo del estado en que está el hijo, en dos palabras no le conocerá por padre.

Esto no viene aquí; porque en esta casa nunca, plega a Dios, haya acuerdo de cosas destas —sería infierno—; sino que la que fuere más, tome menos su p.^o en la boca. Todas han de ser iguales.

¡Oh, colesió de Cristo! que tenía más mando san P.^o, con ser un pescador, —y lo quiso así el Señor— que san Bartolomé, que era hijo de rey. Sabía su Majestad lo que había de pasar sobre cuál era de mijor tierra— que no es otra cosa sino debatir si será para lodo buena u para adobes—. ¡Oh, válame Dios, qué gran ceguedad!

Dios os libre, hermanas, de semejantes pláticas, aunque sea burlas; que espero en su Majestad sí hará. Y cuando algo de ésto en alguna hubiere, no la consintáis en casa; que es Judas entre los apóstoles. Haced cuanto pudierdes de libraros de tan mala compañía. Y si esto no podéis, más graves penitencias que por otra cosa ninguna, hasta que conozca que aún tierra muy ruín no merecía ser. Buen p.^o os da el buen Jesús. No se conozca aquí otro p.^o para tratar de él, si no fuere el que os da vuestro esposo.

Y procurá, hijas mías, ser tales que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos. Ya sabéis que está obligado a no os echar de sí si sois buenas hijas. Pues ¿quién no procurará no perder tal p.^o?

¡Oh, válame Dios! que hay aquí en qué os consolar que, por no me alargar más, lo quiero dejar a vuestros entendimientos; que por desbaratado que ande el pensamiento, entre tal hijo y tal p.^o forzado ha de estar el espíritu santo. ¡Que obre en vuestra voluntad, y os ate tan grandísimo amor, ya que no os ate tan gran interese!

CAPÍTULO XXX

En que declara qué es oración de recogimiento y pónense algunos medios para acostumbrarse a ello

Ahora, mirá que dice vuestro maestro: *Que está en el cielo.*

¿Pensáis que os importa poco saber qué cosa es cielo y adónde se ha de buscar vuestro sacratísimo padre? Pues yo os digo, que para entendimientos derramados, que importa mucho no sólo creer ésto, sino pensarlo mucho; porque es una de las cosas que muy mucho atan los pensamientos y hacen recoger el alma.

Ya habréis oído que Dios está en todas partes —y esto es gran verdad—; pues claro está, que adonde está el rey allí dicen que es la corte; en fin, que adonde está Dios, es el cielo. Sin duda lo podéis creer, que adonde está su Majestad, está toda la gloria.

Pues mirá que dice san Agustín —creo en el libro de sus meditaciones— que le buscaba en muchas partes y que le vino a hallar dentro de sí. ¿Pensáis que importa poco para un alma derramada entender esta verdad y ver que no ha menester para hablar con su padre eterno ir al cielo, ni para regalarse con él? Que ni ha menester rezar a voces; por paso que hable, la oirá. Ni ha menester alas para ir a buscarle; sino ponerse en soledad y mirarle dentro de sí y no estrañarse de tan buen huésped, sino con grande humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, regalarse con él como con padre, entendiendo que no es dina de serlo.

Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas y piensan que es humildad. Sí, que no está la

humildad en que si el rey os hace una merced, no tomarla; sino tomarla y entender cuán sobrada os viene y holgaros con élla. ¡Donosa es la humildad que me tenga yo al emperador del cielo y de la tierra —que se viene a mi casa por hacerme merced y por holgarse conmigo— y por humildad ni le quiera responder ni me quiera estar con él, sino que le deje solo; y que estándome diciendo que le pida, por humildad me quede pobre y aún-le deje ir de que ve que no acabo de determinarme.

No os curéis hija[s], de esas humildades, sino tratá con él como con padre y como con hermano y como con señor; a veces de una manera, a vécēs de otra, que él os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejáos de ser bobas; pedilde la palabra, que vuestro esposo es, que os trate como tales. Mirá que os va mucho tener entendido esta verdad: que está el Señor dentro de nosotras. Y que allí nos estemos con él.

Es arte de rezar, que aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad se recoge el entendimiento y es oración que tray consigo mil bienes.

Llámase recogimiento, porque recoge el alma todas las potencias y se entra dentro de sí con su Dios. Viene con más brevedad a enseñarla su divino maestro y a darla oración de quietud que de ninguna otra manera. Porque allí metida consigo mesma, puede pensar toda la pasión y representar allí al Hijo y ofrecerle a el Padre y no cansar el entendimiento andándole buscando en el montè Calvario y al huerto y a la coluna.

Las que de esta manera se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma —adonde está el que bizo el cielo y la tierra— y acostumbrar a no mirar ni estar adonde oya cosa que le destruya, crea que lleva ecelente camino y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo.

Es como el que va en una nao que, con un poco de buen viento, se pone en el fin de la jornada en pocos días; y los que van por tierra, tárdanse mucho más.

Es camino del cielo; digo del cielo, que están metidos allí en el palacio del rey —no están en la tierra— y más seguros de muchas ocasiones.

Pégase más presto el fuego del amor divino; porque con poquito que soplen con el entendimiento —están

cerca del mismo fuego— con una centellica que le toque se abrasará todo.

Como no hay embarazo de lo exterior, estése sola el alma con su Dios. Hay gran aparejo para entenderse.

Yo querría que entendiédeses muy bien esta manera de orar, que —como he dicho— se llama recogimiento.

Hacé cuenta que dentro de vosotras está un palacio de grandísimo precio, todo su edificio de oro y piedras preciosas, en fin, como para tal señor; y que sóis vos el que podéis mucho en que sea tan precioso el edificio—, como a la verdad es ansí, que no hay edificio de tanta hermosura como un alma limpia y llena de virtudes, mientras mayores más resplandece con las piedras—, y que en este palacio está este gran rey, que ha tenido por bien ser vuestro padre, en un trono de grandísimo precio que es vuestro corazón.

Parecerá ésto al principio cosa impertinente —digo, hacer esta ficción para darlo a entender— y puede ser aproveche mucho, a vosotras en especial; porque como no tenemos letras las mujeres ni somos de ingenios delicados, todo ésto es menester para que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro nosotras que lo que vemos por defuera. No nos imaginemos huecas en lo interior, que importa mucho —y plega Dios que sean solas mujeres las que anden con este descuido—; que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped dentro, que nos diésemos tanto a las vanidades y cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Pues ¿qué más hace un alimaña que, en viendo lo que le contenta a los ojos, hartar su hambre en la presa? Sí, que diferencia ha de haber de éllas a nosotros, pues tenemos ya tal padre.

-Reiranse de mí por ventura; dirán que bien claro se está ésto.

-Y ternán razón; porque para mí fué oscuro algún tiempo. Bien entendía que tenía alma. Mas lo que merecía esta alma y quién estaba dentro de élla —si yo no me atapaba los ojos con las vanidades de la vida— no lo entendía; que, a mí parecer, si como ahora con verdad entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran rey, que no le dejara tantas veces solo, alguna

me estuviera con él. Y más: procurara que no estuviera tan sucio.

Mas ¡qué cosa de tanta admiración! ¡quien hinchirá mil mundos con su grandeza, encerrarse en cosa tan pequeña!

Así quiso caber en el vientre de su sacratísima mad[r]e.

Como es Señor, consigo tray la libertad; y como nos ama, hácese a nuestra medida cuando un alma comienza, por no la alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande.

No se da a conocer hasta que va ensanchando esta alma poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone en élla; por eso digo que tray consigo la libertad, pues tiene él poder de hacer grande este palacio. Todo el punto está en que se le demos por suyo con toda determinación y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa suya —ésta es su condición—; y tiene su Majestad razón, no se lo neguemos (aún acá nos da pesadumbre huéspedes en casa, cuando no podemos decirlos que se vayan); y como él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan, mas no se da a sí del todo hasta que ve nos damos del todo a él.

Esto es cosa cierta y por éso os lo digo tantas veces: Ni obra en el alma, como cuando del todo es sin embarazo suya, ni sé cómo ha de obrar; es amigo de todo concierto; pues si este palacio se hinche de gente baja y de baratijas, ¿cómo ha de caber él con su corte? Harto hace de estar un poquito entre tanto embarazo.

¿Pensáis, hijas, que viene solo? ¿No véis que dice su sacratísimo hijo: QUE ESTÁS EN LOS CIELOS? Pues un tal rey, a usadas que no le dejen los cortesanos; sino que están con él rogándole por vos todos para vuestro provecho, porque están todos llenos de caridad.

No penséis que es como acá: que si un señor u perlado favorece alguno por algunos fines —y porque quiere—, luego hay las envidias y el ser malquisto aquel pobre sin hacerles nada— que le cuestan caro los favores.

CAPÍTULO XXXI

Prosigue en dar medios para procurar esta oración de recogimiento. Dice lo poco que se nos ha de dar de ser favorecidas de los perlados

Huí, por amor de Dios, de semejantes cosas. Procurá hacer cada una lo que debiere, que si el perlado no se lo agradeciere, sigura puede estar lo agradece y pagará el Señor. Sí; que no venimos aquí a buscar premio en esta vida sino en la otra. Siempre el pensamiento en lo que dura. Y de lo de acá ningún caso hagáis, que aún para lo que se vive no es durable, que hoy está bien con la una, mañana —si ve una virtud más en vos— estará mejor con vos, y si no, poco va en éllo. No déis lugar a estos primeros movimientos, sino atajadlos con que no es acá vuestro reino y cuán presto tiene todo fin y cómo no hay cosa en un ser aún acá.

Mas aún ésto es bajo remedio y poca perfección. Lo mejor es que dure; y vos desfavorecida y abatida, y lo queréis estar por el que está con vos. Poné los ojos en vos y miráos interiormente: hallaréis vuestro esposo que no os faltará, antes mientras menos consolación por defuera, más regalo os hará. Es muy piadoso, y a persona afligida jamás falta, si confía en él solo. Ansí lo dice David: *que nunca vió al justo desamparado*, y otra vez: *que está el Señor con los afligidos*.

Pues, ¿u creís ésto, u no? Pues creyéndolo, como se ha de creer, ¿de qué os matáis?

¡Oh, Señor mío, que si de veras os conociésemos no se nos daría nada de nadie! Dáis mucho a los que de veras se quieren dar a vos.

Creé, amigas, que es gran cosa entender esta verdad,

para ver que las cosas y favores de acá todos son mentira, cuando desvían en algo de esta verdad. ¡Oh, váleme Dios! ¡quién hiciese entender esto a los mortales! No yo, por cierto, Señor, que con deberos más que ninguno, no acabo de entenderlas como se han de entender.

¡Oh, quién supiese declarar cómo está esta compañía santa con el acompañador de las almas —santo de los santos— sin impedir a la soledad que élla y su esposo tienen, cuando esta alma dentro de sí quiere entrarse en este paraíso con su Dios y cierra la puerta a todo lo del mundo!

Y entended que ésto no es cosa sobrenatural, sino que podemos nosotros hacerlo (con el favor de Dios se entiende todo cuanto en este libro dijere *podemos*, pues sin él no se puede nada, nada); porque éste no es silencio de las potencias, sino encerramiento de éllas en sí misma el alma.

Gánase ésto de muchas maneras, como está escrito en algunos libros, que nos hemos de desocupar de todo para llegarnos interiormente a Dios, los que escriben oración mental.

Como yo no hablo sino en cómo ha de rezarse la vocal para ir bien rezada, no hay para qué decir tanto; pues lo que pretendo sólo es para que veamos y estemos con quien hablamos sin tenerle vueltas las espaldas, que no me parece otra cosa estar hablando con Dios y pensando en mil vanidades.

Y viene todo el daño de no entender con verdad que está cerca, sino imaginarle lejos. ¡Y cuán lejos si le vamos a buscar al cielo!

Pues, ¿rostro es el vuestro, Señor, para no mirarle estando tan cerca de nosotros? No parece nos oyen los hombres cuando hablamos, si no vemos que nos miran, y ¿cerramos los ojos para no mirar que nos miráis vos? ¿Cómo hemos de entender si habéis oído lo que os decimos?

Sólo ésto es lo que querría dar a entender: que para irnos acostumbrando a con facilidad ir asigurando el entendimiento para entender lo que habla y con quién habla, es menester recoger estos sentidos exteriores a nosotros mismos y que les demos en qué se ocupar;

pues es así que tenemos el cielo dentro de nosotros, pues el Señor de él lo está.

Y si una vez comenzamos a gustar de que no es menester dar voces para hablarle (porque su Majestad se dará a sentir cómo está allí), rezaremos con mucho sosiego el paternoster y las más oraciones que quisiéremos; y ayudarnos ha el mismo Señor a que no nos cansemos. Porque a poco tiempo que forcemos a nosotros mismos a estarnos con él nos entenderá por señas de manera que si habíamos de decirle muchas veces el paternoster, nos entienda de una. Es muy amigo de quitarnos de trabajo. Aunque en un hora le digamos una vez, como entendamos estamos con él y lo que le pedimos, y la gana que tiene de darnos —en fin, como padre— y cuán de buena gana se está con nosotros y nos regalemos con él, no es amigo de que nos quebreemos las cabezas.

Por éso, hermanas, por amor del Señor, os acostumbréis a rezar con este recogimiento el paternoster y veréis la ganancia antes de mucho tiempo. Porque es modo de orar que hace tan presto costumbre a no andar el alma perdida y las potencias alborotadas como el tiempo os lo dirá, sólo os ruego lo probéis; aunque os sea algún trabajo, que todo lo que no está en costumbre le da más. Mas yo os aseguro que antes de mucho os sea gran consuelo entender que sin cansaros a buscar adonde está este santo padre a quien pedís, le halléis dentro de vos.

Su Majestad lo enseñe a las que no lo sabéis; que de mí os confieso que nunca supe qué cosa era rezar con satisfacción y consolación hasta que el Señor me enseñó este modo; y siempre he hallado tantos provechos de esta costumbre de recogerme dentro en mí, que éso me ha hecho alargar.

Y por ventura todas os lo sabéis. Mas alguna verná que no lo sepa; por éso no os pese de que lo haya aquí dicho.

Ahora vengamos a entender cómo va adelante nuestro buen maestro y comienza a pedir a su santo padre para nosotros y qué pide, que es bien lo entendamos.



CAPÍTULO XXXII

Dice lo que importa entender lo que se pide en la oración. Trata de estas palabras del paternoster: San[c]tificetur nomen tuum, adveniat re[g]num tuum. Aplícalas a oración de quietud y comienza a declarar

¿Quién hay, por desbaratado que sea, que cuando pide a una persona grave no lleva pensado cómo lo pedir para contentarle y no serle desabrido y qué le ha de pedir y para qué ha menester lo que le ha de dar, en especial si pide cosa señalada como nos enseña que pidamos nuestro bien Jesús? Cosa me parece para notar mucho. ¿No pudiéades, Señor mío, concluir con una palabra y decir: *dadnos padre lo que nos conviene*; pues a quien tan bien lo entiende todo, no parece era menester más?

¡Oh, sabiduría de los ángeles! Para vos y vuestro padre esto bastaba, que así le pedistes en el huerto: mostrastes vuestra voluntad y temor, mas dejásteslo en la suya. Mas a nosotros, conocéisnos, Señor mío, que no estamos tan rendidos como lo estávades vos a la voluntad de vuestro padre y que era menester pedir cosas señaladas para que nos detuviésemos un poco en mirar siquiera si nos está bien lo que pedimos y sino que no lo pidamos. Porque según somos, si no nos dan lo que queremos, con este libre albedrío que tenemos, no admitiremos lo que el Señor nos diere; porque aunque sea lo mejor, como no vemos luego el dinero en la mano, nunca nos pensamos ver ricos.

¡Oh, váleme Dios! ¡qué hace tener tan dormida la fe para lo uno y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto ternemos el castigo ni cuán cierto el premio!

Por éso es bien, hijas, que entendáis lo que pedís en el paternoster (para que si el padre eterno os lo diere, no se lo tornéis a los ojos), y penséis muy bien si os está bien, y sino no lo pidáis; sino pedí que os dé su Majestad luz, porque estáis ciegas y tenéis hastío para no poder comer los manjares que os han de dar vida sino los que os han de llegar a la muerte, y ¡qué muerte tan peligrosa y tan para siempre!

Pues dice el buen Jesús:

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE, VENGA EN NOSOTROS TU REINO.

Ahora mirá, hijas, ¡qué sabiduría tan grande de nuestro esposo! Considero yo aquí —y es bien que entendamos— qué pedimos en este reino. Mas como vió su Majestad que no podíamos santificar ni alabar ni engrandecer ni glorificar ni ensalzar este nombre santo del padre eterno —conforme a lo poquito que podemos nosotros— de manera que se hiciese como es razón sino nos proveía su Majestad con darnos acá su reino, y así lo puso el buen Jesús lo uno cabe lo otro. Porque entendáis, hijas, ésto que pedimos y lo que nos importa pedirlo y hacer cuanto pudiéramos para contentar a quien nos lo ha de dar, os quiero decir aquí lo que yo entiendo.

Si no fuere bien, pensá vosotras otras consideraciones; que licencia nos da el Señor, como en todo nos sujetamos a lo que tiene la Iglesia, como lo hago yo siempre (y aún ésto no os daré a leer hasta que lo vean personas que lo entiendan), al menos si no lo fuere, no va con malicia sino con no saber más.

El gran bien que hay en el reino del cielo, con otros muchos, es: ya no tener cuenta con cosas de la tierra, un sosiego y gloria en sí mismos, un alegrarse que se alegren todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mismos que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor y bendicen su nombre y no le ofende nadie; todos le aman. Y la misma alma no entiende en otra cosa sino en amarle; ni puede dejarle de amar, porque le conoce,

Y así le amaríamos acá, aunque no en esta perfección

y en un ser; mas muy de otra manera le amaríamos si le conociésemos.

Perdonadme que lo quiero decir aquí, porque sé que muchas personas rezando vocalmente las levanta Dios a subida contemplación, sin procurar éllas nada ni entenderlo. Por esto pongo tanto, hijas, en que recéis bien las oraciones vocales.

Conozco una monja que nunca pudo tener sino oración vocal, y asida a ésta lo tenía todo; y sino íbasele el entendimiento tan perdido que no lo podía sufrir. Mas ¡tal tengan todas la mental! En ciertos paternoster, que rezaba a las veces que el Señor derramó sangre, se estaba —y en poco más— dos u tres horas. Y vino a mí muy congojada: que no sabía tener oración ni podía contemplar, sino rezar vocalmente. Era ya vieja, y había gastado su vida harto bien y religiosamente. Preguntándole yo qué rezaba, en lo que me contó vi que, asida al paternoster, la levantaba el Señor a tener unión. Así alabé al Señor y hube envidia su oración vocal.

Así que no penséis, los que sois enemigos de contemplativos, que estáis libres de serlo si las oraciones vocales rezáis como se han de rezar, teniendo limpia conciencia.

CAPÍTULO XXXIII

Que prosigue en la misma materia. Declara qué es oración de quietud. Pone algunos avisos para los que la tienen. Es mucho de notar

Así que todavía lo habré de decir. Quien no lo quisiere oír pase adelante.

Esta oración de quietud, adonde yo entiendo comienza el Señor —como digo— a dar a entender que oye nuestra petición y que comienza ya a darnos su reino aquí para que de verdad alabemos su nombre y procuremos le alaben otros —aunque por tenerlo escrito en otra parte, como he dicho, no me alargaré mucho en declararlo— diré algo.

Es cosa sobrenatural y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos; porque es un ponerse el alma en paz —o ponerla el Señor con su presencia, como hizo al justo Simeón—, porque todas las potencias se sosiegan. Entiende el alma (por una manera muy fuera de entender con los sentidos exteriores), que está ya junta cabe su Dios, que con poquito más, llegará a estar hecha una mesma cosa con él por unión. Esto no es porque lo ve con los ojos del cuerpo ni del alma.

Tampoco [no] vía el justo Simeón más del glorioso niño pobrecito (que en lo que llevaba envuelto y la poca gente de acompañamiento que iba en la procesión, más pudiera juzgarle por romerito hijo de padres pobres, que por hijo del padre celestial); mas dióselo el mesmo niño a entender.

Y así lo entiende acá el alma, aunque no con esa claridad. Porque aún élla no se entiende más de que se ve en el reino (al menos cabe el rey que se le ha de dar), y parece que la mesma alma está con acatamiento, aún para no osar pedir.

Es como un amortecimiento interior y exteriormente, que no querría el hombre exterior (digo el cuerpo —que alguna simplicita verná que no sepa que es interior y exterior—) así que no se querría bullir; sino ya, como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa. Y siéntese grandísimo deleite en el cuerpo y grande satisfacción.

Y el alma está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aún sin beber está ya harta. No parece hay más que desear.

Las potencias sosegadas: que no querrían bullirse. Aunque no están perdidas, porque piensan en cabe quien están, y puede. Es un pensamiento sosegado.

No querrían se menease el cuerpo porque no las desasosegase.

Piensan una cosa y no muchas. Dales pena el hablar. En decir padre nuestro una vez, se les pasará un hora.

Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe el rey; están en su reino que se les comienza ya el Señor a dar aquí.

Vienen unas lágrimas sin pesadumbre algunas veces y con mucha suavidad.

Todo su deseo es que sea santificado este nombre. No parece entonces que están en el mundo, ni le querrían ver ni oír, sino a su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar.

En fin, lo que dura (con la satisfacción y deleite que se tiene), con razón pueden decir que están en su reino, y que les ha oído el Padre Eterno su petición de que haya venido a ellas.

¡Oh, dichosa demanda, que tanto bien pedimos sin entenderlo! ¡Dichosa manera de pedir!

Por éso quiero yo, hermanas, que miremos cómo rezamos esta oración celestial y lo que pedimos en élla. Porque está claro que si Dios nos hace esta merced, que hemos de descuidarnos de negocios de mundo —si mal que nos pese—; porque llegado el Señor del mundo, todo lo echa fuera.

No digo que todos los que la pidieren, por fuerza estén desasidos del mundo del todo; al menos querría

entiendan lo que les falta y se humillen y tan gran petición no la pidan como quien no pide nada y que si el Señor les diere lo que le piden no se lo tornen a los ojos. Que hay muchos —y yo he sido la una— que está el Señor enterneciéndolos y dándolos inspiraciones santas y luz de lo que es todo y —en fin— dándolos este reino, poniéndolos en esta oración de quietud, y ellos haciéndose sordos. Y hay almas tan amigas de hablar y decir muchas oraciones vocales muy apriesa por acabar su tarea (que tienen ya por sí de decirlas cada día) que aunque les ponga su reino el Señor en las manos y las dé esta oración de quietud y esta paz interior, no la admiten; sino que ellos mismos con su rezar piensan que hacen mejor y se divierten.

Esto no hagáis, hermanas, cuando el Señor os hiciere esta merced. Mirá que perdéis un gran tesoro y que hacéis mucho más con una palabra de cuando en cuando del paternoster que con decirle muchas veces apriesa y no os entendiendo. Está muy cerca a quién pedís, no os puede dejar de oír.

Y creé que aquí es el verdadero alabar de su nombre y el santificarle, porque ya, como cosa de su casa, glorificáis al Señor y alabáisle con más afición y deseo, y parece que no podéis dejarle de servir.

Así que en ésto os aviso que tengáis mucho aviso, porque importa muy mucho.

CAPÍTULO XXXIV

*Que trata destas palabras del paternoster:
Fiat voluntas tua sicut in cœlo et in terra,
y lo mucho que hace quien dice estas palabras
con toda determinación, y cuán bien se lo
paga el Señor*

Ahora que nuestro buen maestro nos ha pedido y enseñado a pedir cosa de tanto valor que encierra en sí todas las cosas que acá podemos desear y nos ha hecho tan gran merced como hacernos sus hermanos, veamos qué quiere que demos a su padre y qué le ofrece por nosotros y qué es lo que nos pide; que razón es le sirvamos con algo tan grandes mercedes.

—¡Oh buen Jesús! —que tampoco dáis poco de nuestra parte—, ¿cómo pedís para nosotros?

Dejemos que éllo en sí es nonada por adonde tanto se debe y para tan gran rey; mas cierto, señor mío, que no nos dejáis con nada y que damos todo lo que podemos —si lo damos como lo decimos, digo.

SEA HECHA TU VOLUNTAD Y COMO ES HECHA EN EL CIELO, ANSÍ SE HAGA EN LA TIERRA.

Bien hecistes, buen maestro Señor, de pedir la petición pasada para que podamos cumplir lo que dáis por nosotros; porque cierto, Señor, si así no fuera, imposible me parece poder nosotros cumplirlo. Mas haciendo vuestro padre lo que vos le pedistes de darnos acá su reino, yo sé que os sacaremos verdadero en dar lo que dáis por nosotros; porque, hecha la tierra cielo, será posible hacerse en mí vuestra voluntad. Mas, sin ésto, y en tierra tan ruin tan sin fruto como la mía, yo no sé, Señor, como sería posible. Es gran cosa lo que ofrecéis.

Por eso querría, hijas, lo entendiédesed.

Cuando yo pienso en ésto, gusto de los que dicen no es bien pedir trabajos a el Señor, que es poca humildad.

Y he topado a algunos tan pusilánimes, que aun sin este amparo de humildad, no tienen corazón para pedirselos; que piensan luego se los ha de dar.

Querría preguntarles si entienden esta voluntad que suplican al Señor la cumpla su Majestad en ellos, u es que la dicen por decir lo que todos mas no para hacerlo. Esto, hijas, sería mucho mal. Mirá que parece nuestro buen Jesús nuestro embajador, y que ha querido entrevenir entre nosotros y su padre, y no a poca costa suya. Y no sería razón que lo que promete u ofrece por nosotros, dejásemos de hacerlo verdad. U no lo digamos.

Ahora quiérollo llevar por el cabo: Mirá, hermanas, tomá mi parecer. Ello ha de ser — que queráis u no — que se ha de hacer su voluntad en el cielo y en la tierra. Créeme, y hacé de la necesidad virtud.

¡Oh, Señor mío! qué gran regalo es éste para mí que no dejádes en querer tan ruín como el mío el cumplir vuestra voluntad. ¡Bendito seáis por siempre, y alabemos todas las cosas! ¡Sea glorificado vuestro nombre por siempre! Buena estuviera yo, Señor, si estuviere en mis manos el cumplirse vuestra voluntad u no. Ahora la mía os doy libremente, aunque a tiempo que no va libre de interese; porque ya tengo probado — y gran experiencia de ello — la ganancia que es dejar libremente mi voluntad en la vuestra.

¡Oh, hijas, qué gran ganancia hay aquí, u qué gran pérdida de no cumplir lo que decimos al Señor en el paternoster en ésto que le ofrecemos!

Antes que os diga lo que se gana, os quiero declarar lo mucho que ofrecéis, no os llamáis después a engaño y digáis que no lo entendistes.

No sea como algunas monjas que no hacen sino prometer y, como no cumplen nada, dicen que cuando hicieron profesión que no entendieron lo que prometían. Así lo creo yo, porque es fácil de hablar y dificultoso de obrar; y si pensaron que no era más lo uno que lo otro, cierto no lo entendieron. Hacedlo entender a las que acá hicieren profesión por larga prueba. No piense que ha de haber solas palabras, sino obras también.

Ansí quiero entendáis con quién lo habéis — como dicen — y lo que ofrece por vos el buen Jesús a padre y lo que le dáis vos cuando decís que se cumpla su voluntad en vos — que no es otra cosa.

Pues no hayáis miedo que sea su voluntad daros riquezas ni deleites ni grandes honras ni todas estas cosas de acá. No os quiere tan poco y tiene en mucho lo que le dáis y quíereoslo pagar bien, pues os da su reino aún en vida, como dicen.

¿Queréis ver cómo se ha con los que de veras le dicen ésto?

Preguntaldo a su hijo glorioso, que se lo dijo cuando la oración del huerto. Como fué dicho con verdad y de toda voluntad, mirá si la cumplió bien en lo que le dió de dolores y trabajos y injurias y persecuciones — en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.

Pues véis aquí, hijas, a quien más amaba lo que dió. Por donde se entiende cuál es su voluntad.

Mirá lo que hacéis. Procurá no sean palabras de cumplimiento las que decís a tan gran Señor, sino esforzaos a pasar lo que su Majestad quisiere.

Que otra manera de dar voluntad, es mostrar la joya y decir que la tomen; y cuando estieden la mano para tomarla, guardarla vos muy bien.

No son estas burlas para con quien las que le hicieron por nosotras. Aunque no hubiera otra cosa, merecen que no burlemos ya tantas veces dél; que no son pocas las que se lo decimos en el paternoster.

Démosle ya una vez del todo la joya de cuantas acometemos a dársela.

Es verdá que no nos da primero.

¡Oh, váleme Dios! ¡cómo se le parece a mi bien Jesús, que nos conoce! Pues no dijo al principio diésemos esta voluntad al Señor, hasta que estuviésemos bien pagados de este pequeño servicio para quien entiende la gran ganancia que en el mismo servicio quiere el Señor ganemos; que aún en esta vida nos comienza a pagar, como ahora diré:

Los del mundo harto harán si tienen de verdad determinación de cumplirlo. Vosotras, hijas, diciendo y haciendo, palabras y obras, como a la verdad parece hacemos los relisiosos. Sino que, a las veces, ponemos

al Señor ya la joya en la mano, y tornámosse la a tomar; somos francos de presto, y después tan escasos, que valdría en parte más que nos hubiéramos detenido en el dar.

Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas, y ternéis entendido lo mucho que nos importa, no digo más en éllo; sino diré para lo que pone aquí nuestro buen maestro estas palabras dichas, como quien sabe lo mucho que ganaremos de hacer este servicio a su eterno padre. Porque nos disponemos para que con mucha brevedad nos veamos acabado el camino y bebiendo del agua viva de la fuente que queda dicha; porque sin darnos del todo al Señor, y ponernos en sus manos para que haga en todo lo que nos toca su voluntad, nunca deja beber de élla.

Esto es contemplación perfecta — lo que me dijistes que os escribiese —; y en ésto, ninguna cosa hacemos de nuestra parte ni trabajamos ni negociamos.

Ni es menester más porque todo lo demás estorba y impide de decir FIAT VOLUNTAS TUA: cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que vos, Señor mío, quisierdes; si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshonoras y necesidades, aquí estoy; no volveré el rostro, padre mío, ni es razón vuelva las espaldas; pues vuestro hijo dió en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió, y disponed en mí como en cosa vuestra conforme a vuestra voluntad.

¡Oh, hermanas mías, qué fuerza tiene este don! No puede menos — si va con la determinación que a dir — de traer al Todopoderoso a ser uno con nuestra bajeza y transformarnos en sí y hacer una unión del Hacedor con la criatura.

Mirá si quedaréis bien pagadas y si tenéis buen maestro, que como sabe por donde ha de ganar la voluntad de su padre, enséñanos a cómo y con qué le hemos de servir.

Y mientras mayor determinación tiene el alma y se

va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más la llega el Señor a sí y la levanta de todas las cosas bajas de acá y de sí misma para habilitarla a recibir del Señor grandes mercedes; que no acaba de pagar en esta vida este servicio.

En tanto le tiene, que ya nosotros no sabemos qué nos pedir, y su Majestad nunca se cansa de dar. Porque no contento con tenerla hecha una cosa consigo — por haberla ya convertido en sí — comienza a regalarse con élla, a descubrirle secretos, a holgarse de que entienda lo que ha ganado y que conozca algo de lo que la tiene por dar.

Hácela ir perdiendo estos sentidos exteriores porque no se la ocupe nada — ésto es arrobamiento — y comienza a tratar de tanta amistad, que no sólo la torna a dejar su voluntad, mas dale la suya con ella. Porque se huelga el Señor, ya que trata de tanta amistad, que manden a veces — como dicen — y cumplir él lo que élla le pide como élla hace lo que él la manda... y mucho mejor porque es poderoso y puede cuanto quiere y no deja de querer.

La pobre alma, aunque quiera, no puede muchas veces lo que querría ni puede nada sin que se lo den, y siempre queda más adeudada y muchas veces fatigada de verse sujeta a tantos inconvenientes como tray en estar en la cárcel de este cuerpo, porque querría pagar algo de lo que debe.

Y es harto boba de fatigarse. Aunque haga lo que es en sí, ¿qué podemos pagar los que no tenemos qué dar si no lo recibimos, sino conocernos y ésto que podemos, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente?

Porque — como he dicho — está ya escrito en otra parte cómo es esta oración y lo que ha de hacer el alma entonces y cosas — harto largamente declaradas — de lo que el alma siente aquí y en lo que se conoce ser Dios, no hago más de tocar en estas cosas de oración para daros a entender cómo habéis de rezar esta oración del paternoster.

Sólo os doy un aviso: que no penséis con fuerza vuestra ni diligencia, llegar aquí — que es por demás; antes si teniades devoción, quedaréis fríos — sino con simplicidad y humildad, que es la que lo acaba todo, decir FIAT VOLUNTAS TUA.

CAPÍTULO XXXV

En que trata la gran necesidad que tenemos que el Señor nos dé lo que pedimos en estas palabras del paternoster: Panem nostrum quotidianum da nobis hodie

Pues entendiendo — como he dicho —, el buen Jesús cuán dificultosa cosa era ésto que ofrece por nosotros, conociendo nuestra flaqueza y que muchas veces hacemos entender que no entendemos cuál es la voluntad del Señor, como somos flacos y él tan piadoso —, era menester medio: pues dejar de dar lo dado, vió que en ninguna manera nos conviene, porque está en éllo toda nuestra ganancia; pues cumplirlo, vió ser dificultoso.

Porque decir a un rico que es la voluntad de Dios que tenga cuenta con moderar su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacará mil razones para no entender ésto sino a su propósito.

Pues decir a un mormurador que es la voluntad de Dios querer tanto para sí como para su prójimo u para su prójimo como para sí, no lo puede poner a paciencia ni basta razón para que lo entienda.

Pues decir a un religioso, que está mostrado a libertad — u religiosa — y a regalo, que ha de tener cuenta con que ha de dar ejemplo y que mire que ya no es sólo con palabras ha de decir esta palabra sino que lo ha jurado y prometido y que es voluntad de Dios que cumpla sus votos y mire que si da escándalo que va muy contra éellos, aunque no del todo los quebrante; que ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos — que ésto es lo que el Señor quiere —, no hay remedio, aún ahora, de quererlo hacer, ¿qué hiciera si el Señor no hiciera lo más con el remedio que puso?

No hubiera sino muy poquitos que cumplieran su palabra y lo que él ofreció al padre. Y plega a su Majestad que aun ahora haya muchos.

Pues visto el Señor la necesidad, pensó un medio admirable adonde nos mostró el extremo de amor que nos tenía, y en su nombre y en el de sus hermanos, pidió esta petición:

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLO HOY, SEÑOR.

Entendé hermanas, por amor de Dios, ésto que pide el buen Jesús, que nos va la vida en no pasar de corrida por éllo; y tené en muy poco lo que habéis dado, pues tanto habéis de recibir.

Paréceme ahora a mí, debajo de otro mejor parecer, que visto el buen Jesús lo que había dado por nosotros y cómo nos importaba tanto darlo y la gran dificultad que había, por ser nosotros tales y tan inclinados a cosas bajas y de tan poco amor y ánimo, que era menester ver el suyo para despertarnos y no una vez sino cada día... que aquí se debía determinar de quedarse con nosotros.

Y como era cosa tan grave y de tanta importancia, quiso que viniese de la mano del Eterno Padre. Porque aunque eran una mesma cosa y sabía que lo que él hiciese en la tierra se haría en el cielo y su voluntad y la de su padre eran una... para tan gran cosa, era tanta la humildad del buen Jesús, que quiso como pedir licencia porque ya sabía era amado del padre y que se deleitaba en él.

Bien entendió que pedía más en ésto que pide que en lo demás que ha demandado, porque sabía la muerte que le habían de dar y las deshonras y afrentas que había de padecer.

—Pues ¿qué padre hubiera, Señor, que habiéndonos dado a su hijo, y tal hijo, y parándole tal, quisiera consentirle se quedara entre nosotros cada día a padecer?

—Por cierto, ninguno, Señor, sino el vuestro. Bien sabéis a quién pedís.

¡Oh, váleme Dios! ¡Qué gran amor del hijo, y qué gran amor del padre!

Aun no me espanto tanto del buen Jesús. Porque como había ya dicho FIAT VOLUNTAS TUA, habíalo de cumplir como quien es — sí, que no es como nosotros —, y sabe que la cumple con amarnos como a sí; y así an-

daba a buscar cómo cumplir con más cumplimiento, aunque fuese a su costa, este mandamiento.

Mas vos, Padre Eterno, ¿cómo lo consentís? ¿Por qué queréis cada día ver en manos tan ruines a vuestro hijo? Ya que una vez quisistes lo estuviese y lo consentistes, ¿véis como le paran? ¿cómo puede vuestra piedad cada día, cada día verle hacer injurias?

¡Y cuántas se deben hoy hacer a este santísimo sacramento! ¡En qué de manos enemigas tuyas le debe ver el padre! ¡Qué de desacatos de estos herejes!

¡Oh, Señor Eterno! ¿cómo acetáis tal petición? ¿cómo lo consentís? No miréis su amor, que a trueco de hacer cumplidamente vuestra voluntad y de hacer por nosotros, se dejará cada día hacer pedazos. Es vuestro de mirar, Señor mío, ya que a vuestro hijo no se le pone cosa delante. ¿Por qué ha de ser todo nuestro bien a su costa? Porque calla a todo y no sabe hablar por sí sino por nosotros, ¿no ha de haber quien hable por este mansísimo cordero? Dadme licencia, Señor, que hable yo, ya que vos quisistes dejarle en nuestro poder, y os suplique que pues tan de veras os obedeció y con tanto amor se nos dió — que aun miro yo cómo en esta petición sola duplica las palabras, porque dice primero y pide que le déis este pan *cada día*, y torna a decir *dádnoslo hoy Señor*; poneos también delante, como quien dice que es razón que no nos quitéis esta merced, *que es nuestro*: que ya una vez nos le diste para nuestro remedio, que no nos le tornéis a tomar.

Pues mirá, hermanas mías — y ésto os enternezca el corazón para amar a vuestro esposo — que no hay esclavo que de buena gana diga lo es, y que el buen Jesús parece se honra de éllo.

¡Oh, Padre Eterno! ¡qué mucho merece esta humildad! ¿Con qué tesoro compramos a vuestro hijo? Venderle, ya sabemos que por treinta dineros; mas comprarle, ¿qué precio basta?

Como se hace aquí el Señor una cosa con nosotros, por la parte que tiene de nuestra naturaleza, y como señor de su voluntad, lo acuerda a su padre que pues es suya que nos la puede dar, y así se llama nuestro. No hace él diferencia dél a nosotros.

Mas hacémosla nosotros, para no nos dar cada día por él.



CAPÍTULO XXXVI

Prosigue en la misma materia. Es muy bueno para después de haber recibido el Santísimo Sacramento

Ya queda concluso que el buen Jesús en ésto que es nuestro, y así pide a su padre que nos le deje cada día.

Parece que es para siempre; que escribiendo ésto he estado con deseo de saber por qué después que el Señor dijo *cada día*, tornó a decir *hoy*. Quiéroos decir mi bobería.

Si lo fuere, quédese por tal: que harta lo es meterme [y]o en ésto. Mas, pues ya vamos entendiendo lo que pedimos, pensemos bien qué es, para que — como he dicho — lo tengamos en lo que es razón y lo agradezcamos a quién con tanto cuidado está enseñándonos.

Ansí que, ser nuestro *cada día*, me parece a mí, porque acá le poseemos en la tierra, pues se nos quedó acá y le recibimos, y le poseeremos después también en el cielo si nos aprovechamos de su compañía; pues no se queda para otra cosa con nosotros sino para ayudarnos y animarnos y sustentarnos a hacer esta voluntad que hemos dicho se cumpla en nosotros.

El decir *hoy*, me parece es para un día como es esta vida, ¡y bien un día! — y para los desventurados que se han de condenar, que no le gozarán en la otra, para hacer todo lo que como de cosa suya se pueden aprovechar y estar con ellos este *hoy* de esta vida esforzándolos; y si se dejan vencer, no es a su culpa.

Y porque se lo otorgue el padre, tráile a la memoria que es sólo un día de lo que dure este mundo, que se le deje ya pasar en servidumbre — pues nos le dió —, no parezca le toma al mejor tiempo; que todo será un

día estos malos tratamientos de llegarse a él indignamente; que mire está obligado (pues ha ofrecido por nosotros cosa tan grande como dejar nuestra voluntad en la suya) a ayudarnos por todas las vías que pudiere; que no pide más de *hoy*, ahora nuevamente.

Que el habernos dado este pan sacratísimo, para siempre cierto lo tenemos y que nos le dió sin pedírsele este mantenimiento y maná de la humanidad — que parece le hallamos como le queremos —, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en él sabor y consolación y mantenimiento. No hay necesidad ni trabajo ni persecución que no sea fácil de pasar, si comenzamos a partir y mascar de los suyos y ponerlos en nuestra consideración.

Que otro pan de los mantenimientos y necesidades corporales, no quiero yo pensar se le acordó al Señor de ésto; ni querría se os acordase a vosotras. Está puesto en subidísima contemplación (que quien está en aquel punto no hay más memoria de que está en el mundo que si no estuviese, cuantimás si ha de comer); ¿y había el Señor de poner tanto en pedir que comiésemos, para él y para nosotros? — No hace a mi propósito.

—Está nos enseñando a poner nuestras voluntades en las cosas del cielo y a pedir le comencemos a gozar desde acá, y ¿habíanos de meter en cosa tan baja como pedir de comer?

—¡Como que no nos conoce! Que comenzados a entremeter en necesidad del cuerpo, se nos olvidarán las del alma.

Pues ¡qué gente tan concertada! ¡que nos contentaremos poco y pediremos poco!... sino que mientras más nos diere, más parece nos ha de faltar el agua.

Pídanlo ésto, hijas, los que quieren más de lo necesario.

Vosotras pedí que os deje hoy a vuestro esposo, que no os veáis en este mundo lo que viviédes sin él, que baste que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan — que es harto tormento para quien no tiene otro amor ni otro consuelo —, mas suplicalde que no os falte y que os dé aparejo para recibirle tan dinamente.

De esotro pan, no tengáis cuidado las que muy de veras os habéis dejado en la voluntad de Dios.

Digo en estos tiempos de oración, que tratáis cosas más importantes; que tiempos h[a]y otros para que la que tiene encargo tenga cuidado de lo que habéis de comer, digo de daros lo que tuviere.

No hayáis miedo que os falte si no faltáis vosotros en lo que habéis dicho de dejaros en la voluntad de Dios.

Y por cierto, hijas, de mí os digo que si de éso faltase ahora con malicia — como otras veces lo he hecho muchas —, que yo no le suplicase me diese ese pan ni otra cosa de comer. Déjeme morir de hambre, ¿para qué quiero vida si con élla voy cada día más ganando muerte eterna?

Comparación.

Ansí que, si de veras os dáis a Dios como lo decís, descuidaos de vos; que él tiene el cuidado y le terná siempre.

Es como si entra un criado a servir a un amo: tiene el criado cuenta con contentarle en todo; mas el amo está obligado a darle de comer mientras está en su casa y le sirve (salvo si no es tan pobre que no tiene para sí ni para él; pues acá cesa ésto, que siempre es y será poderoso); ¿pues sería buena cosa andar el criado pidiendo cada día de comer, pues sabe tiene cuidado su amo de dárselo y le ha de tener? Es gastar palabras. Y decirle ha él que tenga cuidado en cómo le ha de servir y que no se ocupe en éso, que no hace cosa a derechas en lo demás.

Ansí que hermanas, pida quien quisiere ese pan. Pidamos nosotras el que nos hace al caso y supliquemos al padre nos dé gracia para disponernos de manera a recibir don tan grande y tan celestial mantenimiento, que ya que los ojos del cuerpo no se deleitan en mirarle, porque está encubierto, se descubra a los del alma y se le dé a conocer.

Que es otro mantenimiento de contentos y regalos, que para sustentar la vida, más veces que querremos, le vernemos a desear y a pedir, aún sin sentirnos. No es menester despertarnos para éllo; que nuestra inclinación ruín a cosas bajas nos despertará — como digo — más veces que queramos.

Mas de advertencia, no curemos poner nuestro cui-

dado sino en suplicar al Señor lo que tengo dicho; que teniendo esto, lo ternemos todo.

¿Pensáis que no es mantenimiento aún para estos cuerpos este Santísimo Sacramento muy grande y gran medicina aún para los males corporales?

—Yo lo sé. Y conozco persona de grandes enfermedades, y estando muchas veces con graves dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo —ésto muy ordinario; y de males muy conocidos, que no los pudiera fingir—, y otros muchos efectos que hacía en esta alma que no hay para qué decirlos y podía yo saberlos y sé que no miente.

Mas tenía tanta devoción y tan viva fe, que cuando en algunas fiestas oía a personas que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo en el mundo, se reía entre sí pareciéndole, que tiniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que ¿qué más se le daba?

Más sé de esta persona: que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni más ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada a Cristo, procuraba élla esforzar la fe para creer era lo mesmo y le tenía en casa tan pobre como la suya. Y desocupábase de todas las cosas exteriores y poníase a un rincón, procurando recoger los sentidos para estar-se con su Señor a solas y considerábase a sus pies y estábanse allí, aunque no sintiese devoción, hablando con él.

Porque si no nos queremos hacer ciegos y bobos, si tenemos fe, claro está que está dentro de nosotros. Pues ¿para qué hemos de ir a buscarle más lejos, como queda dicho? Sino que, pues sabemos, mientras no consume el calor natural los accidentes del pan que está con nosotros el buen Jesús.

Pues si, cuando andaba en el mundo, de sólo tocar a su ropa sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí — si yo tengo fe — y me dará todo lo que le pidiere, pues está en mi casa?

Si os congojáis porque no le veis con los ojos corporales, mirá que nos conviene: que es otra cosa verle glorificado u cuando andaba por el mundo. No habría sujeto que lo sufriese de nuestro flaco natural. Ni habría mundo, ni quien quisiese parar en él; porque en

ver esta verdad eterna se vería ser burla todas las cosas de que acá hacemos caso.

No hayáis miedo que, aunque no se vea con estos ojos corporales, de sus amigos esté muy escondido.

Estaos vos con él de buena gana. Mirá que es esta hora de gran provecho para el alma, y en que se sirve mucho el buen Jesús que le tengáis compañía. Tené gran cuenta, hijas, de no la perder.

Si la obediencia os mandare otra cosa, procurá dejar el alma con el Señor, que vuestro maestro es; aunque no lo entendáis no os dejará de enseñar. Y si luego lleváis el pensamiento a otra parte y no hacéis más caso que está dentro de vos que si no le hubiérades recibido, no os quejéis de él sino de vos.

No digo que no recéis (porque no me asgáis a palabras y digáis que trato de contemplación, salvo si el Señor os llevare a élla); sino que si rezardes el pater-noster, entendáis con cuánta verdad estáis con quien os le enseñó y le beséis los pies por éllo y le pidáis os ayude a pedir y no se vaya de con vos.

Si ésto habéis de pedir a una imagen de Cristo delante de quien estáis, ¿no veis que es bobería dejar en aquel tiempo la imagen viva y la mesma persona por mirar al dibujo?

Comparación.

¿No lo sería, si tuviédes un retrato de una persona que quisiédes mucho y la mesma persona os viniese a ver, dejar de hablar con élla y tener toda la conversación con el retrato?

—¿Sabéis para cuándo es bueno y santísimo y cosa en que yo me deleito mucho?

—Para cuando está ausente la mesma persona, es gran regalo ver una imagen de nuestra Señora u de algún santo a quien tenemos devoción —cuantimás la de Cristo—, y cosa que despierta mucho y cosa que a cada cabo querría ver que volviese los ojos. ¿Qué mejor cosa podríamos mirar ni más gustosa a la vista?

Desventurados éstos herejes, que carecen de esta consolación y bien, entre otras.

Mas acabando de recibir al Señor, teniendo la misma persona delante, procurá cerrar los ojos del cuerpo, y abrí los del alma y miraos al corazón. Que yo os digo y otra vez lo digo y muchas lo diré que si tomáis esta costumbre de estaros con él, y ésto no un día ni dos sino todos los que comulgardes — y procurar tener tal conciencia que sea lícito gocéis a menudo de este bien —, que no viene tan disfrazado que de muchas maneras no se da a conocer conforme a el deseo que vos tenéis de verle. Y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo.

Mas si no hacéis caso de él en recibéndole, con estar tan junto, sino que le váis a buscar a otras partes u a buscar otras cosas bajas, ¿qué queréis que haga? ¿Haos de traer por fuerza a que le veáis y os estéis con él, que se os quiere dar a conocer?

No; que no le trataron bien cuando se dejó ver a todos y les decía claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron.

Y ansí, harta misericordia nos hace a todos que quiere entienda que es él el que está en el Santísimo Sacramento. Mas que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas y darles de sus tesoros, no quiere sino con los que entiende que mucho lo desean; porque éstos son sus verdaderos amigos.

Que yo os digo que quien le ofendiere y no llega a recibirle con haber hecho lo que es en sí, que nunca le importune porque se le dé a conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la ilesia, cuando se va a su casa y procura echarle de élla. Ansí que, si entra en sí, es para pensar vanidades allí en su presencia.



CAPÍTULO XXXVII

Acaba la materia comenzada con una exclamación al Padre Eterno

Heme alargado tanto en ésto — aunque dije también en la oración del recogimiento mucho de éllo — porque importa muy mucho este entrarse a solas con Dios.

Y cuando no comulgaren y oyerdes misa, podéis comulgar espiritualmente — y es de grandísimo provecho — y hacer lo mesmo.

Es mucho lo que se imprime aquí el amor de este Señor; porque aparejándoos a recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos.

Es llegarnos al fuego. Que, aunque le haya muy grande, si ascondéis las manos mal os podéis calentar; quedaréis frío.

Aunque todavía es más que si no viérades el fuego; calor alcanza estando cerca.

Mas otra cosa es quereros llegar a él. Que si el alma está dispuesta, una centellica que salte la abrasará toda.

Y vanos tanto hijas, disponernos para ésto, que no os espantéis lo diga muchas veces.

Y si a los principios no se os descubriere ni os hallades bien (antes os porná el demonio apretamiento del corazón y congoja, porque sabe el daño tan grande que le viene de aquí) y que halláis devoción en otras cosas más y aquí menos, no dejéis este modo; aquí probará el Señor lo que le queréis.

Acordaos que hay pocas almas que le acompañen ni le sigan en los trabajos. Pasá por él algo, que su Majestad os lo pagará.

Y acordaos también qué de personas habrá que no sólo no quieran estarse con él, sino que le echen de su casa con gran desacato y descomedimiento. Pues algo

hemos de pasar para que se entienda le tenemos deseo de ver.

Y pues todas las partes adonde le dejan solo y hacen malos tratamiento[s], las sufre y sufrirá por sola una que con amor le admita y le acompañe, sea la vuestra esta una. Porque, a no haber ninguna, con razón no le consintiera quedar el Padre Eterno entre nosotros.

Sino que es tan amigo de amigos y tan señor de siervos, que como ve la voluntad de su buen hijo, no le quiere estorbar obra tan ecelente y adonde tan cumplidamente muestra el amor que tiene a su padre: en haber buscado tan admirable invención para mostrar lo que nos ama y para ayudarnos a pasar nuestros trabajos.

Pues, Padre Santo, que estás en los cielos, ya que lo queréis y lo acetáis — y claro se estaba que no habíades de negar cosa que tan bien nos estaba a nosotros — alguien ha de haber, como dije primero, que hable por vuestro hijo, pues él nunca supo tornar de sí.

Y así os ruego yo, hijas, me ayudéis a pedir a nuestro Padre Santo, en nombre suyo, que pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa haciendo a los pecadores tan gran beneficio como éste, que quiera su Majestad y se sirva de poner remedio para que no sea tan maltratado; y pues su santo hijo puso tan buen medio para que en sacrificio le podamos ofrecer muchas veces, que valga tan precioso don para que no vaya adelante tan grandísimos males y desacatos como se hacen en los lugares adonde está este Santísimo Sacramento. Que parece le quieren ya tornar a echar del mundo, quitado de los templos, perdidos tantos sacerdotes, profanadas tantas ilesias, aún entre los cristianos que a las veces van allí más con intención de ofenderle que no de adorarle.

Pues ¡qué es ésto, Señor! ¡U dad fin al mundo, u poned remedio en tan gravísimos males! que no hay corazón que lo sufra, aún de los que somos ruines.

Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya vos. ¡Atajad este fuego, Señor! Mirá que aún está en el mundo vuestro hijo. Por su acatamiento, cesen cosas tan feas y sucias; pues su hermosura y limpieza no me-

rece estar en cosa adonde hay tan malos olores. No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro hijo.

Por que no nos le dejar acá, no os lo osamos pedir, pues él alcanzó de vos que por este día de hoy — que es lo que durare el mundo — le dejásedes acá y porque se acabaría todo; que si algo os aplaca es tener acá tal prenda.

¡Pues algún medio ha de haber, Señor! Póngale vuestra Majestad; pues si queréis, podéis.

¡Oh Señor! ¿quién pudiera importunaros mucho y haberos servido algo para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejáis ninguno sin paga?

Mas no lo he hecho, Señor; antes por ventura so yo la que os he enojado de manera que por mis pecados vengan tantos males.

Pues ¿qué he de hacer, Señor, sino presentaros este pan bendito, y, aunque nos le distes, tornárosle a dar y suplicaros por sus méritos me hagáis esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido?

Ya, Señor, ya ¡haced que se sosiegue este mar — no ande siempre en tempestades esta nave de la ilesia — y sálvanos, Señor mío, que perecemos!

CAPÍTULO XXXVIII

Trata de estas palabras del paternoster:
Dimitte nobis debita nostra

Pues viendo nuestro precioso maestro que con este mantenimiento — si no es por nuestra culpa —, todo nos es fácil, y que podemos cumplir muy bien lo que hemos dicho al padre de que se cumpla en nosotros su voluntad, dícele ahora que nos perdone, pues perdonamos.

Y perdónanos Señor nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos a nuestros deudores.

¡Y mirá, hermanas, que no dice *como perdonaremos*, porque entendáis que quien pide un don tan grande como el pasado y quien ya ha puesto su voluntad en la de Dios, que ya ésto ha de estar hecho; y así dice: COMO NOSOTROS LAS PERDONAMOS. Así que, quien de veras hubiere dicho esta palabra al Señor, *fiat voluntas tua*, todo lo ha de tener hecho, con la determinación al menos.

Veis aquí cómo los santos se holgaban con las injurias y persecuciones; porque tenían algo que presentar al Señor cuando le pedían.

—¿Qué harán las pecadoras como yo, que tanto tiene que perdonarme?

Cosa por cierto, hermanas, es ésta para que miremos mucho en élla; que una cosa tan grave y de tanta importancia como que nos perdone el Señor nuestras culpas, que merecían fuego eterno, se nos perdonen con tan baja cosa como es que perdonemos nosotras cosas que ni son agravios, ni son nada.

—Porque, ¿qué se puede decir ni qué injuria se puede hacer a una como yo, que merecía que los demonios siempre me maltratasen, en que me traten mal en este mundo? — que es cosa justa.

—En fin, Señor mío, que por esta causa no tengo qué os dar para pedir os perdonéis mis deudas.

Perdóneme vuestro hijo, que nadie me ha hecho sin-justicia y así no he tenido qué perdonar por vos, sino tomáis, Señor, mi deseo; que me parece cualquier cosa perdonara yo porque vos me perdonárades a mí u por cumplir vuestra voluntad sin condición.

Mas no sé qué hiciera, venida a la obra, si me condenaran sin culpa. Que ahora, véome tan culpada delante de vuestros ojos, que todos quedan cortos; aunque los que no saben la que soy, como vos lo sabéis, piensan que me agravian.

Así, Padre mío, que de balde me habéis de perdonar. Aquí cabe bien vuestra misericordia. ¡Bendito seáis vos, que tan pobre me sufrís que lo que vuestro sacratísimo hijo dice en nombre de todos, por ser yo tal, me he de salir de la cuenta.

Mas, Señor, ¿si habrá algunas almas que me tengan compañía y no hayan entendido este punto?

—Si las hay, en vuestro nombre les pido yo que se les acuerde de ésto, y no hagan caso de unos agravielos; que no parece sino que hacen casas de pajitas, como los niños, con estos puntos de honra.

¡Oh, válame Dios, hermanas; si entendiésemos qué cosa es honra y en qué está perder la honra!

Ahora no hablo con vosotras — que harto mal sería no tener entendido ésto —, sino conmigo el tiempo que me precié de honra sin entender qué cosa era y íbame al hilo de la gente por lo que oía. ¡Oh, de qué cosas me agraviaba! que yo tengo vergüenza.

Y no era, pues, de las que mucho miran en estos puntos. Mas erraba, como todas, en el punto principal; porque no miraba yo ni hacía caso de la honra que tiene algún provecho, porque ésta es la que hace provecho al alma.

Y ¡qué bien dijo, quien dijo, que *honra y provecho no podían estar juntas!* — aunque no sé si lo dijo a este propósito —. Y es al pie de la letra; porque provecho del alma y ésto que llama el mundo honra, nunca puede estar junto.

¡Oh, válame Dios, qué al revés anda el mundo! ¡Bendito sea el Señor que nos sacó de él!

Plega su Majestad que esté siempre tan fuera de esta casa como está ahora; porque ¡Dios nos libre de monesterios adonde hay puntos de honra! nunca en ellos se honra mucho Dios.

¡Válame Dios!, ¡qué desatino tan grande, que ponen los religiosos su honra en unas cositas que yo me espanto!

Esto no lo sabéis, hermanas; mas quiérooslo decir, porque os guardéis de éllo:

Sabé que en las religiones tienen sus leyes también de honra. Van subiendo en dinidades como los del mundo. Los letrados, deben de ir por sus letras —que ésto no lo sé— y el que ha llegado a leer teología no ha de bajar a leer filosofía; que es un punto de honra que ha de subir y no bajar. Y aún en su seso si se lo mandase la obediencia, lo ternía por agravio y habría muchos que tornasen de él es afrenta; y luego el demonio descubre razones que, aún en ley de Dios, parece que tienen razón.

Pues entre monjas, la que ha sido priora ha de quedar toda su vida inhabilitada para otra cosa de oficio si no es aquél: un punto en las antigüedades que no hayáis miedo que se olvide y que parece que merece en aquéllo porque lo manda la orden. ¡La cosa más donosa es y más para reír —u para llorar, por mejor decir, y con gran razón —que se puede pensar!

Sí, que no manda la orden que no tenga yo humildad. Mándalo porque haya concierto.

Mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima que tenga tanto cuidado de mirar este punto de orden y, si a mano viene, todos los otros guardo imperfectamente y en ésto no pierdo punto.

Miren otras este punto por lo que a mí me toca, y descúfeme yo.

Es el caso, que como somos inclinadas a subir —aunque no subiremos por aquí al cielo —no ha de haber bajar.

¡Oh Señor, Señor! ¿Sois vos nuestro dechado y maestro?

—Sí, por cierto.

—¿Pues en qué estuvo vuestra honra, rey mío? ¿Por ventura, perdistesla en ser humillado hasta la muerte?

—No, Señor, sino que la ganastes, y provecho para todos.

¡Oh, por amor de Dios! que llevamos perdido el camino porque va errado desde el principio.

Y ¡plega a Dios que no se pierda algún alma por guardar estos negros puntos de honra sin entender en qué está la honra!

Y vernemos después a pensar que hemos hecho mucho si perdonamos una nadaría de éstas —que ni nos agraviaron ni tenía que ver con agravio y muy como quien ha hecho algo, vernemos a que nos perdone el padre pues hemos perdonado.

Daldes a entender, Señor, cómo no saben lo que dicen y que van tan vacías las manos a pedir como yo. ¡Hacedlo por vuestra misericordia y por quien sois! Que en verdad, Señor, que no veo cosa (pues todas las cosas se acaban, y el castigo es sin fin), que merezca ponerseos delante para que hagáis tan gran merced si no es por quien os lo pide; que tiene razón que es siempre el agraviado y el ofendido.

Mas ¡qué estimado debe ser este amarnos unas a otras del Señor!

Pues dada nuestra voluntad, se lo hemos dado todo de razón. Y ésto no se puede hacer sin amor.

Mirá, hermanas, lo que nos importa amarnos unas a otras y tener paz, que no puso el Señor, de las muchas cosas que en una habíamos dado —u él en nuestro nombre— a su padre delante, sino ésta. Que pudiera decir: «pues os amamos y pasamos trabajos, y los queremos pasar por vos» u «por ayunos y otras obras», que un alma que ama a Dios hace, y «que le tiene dada su voluntad»; y no dijo sino ésta.

Por ventura, como nos conoce por tan amigos de esta negra honra —ni de pasar nada por él —como cosa más dificultosa de alcanzar de nosotros, la dijo más que ninguna. Y es tan dificultosa que, después

de haber pedido tantas cosas grandes para nosotras, la ofrece de nuestra parte.

Pues tené mucha cuenta, hermanas, con que dice: *como perdonamos*, ya como cosa hecha, como he dicho.

Y entended que cuando de las cosas que Dios da a el alma de oración que he dicho y contemplación perfeta, no sale muy determinada y —si se le ofrece —lo pone por obra de perdonar cualquier injuria grave (no digo estas naderías que el alma que Dios llega a aqué- llo no llegan, ni se le da más ser estimada que no es- timada, y antes siente mucho más la honra que la deshonra) y ansí podéis creer si no sale con estos efetos, que no eran de Dios las mercedes sino del de- monio: alguna ilusión y regalo que os hace parecer que es bueno para que os tengáis por más honrado. Y como el buen Jesús sabe bien que deja estos efetos adonde él llega, determinadamente dice a el padre:

QUE PERDONAMOS NUESTROS DEUDORES



CAPÍTULO XXXIX

Dice la ecelencia de esta oración del pater-noster y cómo hallaremos de muchas maneras consolación en élla

Es cosa espantosa cuán subida en perfección es esta oración evangelical —bien como el maestro que nos la enseña—, y así es razón, hijas, que cada una la tome a su propósito.

Espantábame yo hoy hallando aquí en tan pocas palabras la contemplación y perfección metida; que parece no hemos menester otro libro sino estudiar en éste. Porque hasta aquí ha enseñado el Señor todo el modo más alto de contemplación, desde los principiantes en oración mental hasta la muy encumbrada y perfecta contemplación; que —a no estar escrito de élla en otra parte, y también por no me osar alargar, que será enfado—, se hiciera un gran libro de oración sobre tan verdadero fundamento.

Ahora va mostrando también el Señor los efectos que hace la oración y contemplación, cuando es de Dios.

Así que pensaba yo cómo no se había su Majestad declarado más en cosas tan subidas para que lo entendiésemos. Y pensé, que como había de ser general para todo el mundo esta oración, que porque cada uno pidiese a su propósito y se consolase pensando le daba buen entendimiento, lo dejó así en confuso.

¡Bendito sea su nombre por siempre jamás, amén! Y por él suplico yo al Padre Eterno perdone mis deudas y grandes pecados (pues yo no he tenido a quien perdonar ni qué, y cada día tengo de que me perdone) y me dé gracia para que algún día tenga yo algo que poner delante para pedir.

Pues habiendo el buen Jesús enseñádonos una manera

de oración tan subida y pedido por nosotros un ser ángeles en este destierro —si con todas nuestras fuerzas nos esforzamos a que sean con las palabras las obras— en fin, a parecer en algo ser hijos de tal padre y hermanos de tal hermano, sabiendo su Majestad que haciendo —como digo— lo que decimos no dejará el Señor de cumplir lo que le pedimos y traer a nosotros su reino y ayudar con cosas sobrenaturales —que son la oración de quietud y contemplación perfecta y todas las demás mercedes que el Señor hace en élla a nuestras diligencitas—, que todo es poquito lo que podemos procurar y granjear de nuestra parte; mas como sea lo que podemos, es muy cierto ayudarnos el Señor. Porque nos lo pide su hijo y parece una manera de concierto que de nuestra parte hace con su Majestad, como quien dice: «hacé vos ésto, padre mío, y harán éellos estotro». Pues a buen siguro que no falte por su parte —¡oh, oh! —que es muy buen pagador y paga muy sin tasa.

De tal manera podéis, hijas, una vez decir esta oración que, como entienda que no os queda doblez sino que haréis lo que decís, os deje de sola una vez ricas.

No andéis con doblez, que es muy amigo de que no se pretenda tratar con él; pues no podéis salir con éllo, que todo lo sabe; mas tratando con verdad y llaneza, siempre da más de lo que se le pide.

Sabiendo ésto —como digo— nuestro buen maestro y que los que de veras llegasen a esta perfección en el pedir, habían de quedar tan en alto grado con las mercedes que les había de hacer su padre, entendiendo que los que están aquí no temen —ni deben, como dicen—: tienen el mundo debajo de los pies; contento el Señor de él (como por los efectos que hace en sus almas pueden tener grandísima esperanza que lo está), embebidos en aquellos regalos, no querrían acordarse que hay otro mundo ni que tienen contrarios.

¡Oh sabiduría eterna! ¡Oh buen enseñador! Qué gran cosa es, hijas, un maestro sabio, teneroso, que previene a los peligros. Es todo el bien que un alma espiritual puede tener en el mundo; es toda la seguridad; no podría encarecer con palabras lo que ésto importa.

Ansí que, viendo el Señor que era menester desper-

tarlos y acordarles que tienen enemigos y cuán más peligroso es en ellos ir descuidados y que mucha más ayuda han menester del Padre Eterno para no caer ni andar sin entenderse engañados, pide estas peticiones:

E NO NOS TRAYAS, SEÑOR, EN TENTACIÓN; MAS LÍBRANOS
DE MAL. [AMEN].

CAPÍTULO XL

Que trata de la gra[n] necesidad que tenemos de suplicar a el Padre Eterno nos conceda lo que pedimos en estas palabras: Et ne nos inducas in tentationem sed libera nos a malo.

Declara algunas tentaciones. Es de notar

Grandes cosas hay aquí, hermanas, que penséis y que entendáis, pues lo pedís.

Y se entiende que los que llegan a este punto de oración que no pedirán al Señor los quite de trabajos ni que estén libres de tentaciones y persecuciones y peleas (porque éste es otro efeto muy cierto y grande de ser espíritu del Señor y no ilusión), antes los desean y los piden y los aman y en ninguna manera los aborrecen. Son como los soldados que están más contentos cuando hay guerra, porque tienen esperanza de enriquecer; y sino la hay, estánse con su sueldo, mas ven que no pueden medrar mucho.

Creé, hermanas, que los soldados de Cristo —que son los que tratan oración—, no ven la hora que pelear. Nunca temen enemigos públicos; ya los conocen y saben que contra la fuerza que en ellos pone el Señor no tienen fuerza, y que siempre ellos quedan vencedores y con ganancia y ricos. Nunca los vuelven el rostro.

Los que temen, y es razón teman y siempre pidan los libre el Señor de ellos, son unos demonios que hay traidores que se trasfiguran en ángel de luz. Vienen disfrazados; hasta que han hecho mucho daño en el alma, no se dejan conocer —sino que nos andan bebiendo la sangre y acabando las vidas; y andamos en la misma tentación y no lo entendemos.

De éstos, pedí, hijas, y pedí muchas veces en el paternoster que os libre el Señor y que no consienta

que andéis en tentación, que no os trayan engañadas, que se descubra la ponzoña, que no os ascondan la verdad... ¡Oh con cuánta razón nos enseña nuestro buen maestro a pedir ésto, y lo pide por nosotros!

Mirá que de muchas maneras dañan aquí; no penséis que es todo en haceros entender, con daros gustos, que son de Dios —porque éste es el menos daño; antes muchas veces os harán caminar más apriesa y estar más horas en la oración.

Adonde ellos le pueden hacer grande, para nosotros y para los otros, es en hacernos entender que tenemos virtudes no las teniendo. Que ésto es pestilencia: que sin sentirnos, pareciéndonos vamos seguros, damos con nosotros en un hoyo que no podemos salir de él que (aunque no sea de conocido pecado mortal para llevarnos al infierno todas veces) es que nos jarreta las piernas para no andar este camino de que comencé a tratar —que no se me ha olvidado—. Ya véis cómo ha de andar uno, metido en una gran hoyo: allí se le acaba la vida (y harto hará si no ahonda hacia abajo para ir al infierno), mas nunca medra. Ya que ésto no es, ni aprovecha a sí ni a los otros; antes daña, porque como se está el hoyo hecho, muchos que van por el camino pueden caer en él. Si sale y le atapa con tierra, no hace daño a sí ni a los otros. Mas yo os digo que es bien peligrosa esta tentación. Yo sé mucho de esto por experiencia, y así os lo sabré decir; aunque no tan bien como quisiera:

Háceos el demonio entender que sois pobre (y tiene alguna razón, porque habéis prometido pobreza —con la boca se entiende), y aún a otras personas que tienen oración.

Digo con la boca, porque es imposible, que si con el corazón entendiésemos lo que prometimos y lo prometiésemos, que aquí no pudiese traer veinte años y toda nuestra vida el demonio en esta tentación: sí, que veríamos que engañamos al mundo y a nosotros mismos.

Ahora bien, prometida la pobreza, u diciendo el que piensa que es pobre:

—«Yo no quiero nada».

—«Esto tengo porque no puedo pasar sin éllo».

—«En fin, he de vivir para servir a Dios».

—«El quiere que sustentemos estos cuerpos».

Mil diferencias de cosas que el demonio enseña aquí (como ángel, porque todo esto es bueno) y así hácele entender que ya es pobre y tiene esta virtud, que todo está hecho.

Ahora vengamos a la prueba; que ésto no se conocerá de otra manera sino andándole siempre mirando a las manos; y si hay cuidado, muy presto da señal:

Tiene demasiada renta para lo que ha menester (entiéndese lo necesario; y no que si puede pasar con un mozo, traya tres); pónenle un pleito por algo de éllo, u déjale de pagar el pobre labrador. Tanto desasosiego le da y tanto pone en aquélllo, como si sin éllo no pudiera vivir.

Dirá que *porque no se pierda por mal recaudo* —que luego hay una disculpa.

No digo yo que lo deje; sino que lo procure. Si fuere bien, bien; y si no, también. Porque el verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas, que ya que por algunas causa[s] las procura, jamás le inquieta; porque nunca piensa le ha de faltar. Y que le falte, no se le da mucho; tiénelo por cosa accesoria y no principal. Como tiene pensamientos más altos, a fuerza de brazos se ocupa en estotro.

Pues un religioso u religiosa (que ya está averiguado que lo es, al menos que lo ha de ser), no posee nada, porque no lo tiene a las veces; mas si hay quien se lo dé, por maravilla le parece le sobra. Siempre gusta de tener algo guardado (y si puede tener un hábito de fino paño, no le pide de ruin), alguna cosilla que pueda empeñar u vender —aunque sean libros— porque, si viene una enfermedad, ha menester más regalo del ordinario.

—¡Pecadora de mí! ¿Qué? ¿éso es lo que prometiste?

—Descuidar de vos, y dejar a Dios, venga lo que viniere; porque si andáis proveyéndoos para lo porvenir, más sin distraeros tuviérades renta cierta.

Aunque esto se pueda hacer sin pecado, es bien que nos vamos entendiendo estas imperfecciones para ver que nos falta mucho para tener esta virtud y la pidamos a Dios y la procuremos; porque con pensar que la tenemos, estamos descuidados... y engañados que es lo peor.

Ansí nos acaece en la humildad, que nos parece no queremos honra ni se nos da nada de nada. Viene la ocasión de tocaros en un punto; luego, en lo que sentís y hacéis, se entenderá que no sois humilde: porque si algo os viene para más honra, no lo desecháis —ni aun los pobres que hemos dicho —para más provecho (y plega a Dios no lo procuren ellos), y train ya tan en la boca que no quieren nada ni se les da nada de nada, como de hecho de verdad lo piensan. Ansí que aún la costumbre de decirlo les hace más que lo crean.

Luego se parece —como digo, cuando andamos sobre aviso— si es tentación ansí en ésto que he dicho como en todas las más virtudes; porque cuando de veras se tiene una sólida virtud de éstas, todas las tray tras sí; es muy conocida cosa.

CAPÍTULO XLI

Prosigue la misma materia y da avisos de tentaciones algunas de diferentes maneras y pone dos remedios para que se puedan librar de ellas

Pues guardaos, hijas, de unas humildes que pone el demonio, con gran inquietud, de la gravedad de pecados pasados:

—«si merezco llegarme al Sacramento»,

—«si me dispuse bien»,

—«que no soy para vivir entre buenos», cosas de éstas, que viniendo con sosiego y regalo y gusto, como le tray consigo el conocimiento propio, es de estimar; mas si viene con alboroto y inquietud y apretamiento del alma y no poder sosegar el pensamiento, creé que es tentación —y no os tengáis por humildes, que no viene de ahí.

Así es en penitencias desconcertadas, para poner os en el pensamiento que sois más penitentes que los otros y que hacéis algo. Si diciéndoos vuestro confesor u perlado que no lo hagáis, os da pena y tornáis a éllo, es clara la tentación.

Así, como digo, en todas las cosas. En especial ésta no se os olvide:

Pone una siguridad de parecer «que en ninguna manera podré yo tornar a lo que antes», «que ya tengo entendido qué es el mundo». Esta tentación es peor que todas, en especial si es a los principios; porque os hace poner en las ocasiones, y así tornáis a dar de ojos, y ¡plega a Dios que os levantéis de esta caída! Porque como el demoño ve que es el alma que le puede dañar y aprovechar otras, hace todo lo que puede para tener que no se levante.

Pues en los gustos, si el Señor os lleva a contemplación y a daros particular parte de sí y prendas de que os ama, tened aviso en comenzar y acabar con propio conocimiento y de andar temerosa y tratarlo todo con quien os entienda; porque aquí suele él hacer sus saltos en diferentes maneras. Muchos libros hay llenos de estos avisos, y todos no pueden dar entera seguridad; porque no sabemos nosotros entendernos.

Pues ¡Padre Eterno! ¡no nos trayáis en esta tentación! Cosas públicas, con vuestro favor, vengan; mas estas traiciones, ¿quién las entenderá, Dios mío? Siempre hemos menester pedirnos remedio. Decinos, Señor, alguna señal para poder no andar siempre en sobresalto. Ya sabéis que por este camino no van los muchos; y si han de ir con tantos miedos, irán muy menos.

¡Cosa estraña es ésta! ¡cómo si a los que no tienen oración no tentase el demonio!

Y que se espantan más todos de uno que engaña por este camino, que de cien mil que ven ir camino del infierno por otros.

Y a la verdad, tienen razón; porque son tan poquísimos los que engaña el demonio de los que rezaren el paternoster con esta atención, que, como cosa nueva y no usada, se espantan. Que es cosa muy de los mortales pasar fácilmente por lo que ven cada día y espantarse de lo que nunca ha sido; y los mismos demonios los hacen espantar, porque les está a ellos bien, porque pierden mucho por uno que lleva perfección.



CAPÍTULO XLII

Dice cómo procurando siempre andar en amor y temor de Dios iremos siguras entre tantas tentaciones

Y digo que es tan de espantar, que no me maravillo se espanten; porque si no es muy por su culpa, van tan más siguros que los que van por otro camino como los que están en el cadaalso mirando al toro u los que andan puniéndosele en los cuernos. —Esta comparación he oído, y paréceme al pie de la letra.

No hayáis miedo, hermanas, de ir por estos caminos (que muchos hay en la oración, porque unos aprovechan en uno y otros en otro, como he dicho): camino siguro es; más aina os libraréis de la tentación estando cerca del Señor, que no estando lejos.

Suplicásele y pedísele, como lo hacéis tantas veces a el día en el paternoster.

Y tomá este aviso —que no es mío, sino de vuestro maestro—: procurá caminar con amor y temor, y yo os asiguro; el amor os hará apresurar los pasos, el temor os hará ir mirando adónde ponéis los pies para no caer. Con estas dos cosas, a buen siguro que no seáis engañadas.

Diréisme que, ¿en qué veréis que es verdad que tenéis estas dos cosas tan grandes?

—Luego se parece (los ciegos, como dicen, las ven); no son cosas que están secretas. Aunque vos no queráis entender, éllas dan voces; que hace mucho ruido, porque no son muchos los que las tienen y ansí se señalan más. ¡Como quien no dice nada: *amor y temor de Dios!* Son dos castillos fuertes, desde donde se da guerra a el mundo y a los demonios.

Quien de veras ama a Dios, todo lo bueno ama, todo lo bueno quiere, todo lo bueno favorece, todo lo bueno loan, con los buenos se junta —siempre los defiende—, todas las virtudes abraza, no ama sino verdades y cosa que sea dina de amar. ¿Pensáis que quien muy de veras ama a Dios, que ama vanidades —ni puede— ni riquezas ni cosas del mundo ni honras ni tiene contiendas ni anda con envidias? Todo porque no pretende otra cosa sino contentar a el amado. Anda muriendo porque la quiera, y así pone la vida en entender cómo le agrada-rá más.

—¿Asconderse?

—¡U, que es imposible!

Sino, mirá un San Pablo, una Madalena: en tres días el uno comenzó a entenderse que estaba enfermo de amor; y la Madalena en uno, ¡y cuán bien entendido! Porque ésto tiene, que hay más u menos; y así se da a entender, como la fuerza que tiene el amor: si es poco, dáse a entender poco; y si mucho, mucho.

Mas en ésto que ahora hablamos (que es de los engaños y ilusiones que hace el demonio a los que suben a contemplación perfeta y a cosas altas), no hay poco; siempre es el amor mucho, y así se da a entender mucho y de muchas maneras. Es el fuego grande; forzado ha de dar gran resplandor.

Y si ésto no hay, anden con gran recelo, y crean que tienen bien que temer. Procuren entender qué es, hagan oraciones, anden con humildad, supliquen al Señor no los traya en tentación; que cierto, que a no haber esta señal, que andan en élla.

Mas andando con humildad y procurando saber la verdad, sujetas a confesor, fiel es el Señor: creé, que si no andáis con malicia y no sentís soberbia, que con lo que el demonio os pensare dar la muerte, os dará la vida. Sujetas a lo que tiene la ilesia, no hay que temer; aunque más cocos quiera hacer y ilusiones, luego dará señal.

Mas si sentís este amor de Dios que tengo dicho y el temor que os diré, andad alegres y quietas; que por hacer turbar el alma para que no goce tan grandes bienes, os porná el demonio mil temores falsos, y hará que otros os lo pongan. Porque ya que no puede ganaros,

al menos procura que perdáis algo y que pierdan los que pudieran ganar mucho creyendo que es Dios el que hace tan grandes mercedes a una criatura tan ruin.

¿Pensáis, hijas, que poco le importa al demonio poner en esto duda?

—Muy mucho gana, porque hace dos daños muy conocidos, sin otros: el uno que pone temor de llegarse a la oración, pensando han de ser también engañados; el otro quita a muchos de llegarse más a Dios. Que creyendo que es tan bueno, que a una persona ruin tanto se comunica, a muchos les parece que así hará a ellos; y tienen razón, y aun yo conozco a algunos que han salido verdaderos y en muy poco tiempo les ha hecho Dios grandes mercedes.

Así que, hermanas, cuando en vosotras entendierdes este amor en alguna, alabad a Dios por élla y dadle las gracias.

Y no por éso penséis que está segura, antes la ayudad con más oración; porque naide lo puede estar mientras vive y anda engolfado en los peligros de la mar, navegando por élla.

Que, como digo, luego se conoce adonde está. Pues no se puede encubrir si se ama un hombrecillo, u una mujercilla, sino que mientras más lo encubren parece más se descubre (con no tener qué amar sino un gusano, ni merece nombre de amor porque se funda en nonada, y es asco poner esta comparación), ¿y habíase de poder encubrir un amor tan fuerte como el de Dios, fundado sobre tal cimiento, tiniendo tanto qué amar y tantas causas porque amar? En fin, es amor y merece este nombre, que hurtado se le deben tener acá las vanidades del mundo.

¡Oh, válame Dios! ¡qué cosa tan diferente debe ser el un amor del otro a quien lo ha probado! Plega a su Majestad nos le dé a probar antes que nos saque de esta vida; porque será gran cosa a la hora de la muerte —que vamos donde no sabemos— haber amado sobre todas las cosas, y con pasión de amor que nos saque de nosotras, al Señor que nos ha de juzgar; seguros podremos ir con el pleito de nuestras deudas. No será ir a tierra estraña, sino a propia; pues es a la de quien tanto amamos. Que éso tiene mejor, con todo lo demás,

que los quereres de acá: que en amándole, estamos bien seguras que nos ama.

¡Oh hijas mías! acordaos aquí de la ganancia que tray este amor consigo, y de la pérdida no le tener, que nos pone en manos del tentador, en manos tan crueles, manos tan enemigas de todo bien y tan amigas de todo mal.

¿Qué será de la pobre alma, que acabada de salir de tales dolores y trabajos como son los de la muerte, cay luego en éllas? Negro descanso le viene, negro; despedazada irá al infierno. ¡Qué multitud de serpientes de diferentes maneras! ¡qué temeroso lugar! ¡qué desventurado hospedaje! Pues para una noche, una mala posada no hay quien la sufra si es personas regaladas (que son los que más deben de ir allá), pues posada de para siempre siempre, para sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma?

Que no queramos regalos, hijas; bien estamos aquí; todo es una noche de mala posada. Alabemos a Dios, y siempre cuidado de suplicarle nos tenga de su mano —y a todos los pecadores— y no nos traya en estas ocultas tentaciones.

CAPÍTULO XLIII

Que habla del temor de Dios y cómo nos hemos de guardar de pecados veniales

¡Cómo me he alargado!

—Pues no tanto como quisiera; porque hablar en amor de Dios es cosa sabrosa. ¿Qué será tenerle?

—¡Oh, Señor mío, dádmele vos! No vaya yo de esta vida hasta que no quiera cosa de ella ni sepa qué cosa es amar fuera de vos ni acierte a poner este nombre en nadie, pues todo es falso—, pues lo es el cimiento, y así no dura el edificio.

No sé porqué nos espantamos, cuando oyo decir:

—«Aquel me pagó mal».

—«Estotro no me quiere».

—Yo me río entre mí: ¿qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer?

En esto veréis quién es el mundo, que vuestro mesmo amor os da después el castigo. Y éso es lo que os deshace; porque siente mucho la voluntad de que le hayáis traído embebida en juego de niños.

Ahora vengamos a el temor, aunque se me hace de mal no hablar en este amor de mundo un rato; porque le conozco bien —por mis pecados— y quisiérais le dar a conocer porque os librárades dél para siempre. Mas porque salgo de propósito, lo habré de dejar.

El temor de Dios es cosa también muy conocida de quien le tiene y de los que están alrededor. Aunque se entienda aquí que a los principios no está en todos tan crecido que tanto se conozca, vase aumentando el valor (aunque algunas personas —como he dicho— da el Señor tan en breve tanto y las sube a tan altas cosas de oración, que desde luego se entiende bien). Mas

adonde no van las mercedes en este crecimiento —que, como he dicho, en una llegada deja a un alma rica de todas las virtudes— vanse criando poco a poco.

Mas el temor de Dios y amor siempre se aventaja en descubrirse más, porque luego se aparta de pecados y de las ocasiones y de las malas compañías; y se ven otras señales.

Mas cuando está el alma en el crecimiento en la oración que ahora hablamos, el temor de Dios no anda en desimulación sino muy conocido. Porque en lo esterior, no la verán andar descuidada, sino que, aunque la miren con mucho cuidado, la tiene Dios de manera que ven claro la gran cuenta que tray con no ofenderle; porque si gran interese se le siguiese, no hará de advertencia un pecado venial. De los mortales teme como del fuego.

Y éstas son las ilusiones que yo querría temiédeses mucho, hijas mías, y supliquées siempre a Dios no sea tan recia la tentación que le ofendáis (que con limpia conciencia poco daño, u ninguno, os puede hacer; todo le tornará a hacer más perdidoso); ésto es lo que hace al caso.

Este temor es el que yo querría nunca se quite de vuestra alma; que él es el que os ha de valer.

¡Oh!, que es gran cosa no tener ofendido al Señor, para que los siervos u esclavos infernales —que todos le han de servir, mal que les pese, sino que ellos es por fuerza y nosotros de toda nuestra voluntad— así que tiniéndole a él contento ellos estarán a raya; no harán cosa, como digo, que no nos saque con más provecho.

En lo interior tené esta cuenta: hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíades mil vidas por no hacer un pecado venial y os dejaríades perseguir de todo el mundo (ésto que veáis es con determinada consideración) —digo de advertencia, que desotra suerte ¿quién estará sin hacer muchos?

Mas hay una advertencia muy pensada; otra tan de presto, que hasta que está hecha una culpilla, hasta que se hizo, parece no se entendió; aunque en alguna manera se entiende.

Mas pecado, por chico que sea, que se entiende muy de advertencia que se hace ¡Dios nos libre de él! Yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento, como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa (cuantimás que no hay poco siendo contra una tan gran majestad) viendo que nos está mirando; que esto me parece a mí es pecado sobrepensado, como quien dice: *Señor, aunque os pese haré ésto. Que ya veo que lo véis y sé que no lo queréis, y lo entiendo; mas quiero yo más seguir mi antojo que vuestra voluntad.* Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece; sino mucho y muy mucho.

Por amor de Dios, hijas, que nunca os descuidéis en ésto, como ahora —gloria sea al Señor— lo hacéis. Mirá que va mucho en la costumbre y en comenzar a entender qué cosa es ofensa de Dios y cuán grave cosa. Procurá mucho saberlo y tratarlo en vuestros pensamientos, para que váis arraigando en vuestros corazones un muy entero temor de Dios.

Ansí que hasta que el alma entienda en sí que le tiene, ha menester andar con mucho mucho cuidado, y apartarse de todas las ocasiones y compañías que no la ayuden a llegarlas más a Dios. Tener gran cuenta con todo lo que hace que doble en éllo la voluntad, con lo que dice que vaya con edificación; huir de donde hubiere pláticas que no sean de Dios.

Ha menester mucho para arraigar en sí este temor de Dios; aunque si de veras hay amor, presto se le da su Majestad.

Mas en teniendo el alma visto con gran determinación en sí, que —como he dicho— por cosa criada ni por miedo de mil muertes no haría un pecado venial (aunque le hiciese después, porque somos flacos y no hay que fiar de nosotros; cuando más determinados, menos confiados de nuestra parte; que donde ha de venir la confianza ha de ser de la de Dios) cuando ésto que he dicho entendamos de nosotros, no es menester andar tan encogidos ni apretados —que el Señor y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle—; sino andar con una santa libertad tratando con las personas que se ofreciere, y con las distraídas mejor —porque ya no os harán daño, aborrecido el pecado, antes ayudan a llevar

más adelante la buena determinación; porque ven la diferencia que hay de lo uno a lo otro.

Y si el alma se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno.

A las veces da en ser escrupulosa; y véisla inhabilitada para sí y para las otras.

Y cuando no, es buena para sí; mas no llegará muchas almas a Dios, como ven tanto encogimiento y apretura.

Es tal nuestro natural, que luego ahoga; y por no nos ver en aquel apretamiento, quítasenos la gana de llegarnos tan particularmente a el camino de la virtud.

Y viene otro daño de aquí, que es juzgar a los otros que no van por aquel camino (sino con más santidad, por aprovechar el prójimo, tratan sin esos encogimientos), luego nos parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa, nos parecerá disolución, en especial si es como en vosotras que no tenéis letras ni sabéis bien lo que se puede hacer sin pecado. Es muy peligrosa cosa y un andar en tentación continua y muy de mala desistión, porque es en perjuicio del prójimo. Y pensar que si no van todos por vuestro camino de encogimiento, no van tan bien, es malísimo.

Y hay otro daño: que en algunas cosas que habéis de hablar y será razón habléis, por miedo de no ofender a Dios no osaréis sino decir bien de lo que sería muy bien abominásedes.

Ansí que, hermanas, procurá entender de Dios en verdad y que no mira tantas menudencias como vosotras pensáis y no dejéis que se os encocja el alma y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes.

La intención reta y la voluntad determinada —como tengo dicho— de no ofender a Dios, no dejéis arrinconar vuestra alma; que en lugar de procurar santidad, sacará otras muchas más imperfecciones que el demonio le porná por otras vías, y —como digo— no aprovechará a sí ni a nadie.

Véis aquí cómo con estas dos cosas de amor y de temor de Dios podéis ir con quietud por este camino y no pareciendo que veis a cada paso el hoyo adonde caer, que nunca acabaréis de llegar.

Mas porque aun ésto no se puede saber cierto si es verdad que tenemos estas dos cosas como son bien menester, habiéndonos el Señor lástima de que vivimos en vida tan incierta y entre tantas tentaciones y peligros, dice bien su Majestad, enseñándonos que pidamos y él lo pide para sí:

MAS LÍBRANOS DE MAL. AMÉN.

CAPÍTULO XLIV

*En que trata de estas postreras palabras del
paternoster: Sed libera nos a malo, amén,
mas líbranos de mal, amén*

Digo que lo pide para sí, porque bien se ve cuán cansado estaba de esta vida cuando dijo en la cena a sus apóstoles *que con deseo había deseado aquella cena*, que era ya la postrera de su vida. Por donde se entiende cuán cansado debía ya estar de vivir.

Y ahora no se cansarán los que han cien años, sino con deseo siempre de estar en esta vida.

A la verdad, no la pasamos tan trabajosa y pobremente como el buen Jesús. ¿Qué fué toda su vida sino una cruz? siempre delante de los ojos nuestra ingratitud y ver tantas ofensas como se hacían a su padre, y tantas almas como se perdían. Pues si acá una que tenga alguna caridad, le es gran tormento ver ésto, ¿qué sería en la caridad de este Señor?

¡Y qué razón tenía de suplicar al padre que le librase ya de tantos males y trabajos y le pusiese en descanso para siempre!

Que el *amén* entiendo yo, que como parece con él se acaban todas las cosas y razones, que así pide el Señor seamos libres de todo mal para siempre.

Escusado es, hermanas, pensar que mientras vivimos podemos estar libres de muchas tentaciones y imperfecciones y aun pecados, pues se dice que quien pensare está sin pecado se engaña —y es así. Pues si echamos a males del cuerpo y trabajos, ¿quién está sin muy muchos de muchas maneras? Ni es bien pidamos estarlo.

Pues entendamos qué pediremos aquí, pues este decir: *de todo mal*, parece imposible: u de cuerpo —como he dicho— u de imperfecciones y faltas en el servicio de Dios. De los santos no digo nada; todo lo podrán en Cristo, como decía san Pablo. Mas los pecadores como yo, que me veo rodeada de flojedad y tibieza y poca mortificación y otras muchas cosas, veo que me cumple pedir al Señor remedio.

Vosotras, hijas, pedí como os pareciere; yo no le hallo viviendo; y ansí pido al Señor que me libre de todo mal para siempre. ¿Qué bien hallamos en esta vida, hermanas, pues carecemos de tanto bien, y estamos ausentes de él?

Líbrame, Señor, de esta sombra de muerte, líbrame de tantos trabajos, líbrame de tantos dolores, líbrame de tantas mudanzas, de tantos cumplimientos como forzado hemos de tener los que vivimos, de tantas tantas cosas que me cansan y fatigan, que cansaría a quien ésto leyese si las dijese todas.

No hay ya quien sufra vivir. Debe de venirme este cansancio de haber tan mal vivido y de ver que aún lo que vivo ahora no es como he de vivir, pues tanto debo.

¡Oh, señor mío, líbrame ya de todo mal, y sed servido de llevarme adonde están todos los bienes!

¿Qué esperamos aquí los que tenemos algún conocimiento de lo que es el mundo por experiencia y los que tenemos alguna fe de lo que el Padre Eterno nos tiene guardado? Pu[e]s su hijo lo pide y enseña que pidamos, créé que no nos está bien vivir sino que deseemos estar libres de todo mal.

Este pedir ésto con todo deseo y determinación, es grandísimo efeto para ser la contemplación verdadera y ser Dios el que llega a el alma [a] sí; porque como participa de entender algo de sus grandezas, querría ya verlas del todo. No querría estar en vida que tantos embarazos hay para gozar de tanto bien. Desea estar adonde no se le ponga el sol de justicia; hacésele todo oscuro cuanto después acá ve. Y de cómo viven un hora me espantó; no la debe vivir con contento; ¡bonico es el mundo para gustar dél quien ha comenzado a gozar de

Dios, y le han dado ya acá su reino y no ha de vivir por su voluntad sino por la del rey!

¡Oh, cuán otra vida es ésta para no desear la muerte! ¡Cuán diferentemente se inclina la voluntad de Dios a la nuestra! Ella desea la verdad, la nuestra la mentira; desea lo eterno, acá lo que se acaba; desea cosas grandes y subidas, acá bajas y de tierra; desea todo lo seguro, acá todo lo dudoso.

Qué es burla, hijas, sino suplicar a Dios nos libre para siempre de todo mal.

Ya que no vamos en el deseo con tanta perfección, esforcémonos a pedir la petición. ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos a poderoso? Vergüenza sería pedir a un gran emperador un maravedí. Y para que acirtemos, dejemos a su voluntad el dar, pues ya le tenemos dada la nuestra; y sea para siempre santificado su nombre en los cielos y en la tierra, y en mí sea hecha su voluntad. Amén.

Veis aquí, amigas, cómo es el rezar vocalmente con perfección: mirando y entendiendo a quién se pide y quién pide y qué es lo que se pide.

Cuando os dijeren no es bien tengáis otra oración sino vocal, no os desconsoléis; leé ésto muy bien, y lo que no entendierdes de oración, suplicá a Dios os lo dé a entender. Que rezar vocalmente no os lo puede quitar nadie; no rezar el paternoster de corrida y sin entenderos, tampoco.

Si os lo quitaren alguna persona u os lo aconsejare, no lo creáis; creé que es falso profeta, y mirá que en estos tiempos no avéis de creer a todos —que (aunque de los que ahora os pueden aconsejar no hay que temer), no sabemos lo que está por venir.

También pensé deciros algo de cómo avéis de rezar el avemaría; mas heme alargado tanto, que se quedará. Y basta haber entendido cómo se rezará bien el paternoster para todas las oraciones vocales que hubierdes de rezar.

Ahora tornemos a acabar de concluir el camino que comencé a tratar; porque el Señor me parece me ha quitado de trabajo con enseñar a vosotras y a mí lo

que hemos de pedir en esta oración —¡sea bendito por siempre!—, que es cierto que jamás vino a mi pensamiento que había tan gran secreto en esta oración evangélica que así encerrase en sí todo el camino espiritual, desde el principio hasta engolfarlos Dios y darlos abundantemente a beber en la fuente de agua viva de que hablamos. Y es así que, salida de élla —digo de esta oración— no sé ya más ir adelante.

Parece ha querido el Señor entendamos, hermanas, la gran consolación que aquí está encerrada y que, cuando nos quitaen libros, no nos pueden quitar este libro que es dicho por la boca de la misma verdad que no puede errar.

Y pues tantas veces —como he dicho—, la decimos al día el paternoster, regalémonos con él y procuremos deprender de tan excelente maestro la humildad con que ora y todas las demás partes que quedan dichas.

Su Majestad me perdone, que me he atrevido a hablar en cosas tan altas. Bien sabe que no me atreviera yo, ni mi entendimiento es capaz para éllo, si su Majestad no me las pusiera delante.

Pues, hermanas, ya parece no quiere diga más (porque no sé qué, aunque pensé ir adelante), pues el Señor os ha enseñado el camino y a mí que en el libro pusiese —que he dicho está escrito— cómo se han de haber llegadas a esta fuente de agua viva y qué siente allá el alma y cómo la harta Dios y la quita la sed de las cosas de acá y la hace que crezca en las cosas del servicio de Dios; que para las que hubieren llegado a élla, será de gran provecho y les dará mucha luz.

Procuradle, que el padre fray Domingo Bañes, presentado de la orden de santo Domingo (que, como he dicho, es mi confesor, y es a quien daré éste), le tiene.

Si éste va para que le veáis y os le da, también os dará el otro. Si no, tomá mi voluntad, que con la obra he obedecido lo que me mandastes. Que yo me doy por bien pagada del trabajo que he tenido en escribir —que no por cierto en pensar lo que había de decir— en lo que el Señor me ha dado a entender de los secretos

de esta oración evangelical, que me ha sido gran consuelo.

Sea bendito y alabado sin fin. Amén Jesús.

APÉNDICE

En lo que trataba de oración de quietud, dejé de decir esto: Que acaece mucho estar el alma en verdadera quietud, y el entendimiento tan remontado, que parece no es en su casa aquéello que pasa. Y a en verdad, así me parece acaece entonces; que no está sino como en casa ajena por huésped y buscando otras posadas adonde estar; que aquélla no le contenta, porque sabe poco estar en un ser.

No deben de ser así otros. Conmigo hablo, que algunas veces me deseo morir, de que no puedo remediar ésto.

Otras parece hace asiento en su casa, y se está con la voluntad; que si entramos se conciertan, es una gloria.

Es como dos casados, si lo son bien y se aman, y el uno quiere lo que el otro. Mas si uno es mal casado, ya ven el desasosiego que da a su mujer.

Así que la voluntad, cuando se ve en esta quietud —y nótese mucho este aviso que importa—, no haga caso dél más que de un loco; porque si le quiere traer consigo forzado se ha de ocupar y inquietar algo, y —en este punto de oración— todo será trabajar y no ganar más, sino perde[r] lo que le da el Señor sin ninguno suyo.

Y advertí mucho a esta comparación que me puso el Señor estando en esta oración, y cuádrame mucho: Está el alma como un niño que aun mama, cuando está a los pechos de su madre y élla, sin que él paladee, échale la leche en la boca por regalarle. Así es acá, que, sin trabajo del entendimiento, se le pone el Señor en el alma y quiere que entienda está allí y que trague la leche que le da y esté entendiendo que se lo da, y amando.

Si va a pelear para dar parte al entendimiento y traerle consigo, no puede a todo. Forzado dejará caer la leche de la boca. Y pierde aquel mantenimiento divino.

En ésto diferencia esta oración de unión, como en otras cosas: que acullá aun este tragar no hace el alma. Dentro de sí, sin entender cómo, la pone el Señor el mantenimiento.

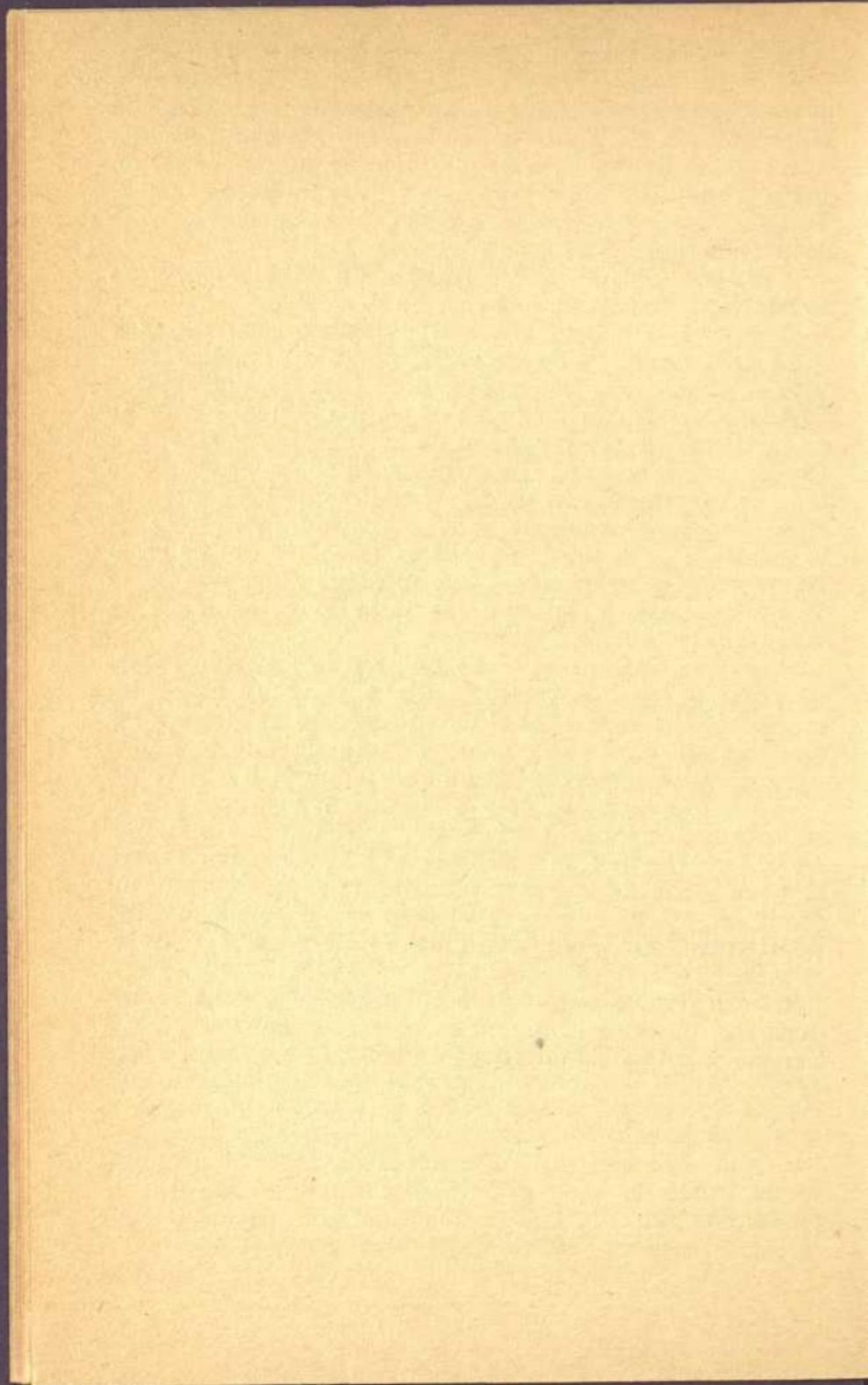
Aquí aun parece quiere trabaje un poquito; aunque es con tanto descanso, que casi no se siente.

Quien tuviere esta oración, entenderá claro lo que digo, si lo mira con advertencia, después de haber leído esto —y mire que importa—. Sino parece algarabía.

Así que, si sintiendo en sí esta oración —que es un contento quieto y grande de la voluntad y sosegado sin saberse determinar de qué es señaladamente, aunque bien se determina que es diferentísimo de los contenidos de acá y que no bastaría señorear el mundo ni los contenidos de él para sentir aquella satisfacción que es en lo interior de la voluntad—, que estotros contentos de la vida paréceme a mí que los goza lo exterior de la voluntad, la corteza digamos.

Digo que cuando se viere en este tan subido grado de oración (que es como he dicho ya, muy conocida-mente sobrenatural), si el entendimiento se fuere a los mayores desatinos del mundo, riase de éllo y déjele para necio y estése en su quietud; que él irá y verná —que aquí es ya señora y poderosa la voluntad— élla se le trairá sin hacer vos nada. Y si queréis a fuerza de brazos, perdéis la fortaleza que tenéis para contra él (que viene de comer y admitir aquel divino sustentamiento), y ni el uno ni el otro ganaréis nada. Sino podríamos decir, que quien mucho quiere apretar junto, lo pierde todo.

La experiencia dará esto a entender. Que para entenderlo sin que nos lo digan, es menester mucha, y para hacerlo y entenderlo después de leído, es menester poca.



INDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 650 Primeros Volúmenes

- ABRANTES, DUQUESA DE**
495-Portugal a principios del siglo XIX.
- AIMARD, G.**
276-Los tramperos del Arkansas. *
- ALARCÓN, PEDRO A. DE**
37-El Capitán Veneno. - El sombrero de tres picos.
428-El escándalo. *
473-El final de Norma.
- ALONSO, DÁMASO**
595-Hijos de la ira.
- ALTAMIRANO, IGNACIO M.**
108-El Zarco.
- ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.**
124-Puebla de las mujeres. - El genio alegre.
321-Malvaloca. - Doña Clarines.
- ANÓNIMO**
5-Poema del Cid. *
59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes.
357-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe.
359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís. *
374-La historia del rey Canamur y del infante Turián, su hijo. - La destrucción de Jerusalem.
396-La vida de Estebanillo González. *
416-El conde Partinuplés. - Roberto el Diablo. - Clamades y Clarmonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
- ARAGO, F.**
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi juventud.
- ARCIPRESTE DE HITA**
98-Libro de buen amor.
- ARÈNE, PAUL**
205-La Cebra de Oro.
- ARISTÓTELES**
239-La Política. *
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.) *
318-Moral, a Nicómaco. *
399-Metafísica. *
- ARRIETA, RAFAEL ALBERTO**
291-Antología.
406-Centuria portefaía.
- ASSOLLANT, ALFREDO**
386-Aventuras del capitán Corcoran. *
- AUNÓS, EDUARDO**
275-Estampas de ciudades. *
- AVELLANEDA FERNÁNDEZ DE, ALONSO**
603-El Quijote. *
- AZORÍN**
36-Lecturas españolas.
47-Trasuntos de España.
67-Españoles en París.
- 153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.
226-Visión de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho.
420-Los dos Luíses y otros ensayos.
461-Blanco en azul.
475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-María Fontán.
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito.
- BALMES, J.**
35-Cartas a un escéptico en materia de religión. *
71-El criterio. *
- BALZAC, H. DE**
77-Los pequeños burgueses.
- BALLANTYNE, ROBERTO M.**
259-La Isla de coral.
517-Los mercaderes de pieles. *
- BAROJA, PIO**
177-La leyenda de Jaun de Alzate.
206-Las inquietudes de Shanti Andía. *
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo. *
288-Las veleidades de la fortuna.
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es así.
346-Zalacaín el aventurero.
365-La casa de Alzgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.
398-La feria de los discretos. *
445-Los últimos románticos.
471-Las tragedias grotescas.
605-El laberinto de las sirenas. *
620-Paradox, rey. *
- BASHKIRTSEFF, MARÍA**
165-Diario de mi vida.
- BAYO, CIRO**
544-Lazarillo español. *
- BÉCQUER, GUSTAVO A.**
3-Rimas y leyendas.
- BENAVENTE, JACINTO**
34-Los intereses creados. - Señora ama.
84-La Malquerida. - La noche del sábado.
94-Cartas de mujeres.
305-La fuerza bruta. - Lo cursi.
387-Al fin, mujer. - La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras. - Al natural.
550-Rosas de otoño y Pepa Doncel.
- BERCEO, GONZALO DE**
344-Vida de Sancto Domingo de Silos.
Vida de Sancta Oria, virgen.

BERDIAEFF, N.

26-El cristianismo y el problema del comunismo.

61-El cristianismo y la lucha de clases.

BERGERAC, CYRANO DE

287-Viaje a la Luna. - Historia cómica, de los Estados e Imperios del Sol.*

BERNARDEZ, FRANCISCO LUIS

610-Antología poética.*

BLASCO IBÁÑEZ, VICENTE

341-Sangre y arena.*

351-La barraca.

361-Arroz y tartana.*

390-Cuentos valencianos.

410-Cañas y barro.*

508-Entre naranjos.*

581-La condenada. - Otros cuentos.

BOECIO, SEVERINO

394-La consolación de la filosofía.

BOSSUET

564-Oraciones fúnebres.*

BOUGAINVILLE, L. A. DE

349-Viaje alrededor del mundo.*

BUTLER, SAMUEL

285-Erewhon.*

BYRON, LORD

111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazeppa.

CALDERÓN DE LA BARCA

39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño.*

289-Casa con dos puertas mala es de guardar. - El mágico prodigioso.

384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.

496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.

593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra.*

CAMBA, JULIO

22-Londres.

269-La ciudad automática.

293-Aventuras de una peseta.

343-La casa de Lúculo.

CAMPOAMOR, R. DE

238-Doloras. - Cantares. - Los pequeños poemas.

CANCELA, ARTURO

423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.

CANÉ, MIGUEL

255-Juvenilia y otras páginas argentinas.

CAPDEVILA, ARTURO

97-Córdoba del recuerdo.

222-Las invasiones inglesas.

352-Primera antología de mis versos.*

506-Tierra mía.

607-Rubén Darío.

CARLYLE, TOMAS

472-Los primitivos reyes de Noruega.

CASARES, JULIO

469-Crítica profana.*

CASTELO BRANCO, CAMILO

582-Amor de perdición.*

CASTIGLIONE, BALTASAR

549-El cortesano.*

CASTRO, GUILLÉN DE

583-Las mocedades del Cid.*

CASTRO, ROSALÍA

243-Obra poética.

CERVANTES, M. DE

29-Novelas ejemplares.*

150-Don Quijote de la Mancha.*

567-Novelas ejemplares.*

CÉSAR, JULIO

121-Comentarios de la Guerra de las Gallas.*

CICERÓN

339-Los oficios.

CIEZA DE LEÓN, P. DE

507-La crónica del Perú.*

CLARÍN (LEOPOLDO ALAS)

444-¡Adiós, «Corderax! y otros cuentos.

COLOMA, P. LUIS

413-Pequeñeces.*

421-Jeromín.*

435-La reina mártir.*

COLÓN, CRISTÓBAL

633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento.*

CONCOLCORVO

609 El lazarillo de ciegos caminantes.*

CONDAMINE, C. MARÍA DE LA

268-Viaje a la América meridional.

CORTÉS, HERNÁN

547-Cartas de relación de la conquista de Méjico.*

COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE

490-Los toros en la poesía.

COSSÍO, MANUEL B.

500-El Greco.*

CROCE, B.

41-Breviario de estética.

CROWTHER, J. G.

497-Humphry Davy, Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).

509-J. Prescott Joule, W. Thomson, J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).*

518-T. Alva Edison, J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).

540-Benjamín Franklin, J. Willard Gibbs. (Hombres de ciencia norteamericanos.)*

CRUZ, SOR JUANA INÉS DE LA

12-Obras escogidas.

CURIE, EVA

451-La vida heroica de María Curie.*

CHATEAUBRIAND, F.

50-Atala. - René. - El último Abencerraje.

CHEJOV, ANTÓN P.

245-El jardín de los cerezos.

279-La cerilla sueca.

348-Historia de mi vida.

418-Historia de una anguila.

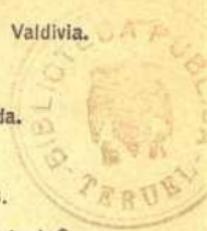
CHESTERTON, GILBERT K.

20-Santo Tomás de Aquino.

125-La Esfera y la Cruz.*

170-Las paradojas de Mr. Pond.

- 523-Charlas. *
- 535-El hombre que fué Jueves. *
- 546-Ortodoxia. *
- 580-El candor del padre Brown. *
- 598-Pequeña historia de Inglaterra. *
- 625-Alarmas y digresiones.
- 637-Enormes minucias. *
- CHMELEV, IVÁN**
95-El camarero.
- DANA, R. E.**
429-Dos años al pie del mástil.
- DARÍO, RUBÉN**
19-Azul. . .
118-Cantos de vida y esperanza.
282-Poema del otoño.
404-Prosas profanas.
516-El canto errante.
- DAVALOS, JUAN CARLOS**
617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
- DELEDDA, GRAZIA**
571-Cósima.
- DELFINO, AUGUSTO MARIO**
463-Fin de siglo.
- DELGADO, JOSÉ MARÍA**
563-José María. *
- DEMAISON, ANDRÉ**
262-El libro de los animales llamados salvajes.
- DESCARTES**
6-Discurso del método.
- DÍAZ DE GUZMÁN, RUY**
519-La Argentina. *
- DÍAZ-PLAJA, GUILLERMO**
297-Hacia un concepto de la literatura española.
- DICKENS, C.**
13-El grillo del hogar.
- DIEGO, GERARDO**
219-Primera antología de sus versos.
- DONOSO, ARMANDO**
376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos.)
- D'ORS, EUGENIO**
465-El Valle de Josafat.
- DOSTOYEVSKI, F.**
167-Stepántchikov.
267-El jugador.
322-Noches blancas. - El diario de Raskólnikov.
- ECHAGUE, JUAN PABLO**
453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
- ERCKMANN-CHATRIAN**
486-Cuentos de orillas del Rin.
- ESPINA, A.**
174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.
290-Ganivet. El hombre y la obra.
- ESPINOSA, AURELIO M.**
585-Cuentos populares de España. *
- ESPINOSA, AURELIO M. (h)**
645-Cuentos populares de Castilla.
- ESQUILO**
224-La Orestíada. - Prometeo encadenado.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.**
188-Escenas andaluzas.
- EURÍPIDES**
432-Alcesteis. - Las Bacantes. - El cíclope.
623-Electra. - Ifigenia en Táuride. - Las Troyanas.
- EYZAGUIRRE, JAIME**
641-Ventura de Pedro de Valdivia.
- FAULKNER, W.**
493-Santuario. *
- FERNÁN CABALLERO**
56-La familia de Alvareda.
364-La Gaviota. *
- FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W.**
145-Las gafas del diablo.
225-La novela número 13.
263-Las siete columnas.
284-El secreto de Barba Azul. *
- 325-El hombre que compró un automóvil.
- FERNÁNDEZ MORENO, B.**
204-Antología 1915-1945. *
- FRANKLIN, B.**
171-El libro del hombre de bien.
- FULÖP MILLER, RENÉ**
548-Tres episodios de una vida.
- GÁLVEZ, MANUEL**
355-El Gaucho de Los Cerrillos.
433-El mal metafísico. *
- GALLEGOS, RÓMULO**
168-Doña Bárbara. *
192-Cantaclaro. *
213-Canaima. *
244-Reinaldo Solar. *
307-Pobre negro. *
338-La trepadora. *
425-Sobre la misma tierra. *
- GANIVET, A.**
126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.
139-Idearium español. - El porvenir de España.
- GARCÍA GÓMEZ, E.**
162-Poemas arábigoandaluces.
513-Cinco poetas musulmanes. *
- GARCÍA Y BELLIDO, A.**
515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon. *
- GÉRARD, JULIO**
367-El matador de leones.
- GIL, MARTÍN**
447-Una novena en la sierra.
- GOETHE, J. W.**
60-Las afinidades electivas. *
449-Las cuitas de Werther.
608-Fausto.
- GOGOL**
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.**
498-Antología (poesías y cartas amorosas).
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.**
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías 1940-45.
308-Los muertos, las muertas y otras fantasmagorías.
427-Don Ramón Marfá del Valle-Inclán. *



- GOMPERTZ, MAURICE**
529-La panera de Egipto.
- GÓNGORA, L. DE**
75-Antología.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, E.**
333-Antología poética.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, L.**
494-México Viejo y anecdótico.
- GOSS, MADELEINE**
587-Sinfonía inconclusa.*
- GRACIÁN, BALTASAR**
49-El héroe. - El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio.*
400-El crítico.*
- GRANADA, FRAY LUIS DE**
642-Introducción del símbolo de la fe.*
- GUEVARA, ANTONIO DE**
242-Epístolas familiares.
- GUINNARD, A.**
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
- HARDY, T.**
25-La bien amada.
- HEARN, LAFCADIO**
217-Kwaidan.
- HEBBEL, C. F.**
569-Los Nibelungos.
- HEGEL**
594-De lo bello y sus formas.*
- HEINE, E.**
184-Noches florentinas.
- HERCZEG, F.**
66-La familia Gyurkovics.*
- HERNÁNDEZ, J.**
8-Martín Fierro.
- HESSEN, J.**
107-Teoría del conocimiento.
- HORACIO**
643-Odas.
- HUARTE, JUAN**
599-Examen de ingenios.*
- HUDSON, G. E.**
182-El Ombú y otros cuentos rioplatenses.
- HUGO, VÍCTOR**
619-Hernani. - El rey se divierte.
- IBARBOUROU, JUANA DE**
265-Poemas.
- IBSEN, H.**
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
- INSÚA, A.**
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca.*
323-La sombra de Peter Wald.*
- IRVING, WASHINGTON**
186-Cuentos de la Alhambra.
476-La vida de Mahoma.*
- ISÓCRATES**
412-Discursos histórico-políticos.
- JAMESON, EGON**
93-De la nada a millonarios.
- JAMMES, F.**
9-Rosario al Sol.
- JENOFONTE**
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
- JUNCO, A.**
159-Sangre de Hispania.
- KANT**
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.
- KELLER, GOTTFRIED**
383-Los tres honrados peñeros y otras novelas.
- KEYSERLING, CONDE DE**
92-La vida íntima.
- KIERKEGAARD, SÖREN**
158-El concepto de la angustia.
- KINGSTON, W. H. G.**
375-A lo largo del Amazonas.*
474-Salvado del mar.*
- KIRKPATRICK, F. A.**
130-Los conquistadores españoles.*
- KOTZEBUE, AUGUSTO DE**
572-De Berlín a París en 1804.*
- KSCHEMISYARA**
215-La ira de Caúsica.
- LABIN, EDOUARD**
575-La liberación de la energía atómica.
- LARBAUD, VALÉRY**
40-Fermína Márquez.
- LARRA, MARIANO JOSÉ DE**
306-Artículos de costumbres.
- LARRETA, ENRIQUE**
74-La gloria de don Ramiro.*
85-«Zogoibí».
- 247-Santa María del Buen Aire. - Tiempos iluminados.
382-La calle de la vida y de la muerte.
411-Tenía que suceder. - Las dos fundaciones de Buenos Aires.
438-El linera. - Pasión de Roma.
510-La que buscaba Don Juan. - Artemis. - Discursos.
560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
- LEÓN, FRAY LUIS DE**
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo.*
- LEÓN, RICARDO**
370-Jauja.
391-¡Desperta ferro!
481-Casta de hidalgos.*
521-El amor de los amores.*
561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
590-El hombre nuevo.*
- LEOPARDI**
81-Diálogos.
- LERMONTOF, M. I.**
148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, GASTÓN**
293-La esposa del Sol.*
378-La muñeca sangrienta.
392-La máquina de asesinar.
- LEUMANN, C. A.**
72-La vida victoriosa.
- LEVENE, RICARDO**
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad.*

- LEVILLIER, R.**
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
- LI HSING-TAO**
215-El círculo de tiza.
- LINKLATER, ERIC**
631-María Estuardo.
- LISZT, FRANZ**
576-Chopin.
- LOPE DE RUEDA**
479-Eufemia. - Armelina. - El doletoso.
- LOPE DE VEGA**
43-Peritáñez y el Comendador de Ocaña. - La estrella de Sevilla.*
274-Poesías líricas.
294-El mejor alcalde, el Rey. - Fuenteovejuna.
354-El perro del hortelano. - El arrenal de Sevilla.
422-La Dorotea.*
574-La dama boba - La niña de plata.*
638-El amor enamorado. - El caballero de Olmedo.
- LUGONES, LEOPOLDO**
200-Antología poética.*
232-Romancero.
- LUMMIS, C. F.**
514-Los exploradores españoles del siglo XVI.*
- LYTTON, B.**
136-Los últimos días de Pompeya.
- MACHADO, ANTONIO**
149-Poesías completas.*
- MACHADO, MANUEL**
131-Antología.
- MACHADO, MANUEL Y ANTONIO**
260-La duquesa de Benamejía.-- La prima Fernanda. - Juan de Mañara.*
- MAETERLINCK, MAURICIO**
385-La vida de los termes.
557-La vida de las hormigas.
606-La vida de las abejas.*
- MAEZTU, MARÍA DE**
330-Antología-Siglo XX. Prosistas españoles.*
- MAEZTU, RAMIRO DE**
31-Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
- MAISTRE, JOSÉ DE**
345-Las veladas de San Petersburgo.*
- MALLEA, EDUARDO**
102-Historia de una pasión argentina.
202-Cuentos para una Inglesa desespejada.
402-Rodeada está de sueño.
502-Todo verdor perecerá.
602-El retorno.
- MANACORDA, TELMO**
613-Fructuoso Rivera.
- MANRIQUE, JORGE**
135-Obra completa.
- MANSILLA, LUCIO V.**
113-Una excursión a los indios ranqueles.*
- MARACH, JORGE**
252-Martí, el apóstol.*
- MAQUIAVELO**
69-El Príncipe (comentado por Napoleón Bonaparte).
- MARANÓN, G.**
62-El Conde-Duque de Olivares.*
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo.
360-El «Empecinado» visto por un inglés
408-Amiel.*
600-Ensayos liberales.
- MARCOY, PAUL**
163-Viaje por los valles de la quina.*
- MARCU, VALERIU**
530-Maquiavelo.*
- MARICHALAR, A.**
78-Riesgo y ventura del Duque de Osuna.
- MARMIER, JAVIER**
592-A través de los trópicos.*
- MASSINGHAM, H. J.**
529-La Edad de Oro.
- MAURA, ANTONIO**
231-Discursos conmemorativos.
- MAURA GAMAZO, GABRIEL**
240-Rincones de la historia.
- MAUROIS, ANDRÉ**
2-Disraeli.*
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**
166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**
28-Estudios literarios.*
55-Los romances de América y otros estudios.
100-Flor nueva de romances viejos.*
110-Antología de prosistas españoles.*
120-De Cervantes y Lope de Vega.
172-Idea imperial de Carlos V.
190-Poesía árabe y poesía europea.
250-El idioma español en sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristóbal Colón.
300-Poesía juglaresca y juglares.*
501-Castilla, la tradición, el idioma.*
- MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO**
251-San Isidoro, Cervantes y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de Don Juan II.*
597-El abate Marchena.
- MEREJKOVSKY, D.**
30-Vida de Napoleón.*
- MERIMÉE, PRÓSPERO**
152-Mateo Falcone y otros cuentos.
- MESA, E. DE**
223-Poesías completas.
- MESONERO ROMANOS, R. DE**
283-Escenas matritenses.
- MEUNANN, E.**
578-Introducción a la estética actual.
- MIELLI, ALDO**
431-Lavoisier y la formación de la teoría química moderna.
485-Volta y el desarrollo de la electricidad.
- MILL, STUART**
83-Autobiografía.

MISTRAL, GABRIELA

503-Ternura.

MOLIÈRE

106-E! ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.

MOLINA, TIRSO DE

73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla.*

369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.

442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.

MONCADA, FRANCISCO DE

405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.

MONTESQUIEU

253-Grandeza y decadencia de los romanos.

MORAND, PAUL

16-Nueva York.

MORATÍN, L. FERNÁNDEZ DE

335-La comedia nueva. - El sí de las niñas.

MORETO, AGUSTIN

119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.

MUÑOZ, R. F.

178-Se llevaron el cañón para Bachimba.

MUSSET, ALFREDO DE

492-Cuentos.

NAVARRO Y LEDESMA, F.

401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.*

NERUDA, JAN

397-Cuentos de la Malá Strana.

NERVO, AMADO

32-La amada inmóvil.

175-Plenitud.

211-Serenidad.

311-Elevación.

373-Poemas.

434-El arquero divino.

458-Perlas negras. - Místicas.

NEWTON, ISAAC

334-Selección.

NIETZSCHE, FEDERICO

356-El origen de la tragedia.

NOVÁS CALVO, L.

194-El Negrero.*

573-Cayo Canas.

NÚÑEZ CABEZA DE VACA, ÁLVAR

304-Naufragios y comentarios.*

OBLIGADO, CARLOS.

257-Los poemas de Edgar Poe.

OBLIGADO, RAFAEL

197-Poesías.*

ORTEGA Y GASSET, J.

1-La rebelión de las masas.*

11-El tema de nuestro tiempo.

45-Notas.

101-El libro de las misiones.

151-Ideas y creencias.

181-Triptico: Mirabeau o el político.

- Kant. - Goethe.

201-Mocedades.

PALACIO VALDÉS, A.

76-La Hermana San Sulpicio.*

133-Marta y María.*

155-Los majos de Cádiz.

189-Riverita.*

218-Maximina.*

266-La novela de un novelista.*

277-José.

298-La alegría del capitán Ribot.

368-La idea perdida.*

588-Años de juventud del doctor An-gélico.*

PALMA, RICARDO

52-Tradiciones peruanas (1ª selec.).

132-Tradiciones peruanas (2ª selec.).

309-Tradiciones peruanas (3ª selec.).

PAPP, DESIDERIO

443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)

PARRY, WILLIAM E.

537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.

PASCAL, BLAS

96-Pensamientos.

PELLICO, SILVIO

144-Mis prisiones.

PEMÁN, JOSÉ MARÍA

234-Noche de levante en calma. - Ju-lieta y Romeo.

PEREDA, J. M. DE

58-Don Gonzalo González de la Gon-zalera.

414-Peñas arriba.*

436-Sotileza.*

454-El sabor de la tierra.*

487-De tal palo, tal astilla.*

528-Pedro Sánchez.*

558-El buey suelto...

PEREYRA, CARLOS

236-Hernán Cortés.*

PÉREZ DE AYALA, R.

147-Las Máscaras.*

183-La pata de la raposa.*

198-Tigre Juan.

210-El curandero de su honra.

249-Poesías completas.*

PÉREZ GALDÓS, B.

15-Marianela.

PÉREZ LUGÍN, ALEJANDRO

357-La casa de la Troya.*

PÉREZ MARTÍNEZ, HÉCTOR

531-Juárez, el Impasible.

PFANDL, LUDWIG

17-Juana la Loca.

PIGAFETTA, ANTONIO

207-Primer viaje en torno del Globo.

PLA, CORTÉS

315-Galileo Galilei.

533-Isaac Newton.*

PLATÓN

44-Diálogos.*

220-La República o el Estado.*

639-Apolo-gía de Sócrates. - Critón o El deber del ciudadano.

PLUTARCO

228-Vidas paralelas: Alejandro - Julio César.

459-Vidas paralelas: Demóstenes - Ci-cerón. Demetrio - Antonio.

- POINCARÉ, HENRI**
 379-La ciencia y la hipótesis. *
 409-Ciencia y método. *
 579-Últimos pensamientos.
 628-El valor de la ciencia.
- PRAVIEL, A.**
 21-La vida trágica de la emperatriz Carlota.
- PRÉVOST, ABATE**
 89-Manon Lescaut.
- PRIETO, JENARO**
 137-El socio.
- PUIG, IGNACIO**
 456-¿Qué es la física cósmica? *
- PUSHKIN**
 123-La hija del Capitán. - La nevasca.
- QUEIROZ, ECA DE**
 209-La ilustre casa de Ramírez. *
 524-La ciudad y las sierras. *
- QUEVEDO, FRANCISCO DE**
 24-Historia de la vida del Buscón.
 362-Antología poética.
 536-Los sueños. *
 626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
- QUILES, ISMAEL**
 467-Aristóteles.
 527-San Isidoro de Sevilla.
- QUINTANA, M. J.**
 388-Vida de Francisco Pizarro.
- RADA Y DELGADO, JUAN DE DIOS DE LA**
 281-Mujeres célebres de España y Portugal (Primera selección).
 292-Mujeres célebres de España y Portugal (Segunda selección).
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.**
 358-Antología de cuentos mexicanos.
- RAMÓN Y CAJAL, S.**
 90-Mi infancia y juventud. *
 187-Charlas de café. *
 214-El mundo visto a los ochenta años.
 227-Los tónicos de la voluntad. *
 241-Cuentos de vacaciones. * *
- RAVAGE, M. E.**
 489-Cinco hombres de Francfort. *
- REID, MAYNE**
 317-Los tiradores de rifle. *
- REY PASTOR, JULIO**
 301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América.
- REYLES, CARLOS**
 88-El gaucho Florido.
 208-El embrujo de Sevilla.
- RICKERT, H.**
 347-Ciencia cultural y ciencia natural. *
- RIVADENEIRA, PEDRO DE**
 634-Vida de Ignacio de Loyola. *
- RIVAS, DUQUE DE**
 46-Romances. *
- ROJAS, FERNANDO DE**
 195-La Celestina.
- ROJAS, FRANCISCO DE**
 104-Del Rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
- ROSENKRANTZ, PALLE**
 534-Los gentíes hombres de Lindenberg. *
- ROUSSELET, LUIS**
 327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- RUIZ DE ALARCÓN, JUAN**
 68-La verdad sospechosa. - Los pechos privilegiados.
- RUSSELL, B.**
 23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. DE**
 313-Viaje al archipiélago malayo.
- SAENZ HAYES, R.**
 329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAID ARMESTO, VÍCTOR**
 562-La leyenda de Don Juan. *
- SAINTE-PIERRE, BERNARDINO DE**
 393-Pablo y Virginia.
- SAINZ DE ROBLES, F.**
 114-El «otro» Lope de Vega.
- SALOMÓN**
 464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León.)
- SALTEN, FÉLIX**
 363-Los hijos de Bambi.
 371-Bambi.
 395-Renni «El Salvador». *
- SALUSTIO, CAYO**
 366-La conjuración de Catilina. - La guerra de Jugurta.
- SAMANIEGO, FÉLIX MARÍA**
 632-Fábulas.
- SAN AGUSTÍN**
 559-Ideario. *
- SÁNCHEZ-SÁEZ, BRAULIO**
 596-Primera antología de cuentos brasileños. *
- SAN FRANCISCO DE ASÍS**
 468-Las florecillas. - El cántico del Sol. *
- SAN JUAN DE LA CRUZ**
 326-Obras escogidas.
- SANTA MARINA, L.**
 157-Cisneros.
- SANTA TERESA DE JESÚS**
 86-Las Moradas.
 372-Su vida. *
 636-Camino de perfección.
- SANTILLANA, EL MARQUÉS DE**
 552-Obras.
- SANTO TOMÁS**
 310-Suma Teológica. (Selección.)
- SCOTT, WALTER**
 466-El pirata. *
- SCHIAPARELLI, JUAN V.**
 526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
- SCHILLER, F.**
 237-La educación estética del hombre.
- SCHMIDL, ULRICO**
 424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
- SÉNECA**
 389-Tratados morales.
- SHAKESPEARE, W.**
 27-Hamlet.
 54-El rey Lear. - Pequeños poemas.

- 87-Otelo, el moro de Venecia. - La tragedia de Romeo y Julieta.
 109-El mercader de Venecia. - La tragedia de Mácbeta.
 116-La tempestad. - La doma de la bravia.
 127-Antonio y Cleopatra.
 452-Las alegres comadres de Windsor. - La comedia de las equivocaciones.
 488-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.
 635-A buen fin no hay mal principio. - Trabajos de amor perdido.
- SHAW, BERNARD**
 115-Pigmalión. - La cosa sucede.
 615-El carro de las manzanas.
 630-Héroes. - Cándida.
 640-Matrimonio desigual.
- SILIO, CÉSAR**
 64-Don Álvaro de Luna. *
- SILVA VALDÉS, FERNÁN**
 538-Cuentos del Uruguay. *
- SIMMEL, GEORG**
 38-Cultura femenina y otros ensayos.
- SLOCUM, JOSHUA**
 532-A bordo del «Spray». *
- SOLALINDE, A. G.**
 154-Cien romances escogidos.
 169-Antología de Alfonso X el Sabio. *
- STAEI, MADAME DE**
 616-Reflexiones sobre la paz.
- STENDHAL**
 10-Armancia.
- STERNE, LAURENCE**
 332-Viaje sentimental.
- STEVENSON, R. L.**
 7-La Isla del Tesoro.
 342-Aventuras de David Balfour.
 566-La flecha negra. *
 627-Cuentos de los mares del Sur.
- STOKOWSKI, LEOPOLDO**
 591-Música para todos nosotros. *
- STORNI, ALFONSINA**
 142-Antología poética.
- STRINDBERG, A.**
 161-El viaje de Pedro el Afortunado.
- SUÁREZ, FRANCISCO P.**
 381-Introducción a la metafísica. *
- SWIFT, JONATÁN**
 235-Viajes de Gulliver. *
- SYLVESTER, E.**
 483-Sobre la índole del hombre.
- TÁCITO**
 446-Los anales. *
 462-Historias. *
- TAINÉ, HIPÓLITO A.**
 448-Viaje a los Pirineos. *
 505-Filosofía del arte. *
- TAMAYO Y BAUS, MANUEL**
 545-La locura de amor. - Un drama nuevo. *
- TEJA ZABRE, A.**
 553-Morelos. *
- THACKERAY, W. M.**
 542-Catalina.
- THIERRY, AUGUSTIN**
 589-Relato de los tiempos merovingios. *
- TOLSTOI, LEÓN**
 554-Los cosacos.
 586-Sebastopol.
- TURGUENEFF, I.**
 117-Relatos de un cazador.
 134-Anuchka. - Fausto.
 482-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. *
- TWAIN, MARK**
 212-Las aventuras de Tom Sawyer.
 649-El hombre que corrompió a una ciudad.
- UNAMUNO, M. DE**
 4-Del sentimiento trágico de la vida. *
 33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
 70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
 99-Niebla.
 112-Abel Sánchez.
 122-La tía Tula.
 141-Amor y pedagogía.
 160-Andanzas y visiones españolas.
 179-Paz en la guerra. *
 199-El espejo de la muerte.
 221-Por tierras de Portugal y de España.
 233-Contra esto y aquello.
 254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
 286-Soliloquios y conversaciones.
 299-Mi religión y otros ensayos breves.
 312-La agonía del cristianismo.
 323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
 336-De mi país.
 403-En torno al catolicismo.
 417-El Caballero de la Triste Figura.
 440-La dignidad humana.
 478-Viejos y jóvenes.
 499-Almas de jóvenes.
 570-Soledad.
 601-Antología poética.
 647-El otro. - El hermano Juan.
- UP DE GRAFF, F. W.**
 146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *
- URIBE PIEDRAHITA, CÉSAR**
 314-Toá.
- VALDÉS, JUAN DE**
 216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, JUAN**
 48-Juanita la Larga.
- VALLE, R. H.**
 477-Imaginación de México.
- VALLE-ARIZPE, A. DE**
 53-Cuentos del México antiguo.
 340-Leyendas mexicanas.
- VALLE-INCLÁN, R. DEL**
 105-Tirano Banderas.
 271-Corte de amor.
 302-Flor de santidad. - Coloquios románticos.
 415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.
 430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.
 441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.
 460-Los Cruzados de la Causa.
 480-El resplandor de la hoguera.
 520-Gerifaltes de antaño.

INDICE DE AUTORES

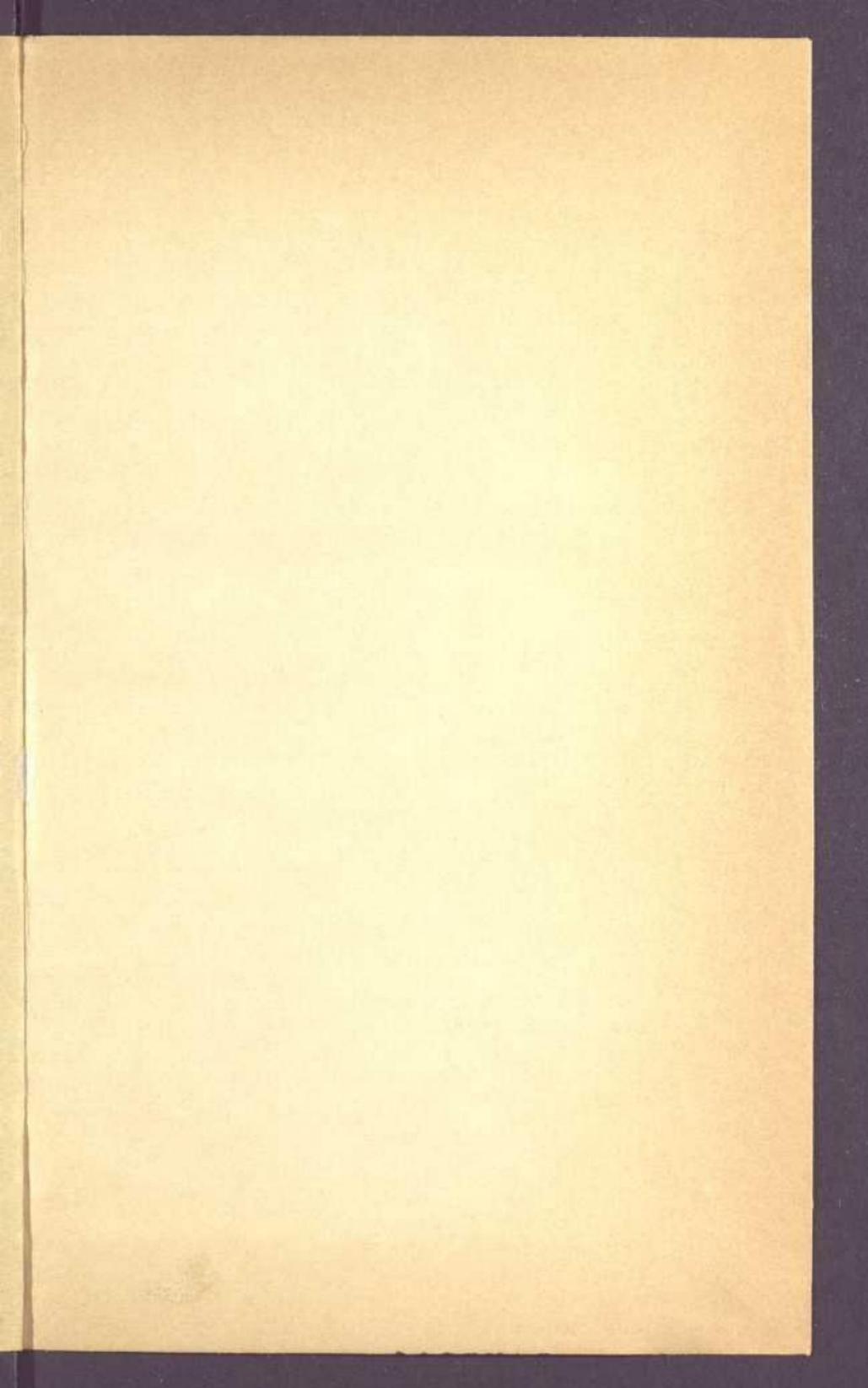
- 555-Jardín umbrío.
621-Claves líricas.
- VALLERY-RADOT, RENÉ**
470-Madame Pasteur.
- VAN DINE, S. S.**
176-La serie sangrienta.
- VARIOS**
319-Frases.
- VÁZQUEZ, FRANCISCO**
512-Jornada de Omagua y Dorado.
(Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
- VEGA, EL INCA GARCILASO DE LA**
324-Comentarios reales. (Selección.)
- VEGA, GARCILASO DE LA**
63-Obras.
- VEGA, VENTURA DE LA**
484-El hombre de mundo. - La muerte de César.*
- VIGNY, ALFREDO DE**
278-Servidumbre y grandeza militar.
- VILLA-URRUTIA, MARQUÉS DE**
57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN, CRISTÓBAL DE**
246-Viaje de Turquía.*
264-El Crótalon.*
- VINCI, LEONARDO DE**
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura.*
- VIRGILIO**
203-Églogas. - Geórgicas.
- VITORIA, FRANCISCO DE**
618-Relecciones sobre los indios.
- VIVES, JUAN LUIS**
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
272-Tratado del alma.*
- VOSSLER, CARLOS**
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románicos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
- 624-Estampas del mundo románico.
644-Racine.
- WAKATSUKI, FUKUYIRO**
103-Tradiciones japonesas.
- WALSH, W. T.**
504-Isabel la Cruzada.*
- WALLON, H.**
539-Juana de Arco.*
- WASSILIEV, A. T.**
229-Ochraná.*
- WAST, HUGO**
80-El camino de las llamas.
- WELLS, H. G.**
407-La lucha por la vida.*
- WHITNEY, PHYLLIS A.**
584-El rojo es para el asesinato.*
- WILDE, JOSÉ ANTONIO**
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
- WILDE, OSCAR**
18-El ruiseñor y la rosa.
65-El abanico de Lady Windermere. - La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin importancia. - Un marido ideal.*
629-El crítico como artista.
646-Balada de la cárcel de Reading. - Poemas.
- WINDHAM LEWIS, D. B.**
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente.*
- WYSS, JUAN RODOLFO**
437-El Robinson suizo.*
- YÁREZ, AGUSTÍN**
577-Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas.
- ZORRILLA, JOSÉ**
180-Don Juan Tenorio. - El puñal del godo.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas.*
- ZWEIG, STEFAN**
273-Brasil.*
541-Una partida de ajedrez-Una carta

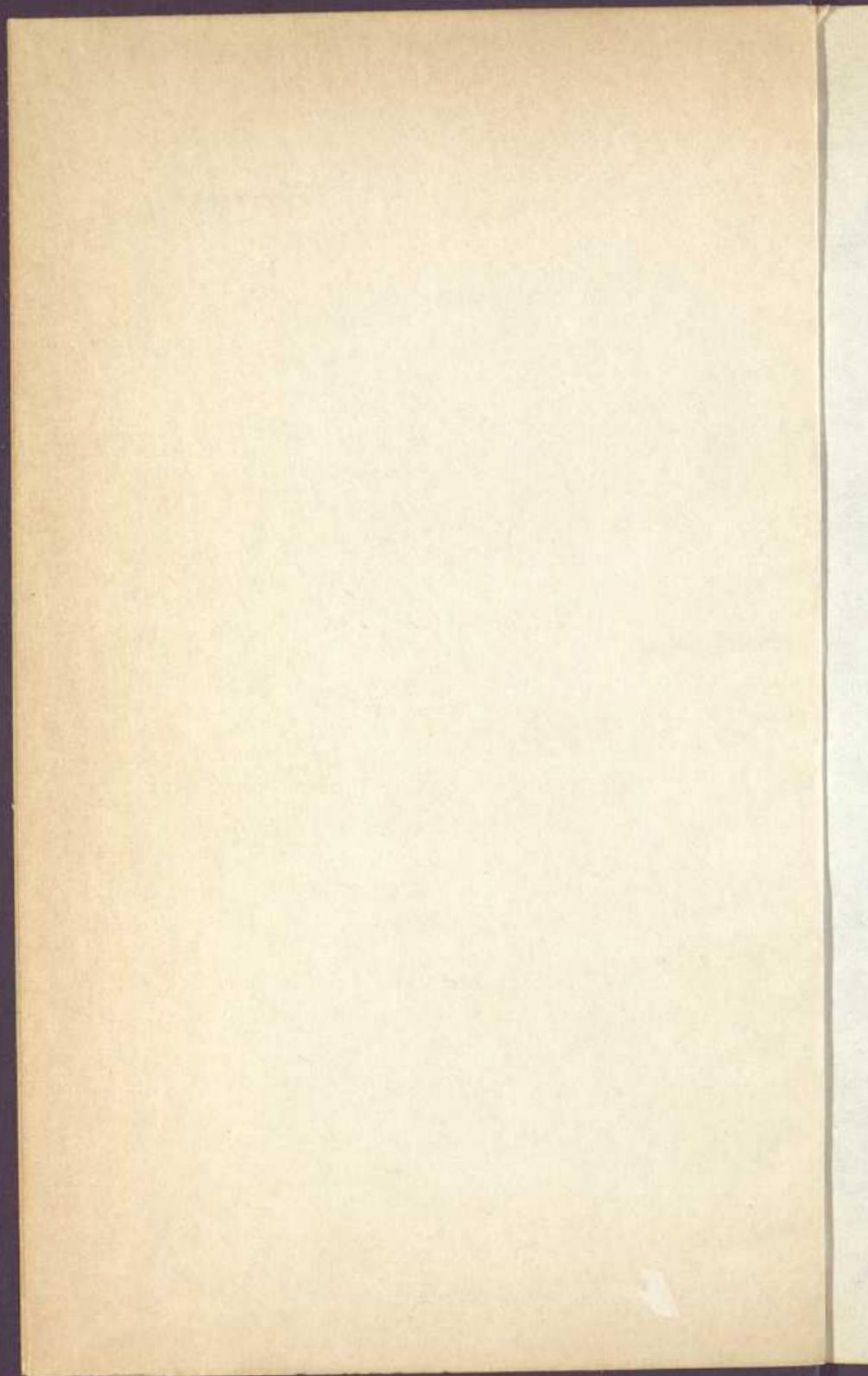
* Volumen extra.

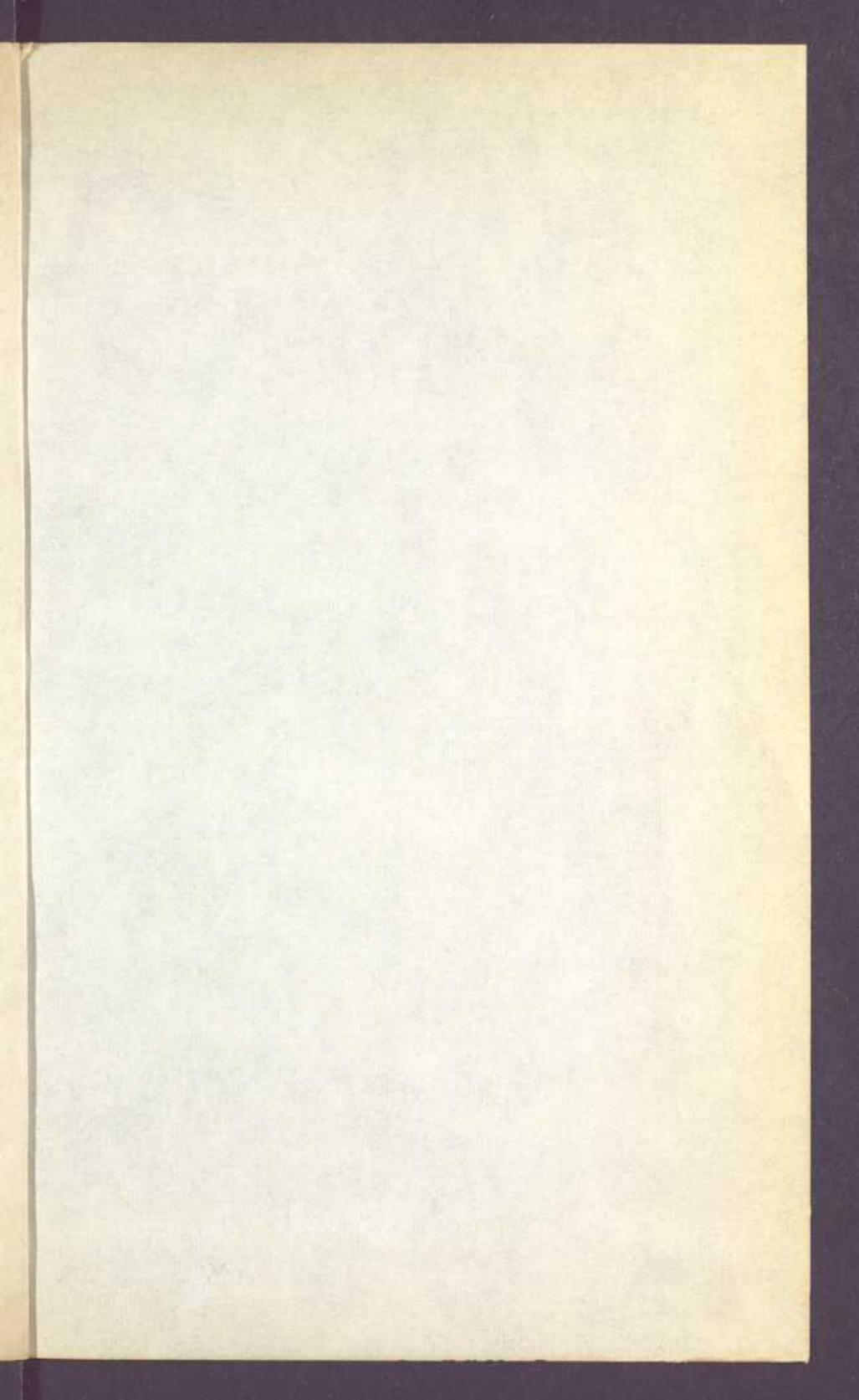
FACILIDADES DE PAGO PARA LA ADQUISICIÓN DE ESTA COLECCIÓN, COMPLETA, O LOS VOLÚMENES QUE LE INTERESEN. SOLICITE CONDICIONES Y FOLLETOS EN COLORES.

TRAMACASTELLA

TRAMACASTELLA

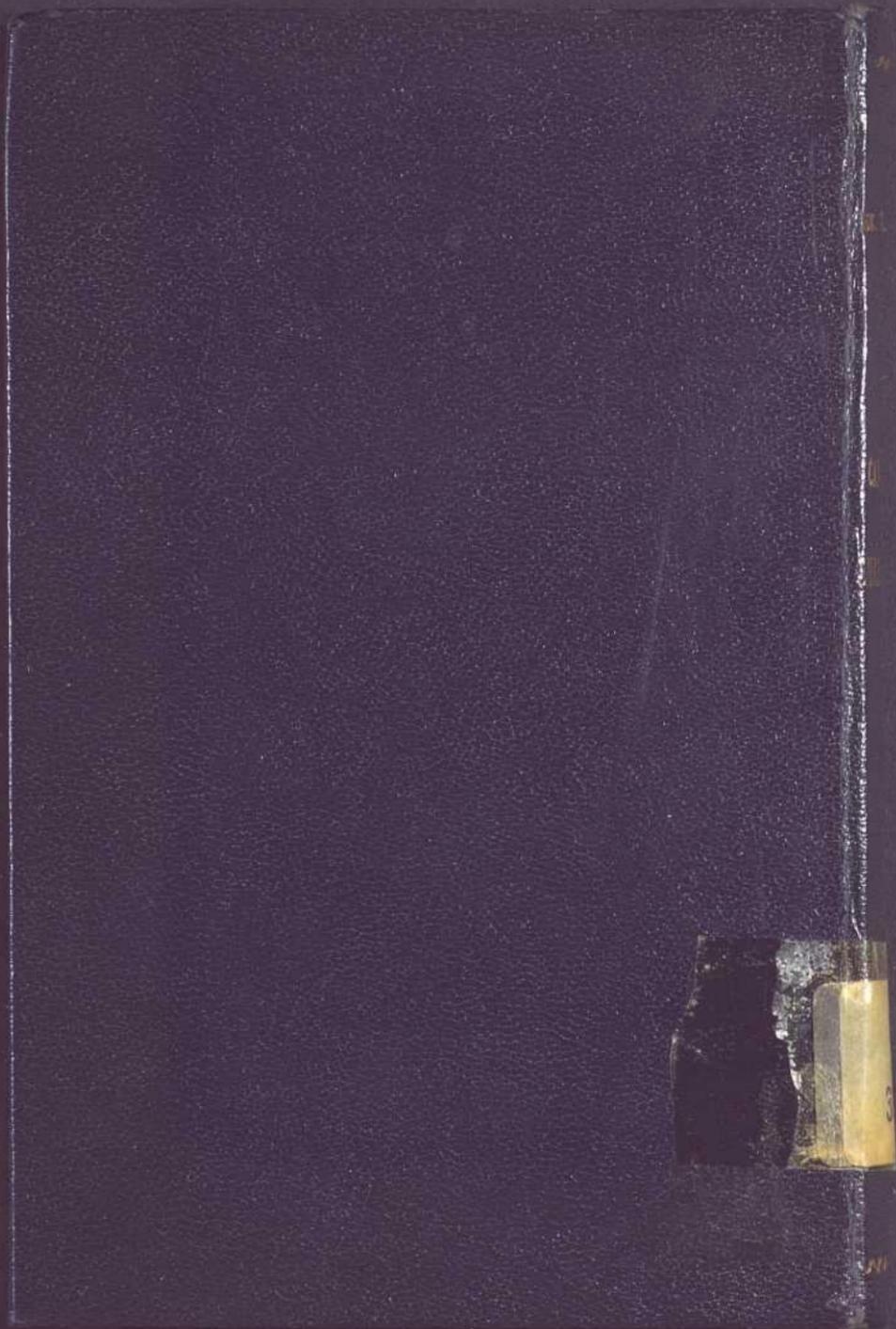












ST TERESA

CAMINO DE

PERFECCION

F A

3588